



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avelleda, Sres. Asquerino, Anón (Marques de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A Ibuerne, Ardanaz, Ariza Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanalana (marques de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Bischo, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Canete, Castela, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Coimero, Correa, Costa, Cuelo, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Cafamague, Incarros, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estraña, Echevarría, Eguiaz, Escosura, Estrella, Eziate, Fabié, Fevres del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gavangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renté, Guiverni, Guerrero, Incaiza, Hartsenbusch, Iruarte, Zapata, Jans, Labra, Larra, Larrañaga, Lazaola, Lesama, Lopez Guillero, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Marcos, Mota (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merino, Montesinos, Molins (Marques de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olacaga, Pañico, Pascaron y Lasera, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Liria, Pi y Suñer, Poser, Raimoso, Rotes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Roswell, Ruiz Aguilera, Sagarninaga, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmoron, Sanroma, Seijas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Marzo de 1883.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en billetes del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 63.

SUMARIO.

Revista general, por Hoe.—Las literaturas regionales, por D. Victor Balaguer.—Elche moderno, por D. Eusebio Asquerino.—Cronica científica, por D. P. Ruiz Albiñur.—Problemas penitenciarios (conclusion), por D. Fernando Cos-Gayon.—D. Luis Rivera, por D. Nicolás Diaz y Perez.—Noche Buena en California, por D. Tristan Medina.—Mi compadre Facundo, por D. Juan de Dios Restrepo.—Mis lágrimas, por D. José Güell y Renté.—Celebridades americanas: Estanislao S. Zeballos, por D. P. de Navarrete.—A los diarios de América, por D. Héctor Florencio Varela.—Memorias de un loco, por D. Pedro Arnó.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Es achaque exclusivo á la cuestion social absorber de tal manera la atencion de todo el mundo y eclipsar de tal modo cuantas cuestiones pueda haber sobre el tapete, siquiera sean tambien en alto grado interesantes, que cuando ella se presenta, parece que cesa todo otro movimiento y que la gente no tiene ojos, ni oidos, ni lenguas, sino para ver, oír y hablar de ese problema pavoroso que fatalmente tiende á su resolucion, de ese coco terrible que espanta á grandes y pequeños, de esa nube que se cierne amenazadora en el horizonte de Europa, constantemente engrosada por los odios diarios de los pobres á los ricos, de los siervos á sus señores, de los que aun no han disfrutado del banquete de la vida otra cosa que las migajas que de cuando en cuando les echan, para que callen, los dichosos, los privilegiados, los que comen.

Esta verdad se ha visto patente desde el dia en que la voz de alarma salió de Jerez propagándose por toda la Península con la rapidez misma del rayo. Algunos asesinatos repetidos, unos cuantos crímenes comunes cometidos por hombres desalmados, engendraron la sospecha; la policia se puso en persecucion de aquellos hechos y no tardó en exhalar el grito de alegría del que halla una pista difícil, grito al que correspondió un ay de espanto en que prorrumpió la sociedad alarmada. Habíase descubierto una terrible asociacion cuyo lema es la destruccion, cuyo medio es el asesinato, cuyos fines, misteriosos como sus procedimientos, se pierden en la noche oscurísima de una conflagracion universal, de una catástrofe más espantosa todavía que aquellos cataclismos geológicos que en las primeras edades del mundo conmovieron las entrañas mismas del planeta, y de la cual ha de surgir, como la calma y la armonía de la tempestad y la discordancia, pura, sin prejuicios, sin preocupaciones, sin tendencias fatales, sin desigualdades irritantes, la sociedad del porvenir, una sociedad paradisiaca, en que los hombres sean

hermanos, en que todos sean buenos, en que todos sean iguales, en que todos sean libres; hermosa creacion más propia para mecercer en los serenos espacios de la utopia que para marchar por las accidentadas veredas de la realidad.

Y, sin embargo, no hay motivo para que el asombro sea tan grande y la extrañeza tan profunda. Esas asociaciones, cuyos estatutos se publican hoy como si fueran siniestras leyes abortadas por el infierno, son producto de unos cuantos cerebros exaltados, que hace mucho tiempo se han hecho apóstoles de esa regeneracion social, hija más bien de sus delirios que de su conviccion, y no son nuevas para nosotros. Todo el mundo sabe que existen esas numerosas asociaciones que, gracias al progreso de los tiempos, no necesitan la oscuridad para vivir, porque se reúnen públicamente y celebran sus asambleas á plena luz. No hace aún mucho tiempo anunciaban los periódicos la reunion de una de esas asambleas de obreros, á la cual asistían delegados de la autoridad, que no tenían que intervenir en la discusion mesurada de tantas ideas erróneas, hijas unas de la ignorancia y otras de la servidumbre. Que el mal es grave, lo sabe desde hace mucho el que sigue desasosinado el gran movimiento socialista que actualmente se opera en el mundo; que las provincias andaluzas, más que otras cualesquiera de nuestra patria, están poseídas de ese mal, es tambien conocido, y una tras otra se pueden señalar las causas de que esto sea así; ¿á qué, pues, esa alarma, á qué ese espanto, que ha hecho soñar á algunos pusilánimes con la adopcion de medidas discrecionales?

Consiste esto, á nuestro modo de ver, en que nuestro temperamento meridional, muy impresionable de suyo, pasa sin transicion de un estado á otro. Recibia ayer con fria indiferencia esas noticias desgarradoras que le daban las cartas de Andalucía, y en que se hablaba de comarcas enteras víctimas del hambre, de cuadrillas numerosas de hombres que, faltos de trabajo, recorrian los campos y entraban en los pueblos pidiendo pan ó robándolo, para evitar que sus familias se muriesen de hambre; y hoy, ante las consecuencias forzadas y necesarias de aquel estado de cosas, agítase y busca castigos que aplicar al mal, para el que ayer no quiso encontrar remedio. Consiste tambien en que despertada la atencion de las autoridades y puesta ésta á la zaga de criminales, ha tropezado con vastas asociaciones de trabajadores, cuyos lemas son odio á los ricos y odio á los privilegios, y las ha confundido en una misma proscripcion, prendiendo socialistas como si fue-

ran criminales, y tratando á los criminales como si fueran socialistas.

Pero esta confusion sólo puede ser del primer momento; cuando los ánimos se calmen, habrá que hacer la oportuna separacion entre los fanáticos partidarios de una idea equivocada ó cierta, pero respetable siempre mientras no se salga de los límites prescritos por las leyes, y los secuestradores y asesinos que agenos á toda bandera, roban y matan para satisfacer sus malos instintos y solamente para eso. Entonces se verá que el mal no es tan grande como ahora quiere aparentar; que los criminales son pocos, aunque los socialistas sean muchos, y que la ley, aplicada con energía, puede dar cuenta de ellos en corto plazo. En cuanto á la cuestion social planteada por los segundos, ya es más grave su arreglo y más empeñado, y no ha de poderse hallar tan fácilmente.

Fuera de la terrible asociacion, poca importancia ofrecen los demás sucesos de la quincena en nuestra patria, y bueno será que acudamos fuera de ella, donde asuntos de la mayor trascendencia reclaman nuestra atencion.

Abiertas ya las Cámaras inglesas, la contestacion al discurso de la corona—que sirve de pretexto para tratar los puntos más importantes de la política interior—está proporcionando nuevos triunfos al Gobierno de Mr. Gladstone á propósito de su conducta en Irlanda, tenazmente combatida por Mr. Parnell y sus amigos. El célebre agitador agrario propuso una enmienda al mensaje en que se declaraba tiránica é injusta la manera con que la legislacion excepcional conocida con el nombre de Crimes Acts ha sido aplicada por los funcionarios de la corona en Irlanda. Improcedente siempre tal enmienda, era más inoportuna que nunca ahora que la atencion pública está fija en el proceso de Dublin que aviva en la memoria el recuerdo del odioso crimen de Phoenix-Park; no es, pues, de extrañar que haya sido rechazada casi unánimemente por la Cámara, pues sólo la dieron sus votos los diputados del grupo irlandés.

Y como en esto de combatir á la libertad son unos los conservadores y los intransigentes, tambien aquellos han tratado de condenar la conducta del Gabinete juzgándola en sentido opuesto, como favorable en demasía á los asesinos irlandeses; que á tanto alcanza y de tal modo ciega la pasion de partido, que forma sobre un mismo hecho—la conducta del Gabinete inglés en Irlanda—conceptos tan contradictorios como el que sobre tal cuestion tienen conservadores y parnellistas.

Echan estos en cara al Gabinete su dureza, y hacenle aquellos un cargo por su blandura; atá-

canle los unos por tiránico, y los otros por benévolo; piden los unos más consideración y reclaman los otros más energía. Y en medio de tan opuestos pareceres el Gobierno sigue la marcha que se trazó desde un principio, y las Cámaras le dan su apoyo á despecho de sus interesados enemigos.

¿Qué motivos aducen los conservadores para combatirlo? ¿En qué fundamentos apoyan sus acusaciones? Irritados por el abandono del sistema Forster, aquel sistema opresivo que no hacia sino ensanchar más y más el abismo, avivar más y más el odio, y que consistía en castigar á los jefes políticos cuando no eran habidos los autores de los crímenes que se perseguían, sistema que, impotente para el remedio de tantos males, en nada contribuyó á calmar los ánimos ni á imponer terror á los asesinos, antes bien llevó las cosas á su extremo; irritados por esto los conservadores piden su restablecimiento y condenan lo que llaman debilidad del Gobierno, acusándole de no hacer nada para oponerse al desarrollo de la Liga Agraria. Lo mismo que los ataques de los diputados irlandeses, los ataques de los reaccionarios no llegan á donde está el Gobierno y no pueden dañarle lo más mínimo, pues al alcance de todos está que, aunque lentamente, la situación mejora en Irlanda, la tranquilidad tiende á restablecerse, la agitación á desaparecer; han pasado ya, y están lejos, aquellos días de alarma en que todo lo existente parecía abocado á un horrible cataclismo que acabase en Irlanda con individuos é instituciones, aquellas horas de suprema angustia en que la amenaza continúa se imponía de tal manera al ánimo, que parecía no haber otra solución que la catástrofe.

Ahora mismo, en estos últimos días, acaba de publicarse una estadística sobre los crímenes agrarios cometidos en Irlanda, y si por ella se ve que aún tiene el mal hondas raíces, si considerada aisladamente muestra una deplorable perturbación de ideas y sentimientos, mirada, como debe mirarse, como expresión de un enfermo que tras largo padecer empieza á sentirse fuera de peligro, es altamente consoladora. Durante el mes de Enero de este año han ocurrido 90 atentados de esa índole, cifra, por desgracia, muy elevada todavía, y que habla muy poco en favor de la tranquilidad y sosiego que en la isla se disfruta. Mas no ha de verse así la situación; registremos las estadísticas de otros años, exhumemos cifras de cuando el sistema conservador era observado en toda su pureza, y veremos que durante el mismo mes, en 1881, los crímenes cometidos ascendieron á 448, y á 490 en Enero de 1882. Y establecida la comparación entre estas tres cifras, no podremos menos de felicitar al Gobierno que preside el ilustre Gladstone, y que puede gloriarse de haber obtenido ese notable descenso de criminalidad, con las medidas de concesión, y al propio tiempo de energía, que ha adoptado en Irlanda. El mal está atacado en su origen, detenido en sus progresos, vigilado en sus manifestaciones, y será pronto combatido. Pero para ello es preciso que el Gobierno siga la misma política que hasta aquí, tan alejada de la reprensión conservadora—que nada consigue—como de las concesiones parnellistas, que ningún bien habían de producir.

¡La cuestión de Irlanda! Hé aquí la verdadera rémora de los Gobiernos ingleses, la serpiente enlazada á su cuerpo que embaraza los movimientos del coloso, el cáncer que corroe sus entrañas y mina su fortaleza, la enconada herida que con sus latidos dolorosos le impide entregarse á la alegría que le habían de producir sus recientes éxitos en Egipto; hé aquí la voz sobrenatural que, sonando amenazadora constantemente en sus oídos le dice sin cesar que ha de morir, y traza ante sus ojos con sangrientos caracteres las fatídicas palabras que son como el emplazamiento de todos los poderosos. A no ser por ella, ¿cómo se entregaría al júbilo Inglaterra, reina en el mar, y reina cuyos derechos no son por nadie disputados, árbitro de Europa, empeñada por sí sola y teniendo en contra suya la animadversión de las potencias en una empresa tan arriesgada y tan dichosamente dada fin, como la intervención en Egipto que la entrega por tiempo indefinido el vireinato, y deja en sus manos puntos tan importantes como Suez y Alejandría; ella que tiene ya en el Mediterráneo Chipre, Malta y Gibraltar! ¿Cómo se reiría de Francia, de quien ha hecho su juguete en lo tocante á la expedición, de Turquía que se consume en inútiles protestas y no tiene alientos para oponerse á una influencia que le arrebatara con el Egipto uno de los girones de la rota bandera del Islam, y hasta de las mismas naciones europeas, que, imbeciles ú ociosas, la abandonan por entero su conquista sin imponerla leyes, sin fijarla límites, dándola con su inexplicable condescendencia un poder que más tarde habrán de arrancarla á costa de mucho oro, de mucha sangre, cuando hoy les costaría tan poco precaver riesgos por venir!... Pero no, no puede alegrarse; no, no puede reírse, porque apenas se entrega á tan gozosos pensamientos, la herida sangra y la sonrisa se cambia en mueca de dolor y en quejido de sufrimiento el que empezó siendo grito de alegría.

Ahí está, para demostrarlo, el famoso proceso de Dublin, con las grandes revelaciones de Carey que, comprobadas, no hacen sino señalar la importancia mayor del movimiento, demostrando que no es obra de pocos, sino de muchos; que no es idea de un momento hija de la ambición ó de la lo-

cura, sino idea por mucho tiempo madurada y sostenida por convicción firme, y por única verdadera libertad; ahí está ese más que célebre proceso, en el que, á juzgar por lo que dicen el telégrafo y el correo de consuno, van á aparecer complicados un sin número de personas importantes, algunas de las cuales ejercen el cargo de diputados en la Cámara de los Comunes á la vez que el de delegados en las secretas comisiones provinciales; ahí está esa impotencia de la policía que para tener noticia de todo eso ha necesitado que un delator venga y se lo diga al oído, y que aun despues de saber todo lo que sabe, se encuentra con que nada puede hacer, porque sabe muy poco todavía, y ni aun puede asestar sus tiros contra el célebre *Número uno* que dirige los bien tegidos hilos de la red revolucionaria, porque, no obstante sus protestas en contrario, ni conoce quién es ni presume donde se encuentre; y ahí está, por último, ese partido agrario, á quien nada amilana, á quien nada asusta, esos colonos de Carey que se niegan á pagarle sus arrendamientos, ó abandonan sus tierras y sus casas fijando en ellas antes de marcharse frases despreciativas hácia el delator y escitaciones á sus inquilinos para que no paguen al que tan cobardemente publica los secretos de la sociedad agraria.

Muchos días van pasados, y siguen los asesinatos impunes, y las prisiones que se llevan á cabo no arrojan nueva luz sobre los hechos, y cunde la intranquilidad en las conciencias. ¡Y aun se atreven los conservadores, frente á estos hechos, á levantar la voz contra el Gobierno! En todas partes son lo mismo. Pues bien; ahí tenéis los frutos de ese sistema por cuyo restablecimiento abogáis; durante vuestro tiempo de mando se crearon esas vastas asociaciones de asesinos, arrojando vuestra cólera, desafiando vuestras leyes. En vez de satisfacer las legítimas exigencias, tratásteis de acallarlas por el terror, y el terror es muy mal componedor en agravios de esta índole; creísteis que el castigo mataba y, lejos de eso, el castigo es poderoso estímulo para las almas de los oprimidos que, de suyo, tienen propensión al martirio; no echásteis de ver que el despotismo aborta el crimen, que en la oscuridad afila sus puñales la ignorancia, que el hambre es mala consejera, y que sus consejos son siempre mandatos de destrucción. Y ahora que veis tratada y en vías de curación la enfermedad á que vosotros dísteis incremento, ahora queréis que se abandone el buen sistema y que se siga el otro, el vuestro, el malo... Por fortuna la Cámara con su sensatez rechaza las sugestiones conservadoras y otorga á Gladstone toda su confianza, íntimamente persuadida de que si Irlanda puede salvarse todavía, los procedimientos liberales é igualmente exentos de debilidad é intransigencia del Gobierno actual, son los únicos capaces de llevar á cabo esta buena obra.

En esta última quincena, no ha sido la cuestión agraria la única que ha preocupado á la vieja Inglaterra; motivo de preocupación, y grande, ha sido también para ella la composición del nuevo Ministerio francés.

Porque nadie desconoce en la Gran Bretaña que su proceder para con Francia no ha sido todo lo noble que de ella podía exigir la República. Debilidades que á primera vista se explican mal, llevaron á Francia á separarse en absoluto de la cuestión egipcia, dejando á su rival eterna los riesgos todos de la expedición. Realizada ésta más fácilmente de lo que nadie se hubiera podido figurar, conocida es de todos la conducta absorbente de los ingleses en Egipto, la anulacion absoluta de la influencia francesa, el hecho de haber suprimido su intervención en la Hacienda de aquel país, los manejos por nadie ignorados de lord Dufferin, tendiendo siempre á borrar el nombre de Francia de la memoria del Egipto; y ante un nuevo Gobierno que pudiera reclamar con más energía que el anterior la parte que le corresponde, la situación inglesa en el vireinato habría de cambiar un tanto. *The Times*, el periódico más autorizado de Inglaterra, decía no hace mucho que el nuevo Ministerio francés está en el patriótico deber de desvanecer el malestar que existe entre las dos naciones, así como el Gobierno inglés en el de acoger favorablemente sus indicaciones en este sentido. E investigando las causas primeras de este malestar, señala el gran periódico inglés las desconfianzas que en su país inspiraban los proyectos militares de Gambetta, que al hablar de armamentos extraordinarios parecía abrigar miras más ambiciosas que la simple intervención en Egipto.

A este deseo de restaurar las antiguas relaciones obedecen, sin duda, las visitas que á su paso por París ha hecho Mr. Gladstone á algunos miembros del Gabinete Ferry. El Gobierno inglés—dice otro importante diario de Londres,—necesita el asentimiento de Europa para su acción en Egipto, y hasta ahora, y si bien no ha hecho nada por oponerse á ella, Francia no se ha adherido á la política inglesa. Inglaterra—añade—quiere arreglar la cuestión de Egipto sin lastimar los intereses de Francia, y si no lo ha hecho hasta ahora, ha sido porque el Ministerio anterior insistía en el restablecimiento de la intervención anglo-francesa, hecho consumado, y por el que habrá de pasar el nuevo ministro de Negocios extranjeros si quiere reconquistar la influencia diplomática que sus predecesores sacrificaron voluntariamente á esta cuestión.

Pronto hemos de ver si, en efecto, Mr. Gladstone ha conseguido sus propósitos, y si vuelve á

establecerse la armonía un momento turbada entre los gabinetes de París y Londres.

Terminada la laboriosa crisis francesa de la manera y en la forma que dimos cuenta á nuestros lectores en la última Revista general, la declaración ministerial del Gabinete Ferry, de la cual dimos también á conocer los principales extremos, dió ocasión á los descontentos de la Cámara á romper las hostilidades contra los nuevos ministros y originó dos nutridas votaciones á favor de éstos. Decía la declaración que era preciso poner á la República en condiciones de defenderse contra sus enemigos, y algunos pidieron explicación de estas palabras; la que dió el Gobierno fué enérgica y aplaudida por todos los amantes de las modernas instituciones. Su lenguaje, modelo de energía y concisión, probó hasta la evidencia que Ferry comprende perfectamente cuál es la situación que ha puesto el poder en sus manos, y que colocado entre la intransigencia de la Cámara popular y la intransigencia del Senado, está dispuesto á defenderse de una y otra, y á ser fortísimo muro tras el cual viva y prospere la República. Su primer acto fué, como todos esperaban, privar de sus empleos á los príncipes, condición que los últimos debates habían hecho imprescindible. Los régios descendientes declinaron los mandos que desempeñaban y, contra los manejos de los reaccionarios, contra los augurios de sus amigos, contra lo que temían ó fingían temer los pusilánimes, el ejército comprendió desde el primer momento el verdadero aspecto de la cuestión, y no hubo en todo él más manifestaciones que las naturales de simpatía hácia un jefe que se aleja y abandona un cargo que hasta entonces ha desempeñado. Perdiendo su puesto en el ejército, puesto que dadas sus pretensiones al poder supremo les creaba una posición difícil, no han perdido, sin embargo, sus derechos de ciudadanía, y si ya no pueden mandar tropas, pueden, no obstante, habitar en Francia como simples particulares.

Libre ya de este motivo de preocupación, era llegada para el Gobierno la hora de consagrarse á su gran obra, ligeramente indicada ya en la declaración ministerial, y cuya expresión son varios proyectos de ley, referentes á la reforma de la magistratura, ley municipal, reorganización militar de Francia, organización del protectorado en Túnez y discusión del presupuesto de 1884, materias sobrado importantes y que bien requieren tiempo y calma suficientes para dedicarse á ellas.

Esta opinión no es, sin embargo, la de los intransigentes, y esa fracción de la Cámara que se empeña en seguir derrocando Ministerios cada mes, y que por lo visto cree harto nfmias las cuestiones apuntadas y mal empleado el espacio que á ellas se dedique, ha resucitado otra cuestión de difícil empeño y tan preñada de amenazas, que es bastante, por sí sola, á provocar conflictos que de nuevo alterasen el curso de los sucesos y otra vez pusieran en peligro la vida ordenada de la república: esta cuestión es la revisión constitucional.

Viejo es el empeño, y nadie hay en Francia que no confiese la necesidad de esta revisión; la misma Cámara declaró hace más de un año que estaba dispuesta á apoyarla; no se discute, pues, sobre la esencia, sino sobre la oportunidad de poner tal cuestión sobre el tapete en los actuales momentos, cuando acaba de superarse, tras laboriosa crisis, un obstáculo que como insuperable se presentaba en la formación de Ministerio, y cuando existe la firme seguridad de que la ley, aprobada en la Cámara baja, no hallaría de ningún modo favorable acogida en el Senado, y en este caso alzabase de nuevo más fuerte y con más pujanza el pavoroso conflicto entre ambas Cámaras, que no podía dar lugar á nada bueno.

De aquí que desde que la extrema izquierda anunció su propósito de provocar una discusión sobre el asunto, los amigos del Ministerio—que son, hoy por hoy, los amigos de la República—han agotado sus esfuerzos por llevar al ánimo de los impacientes la convicción de que debe abandonarse todo cuanto á ello se refiera á la iniciativa ministerial, y por probarles, al propio tiempo, que lejos de desechar la idea, el Gabinete la cree justa, la patrocina, y solo busca una ocasión para presentarla á la Cámara. Hoy están aún muy recientes las últimas cuestiones; todavía no se han cerrado las últimas heridas causadas al amor propio, y excitar las pasiones sería provocar inmensos males. La primera necesidad de Francia es tener un Gobierno estable, unas Cámaras que, dejándose de monomanías suicidas, apoyen leal y sinceramente á los ministros, y una opinión que no les abandone y mucho menos les extravíe. Cuando pase algún tiempo, tal vez dentro de breve plazo, será, y fácilmente hacedero lo que ahora se presenta como imposible. Puede hallarse una fórmula honrosa de transacción, puede darse consistencia á esa mayoría, pueden ocurrir tales sucesos, que el Ministerio pueda prescindir del Senado; pero en tanto esto no suceda, es imprudencia temeraria llamar al rayo en medio de la calma y la serenidad. Empezar es muy fácil, pero ¿y concluir? Promover una crisis cuesta bien poco; pero ¿y luego resolverla? ¿Quién se encargará de ello?

Pero es achaque de los intransigentes correr ciegos á la perdición de la libertad cual si sufriesen la nostalgia del despotismo, y la extrema izquierda no atiende á razones de tanto peso y tanta trascendencia política, y la temida proposición se presentó hace cinco días. Con tal motivo, Mr. Ferry pronunció uno de sus más elocuentes

discursos,—según leemos en un periódico francés,—exponiendo todas las razones que militan en pró del aplazamiento y que son las mismas ya anotadas por nosotros. En su discurso, que fué muy enérgico en el fondo, puso de relieve los peligros que se correrían de nuevo si el Senado no aprobase lo acordado por la Cámara; pues entonces surgiría más peligroso y pavoroso que nunca el conflicto entre los Cuerpos Colegisladores, cuya armonía es de todo punto indispensable, é insinuó claramente que la mayoría del país, ávida de reposo, terminaría por ser hostil á la República si llegara á persuadirse de que no representaba la paz y no le daba el reposo que necesita para dedicar todas sus fuerzas al trabajo. Y para que nadie pudiese creer que era partidario del aplazamiento indefinido, indicó que antes de las elecciones, que se verificarán dentro de dos años, podrá llegarse sin violencias á una transacción amistosa.

Combatieronle con argumentos poco sólidos, y más hijos de la pasión que del raciocinio, algunos diputados que apoyaron la inmediata reforma de la Constitución, y Mr. Clemenceau, no creyendo satisfactorias las explicaciones de Ferry, preguntó si tiene fuerza y vigor el voto favorable á la remisión emitido por la Cámara en Enero del año último, y los motivos por qué el Senado no lo ha tenido en cuenta. El mismo diputado, considerando el punto poco discutido é insuficientes los argumentos de Ferry, pidió que el debate no se diese por terminado, antes bien continuase al día siguiente, y así lo acordó la Cámara por 276 votos contra 207.

El mismo telegrama que nos anticipa estas noticias quita importancia al resultado de esta votación, apresurándose á declarar que en nada prejuzga la que habrá de recaer en definitiva, y, en efecto, no es de esperar que la Cámara, que ha dado una prueba de sensatez uniéndose y cediendo á las presiones de la opinión para constituir el Gabinete Ferry, y que tan decidida parecía á sacrificar sus puerilidades con tal de acabar para siempre con esas crisis periódicas que á nada conducen sino al desorden, y que llevan la perturbación á todas las esferas de la política, no es de creer, decimos, que, olvidando su conducta de estos últimos días, vuelva sobre su acuerdo y obligue al Ministerio á lanzarse por la accidentada pendiente á que hoy le llevaría la revisión constitucional.

Hay algo que importa, que urge más que la revisión, y ese algo es, sin duda alguna, el cumplimiento del programa que expuso Ferry en la declaración ministerial. Confiamos demasiado en el buen sentido de que la Cámara ha dado pruebas bien recientes, para creer que se haya arrepentido tan pronto de su proceder en la última crisis, y, por lo mismo, creemos que la República saldrá triunfante de esta nueva prueba á que la exponen, llevados por un inexplicable error, los mismos que tan de veras creen amarla.

HOE.

LAS LITERATURAS REGIONALES.

DISCURSO LEÍDO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCION PÚBLICA DE DON VÍCTOR BALAGUER.

Señores académicos: A vuestra bondad, que no ciertamente á mis merecimientos, por demás escasos, y á otro móvil quizá también, en vosotros patriótico y levantado, al deseo de que pudieran tener aquí legítima representación las literaturas regionales que son honor y timbre de nuestra patria española, es solamente á lo que debo, suma gloria para mí, la honra de presentarme á ocupar hoy el sillón en que el ilustre académico D. José Selgas y Carrasco hubo de sentarse un día, con aplauso tan universal y solemne, como unánime y profundo fué el duelo que por su muerte sintieron, y sienten todavía, y aún han de sentir todavía más, las letras nacionales.

Por lo que á mi gratitud atañe, señores académicos, sólo puedo decirlos que es tan grande como grande fué vuestra benevolencia, único medio posible de que abrirse pudieran para mí las puertas de la Academia. Y por lo que toca á mi noble antecesor el Sr. Selgas y Carrasco, ¿qué puedo decirlos de él que antes vosotros no hayais sentido, y que consignado no hayan antes con crítico elogio la prensa periódica, con panegírico recuerdo la opinión pública, con solemne manifestación las letras patrias?

Fué escritor correcto, hablista puro, poeta gallardo, prosista superior, selecto literato, de agudo ingenio y de ática forma. Nació para vivir siempre. Su nombre quedará consignado en el libro de honor de nuestra literatura, que no es fácil, ni posible, escribir la historia de nuestras letras, sin recordar al que en poesía contendió con los primeros, al que sobresalía como prosista entre los de más talla, y al que inició en España un género que alcanzó propaganda y tiene escuela. Pertenece Selgas al reducido número de los que piensan y escriben, no con el ajeno, mas con el propio discurso, y era de aquella singular progenie de literatos á quienes el voto público otorga derecho de ser alzados sobre el pavés.

Indiqué antes, señores académicos, cuál debió ser el secreto que en vuestra bondad pudo influir para señalarme asiento á vuestro lado, ya que por propios méritos no lo tuviera, y esto me induce á escoger, para proposición de este acto, un tema

que nos obligue á discurrir sobre el significado é importancia de las literaturas regionales, y á examinar un grave problema, á cuya resolución hay que ir con inflexible, pero prudente firmeza.

Aquellos yerran que al escribir la historia de las letras españolas reducen todas sus glorias á la literatura castellana. Eximia es ésta y superior, como puede serlo la primera y más principal del mundo en el que acaso no reconoce rival: basta ella sola para gloria de una nación, siquiera sea ésta la poderosa España; pero mayor ha de ser el timbre y más de envidiar el lauro, que ya con cinco literaturas, que no con una sola, puede nuestra nación presentarse á contender en el palenque ó concurso de las naciones literarias.

Las provincias catalanas, con Valencia y las Baleares, tienen una literatura. La tienen los euskaros, los gallegos y los astúres.

De estas literaturas, llamémoslas regionales, no se dice tal vez todo lo que se debiera por lo mucho que ellas valen y merecen. Es, quizás, que son poco conocidas, y, por lo mismo, poco estudiadas.

Prescindiendo aún de la lusitana, que en el haz se encuentra de las glorias y de las literaturas ibéricas, no se pueden pasar en silencio esas otras que escritas están en lenguas que no dejaron de contribuir, y poderosamente alguna de ellas, á formar la hoy magistral y solemne lengua castellana.

Esto sucede al bable, al gallego, al mismo catalán, este último en su calidad hereditaria del provenzal; aun cuando no así suceda con el euskaro, que, por una especie de milagro, cuando no sea por una gran fortaleza y conciencia de superioridad, vive independiente, primitivo y libre, sin trato, ni roce, ni confianza con sus vecinos, en medio de todos esos dialectos romances que se formaron al descomponerse la lengua del Lacio.

De cualquier manera, glorias españolas son, y legítimas, y puras, como de patriarcal y honrado abolengo todas.

¿Qué nación, por opulenta y poderosa, dejaría de aceptar como joyas de su literatura nacional esas bellas poesías en todos géneros, y en los diversos dialectos de la lengua euskara escritas, que anuncian una robusta vitalidad poética en la raza varonil de esos hijos de Aitor, que se llaman, y lo serán sin duda, los últimos iberos, y que pretenden tener, y acaso la tengan, una lengua prehistórica, no por ménos conocida más desdeñada, ni por más desdeñada ménos maravillosa?

El movimiento literario de la moderna Euskaria, pueblo de aborrecida historia, se revela con todo el vigor de la juventud y de la lozanía.

Cataluña llevó á aquel país la institución de los Juegos Florales, y esos certámenes literarios dieron vida y actividad á toda una raza de poetas que indolente permanecía, ó dormida, en aquellos rientes y pintorescos valles, tan amenudo cruzados por arroyos de sangre fraternal, que el mar Cantábrico besa con sus espumas oceánicas, y cierra el abrupto Pyrene con sus riscosas soledades.

No blasona de remota antigüedad la poesía euskara: moderna es, de nuestros días; pero sus poetas están cortados á la antigua, nacen formados y adultos, con los bríos mismos y destogues que pudieron tener los autores de aquel famoso *Canto de Atabiscar*, que podrá ser más ó ménos antiguo, lo cual no es para debatir en este instante, pero que, más antiguo ó más moderno, es un monumento de gloria con sobra de esta para enriquecer á toda una serie de generaciones literarias (1).

Más justas pretensiones tiene á la antigüedad la literatura gallega. Sus títulos son legítimos, sus blasones honrosos, heredada su historia, puras sus tradiciones; y su idioma, el más dulce acaso que se conozca para cantar las tristezas y dolores de un alma herida, podrá ser efectivamente un dialecto, como se empeñan muchos en llamarle, pero es el dialecto al que cabe la honra de haber engendrado la lengua portuguesa. En habla gallega cantó sus loores á la Virgen Soberana el rey Don Alfonso X con sus inmortales *Cántigas*, en habla gallega moduló sus dulces endechas de amores el triste Macías, y en habla gallega probó á escribir la primera y, por consiguiente, más antigua poesía que puede presentar la historia literaria de estos reinos, el trovador provenzal Rimbaldó de Vaqueiras (2). La moderna literatura gallega, por lo que toca á su lírica especialmente, tiene ya derecho á ser reconocida y honrada. Al escribir los fastos de nuestras modernas letras españolas, no se puede prescindir de dar ya á esa literatura el puesto de honor que le corresponde, digna y gallardamente conquistado por los hijos del Miño en obras superiores y valiosas, algunas de las cuales están destinadas á alcanzar la vida que el tiempo concede á lo que es merecedor y digno de vivir con él.

También en esta noble región galáica asentaron su real los *Juegos Florales*, que con su histórica divisa de *Patria, Fides, Amor*, allí llevó la propagante Cataluña: también al calor de esas justas poéticas, que facilitan á todo movimiento literario los medios de difundir la fé de su realeza y de su vida, nuevos poetas han surgido reclamando con su existencia el derecho á la existencia, pero no debe, sin embargo, Galicia su moderna é inspirada lírica sólo á esos certámenes. Vivía ya la poesía en su seno, germinaba en sus entrañas, estaba en la cripta de su apóstol, que acudían á visitar romeros llegados de todas las partes del mundo, en su propia lengua dulce y

armoniosa como el son de la lira que hiere el plectro, en sus iglesias románicas y en sus mares extensos, en sus deliciosas florestas y en sus cielos aborregados, en esa misma nostalgia que, por un arcano inexplicable, es común á los hijos que abandonan la patria gallega y á los que en ella permanecen. Sólo necesitaba su poesía un impulso, sólo necesitaba revelarse, para nacer dulce, rica, briosa, sonora, como es fama, según añejas tradiciones, que existía el oro en las entrañas de un monte sagrado que se alzaba en sus fronteras, oro que ni á costa de los más rudos trabajos conseguía encontrarse, pero que brotaba espontáneo, en abundante y caudaloso criadero, como presente de los dioses, cada vez que el rayo bajaba á herir la tierra. (3)

Al otro lado de los montes Herbáseos, existe un pueblo á quien da singular origen una tradición poética. Cuéntase que, cuando la destrucción de Troya, la Aurora, deshecha en lágrimas, envolvió bajo los pliegues de su intensa cabellera al griego Astur y á sus compañeros, y hurtándolos al desastre, los trasladó á una comarca ibérica, orillas de un río que de su nombre se llamó Astura, y hoy es el Ezla. Esta raza, de tan literario origen, milagrosamente escapada á la destrucción de Troya, es la que estaba predestinada á salvarlo todo en España, después de la sangrienta rota á orillas del Guadalete: independencia y libertad, leyes y culto, lengua y literatura, historia y honra.

No estoy llamado aquí, ni esta es tampoco la tribuna propia, á cantar las glorias del pueblo astur. Consignadas están en nuestros patrios anales. Favorecidos por esa vertiginosa rapidez con que domina el valor, comparable sólo á la ciega premura con que se impone el miedo, se apoderaron los árabes de nuestra península. Todo sucumbió ante ellos, todo ante ellos hubo de postrarse, ó decadente ó medroso, excepción hecha de un puñado de montañeses que, recogidos en las asperezas del Auseba, y apellidando patria, alzaron con alentoso empeño el trono que legar debían luego á Leon y á Castilla, y con él la lengua y el culto, las leyes y las costumbres de los venidos. Conforme iba aquella nacionalidad valerosa extendiendo los aledaños de la monarquía, así iba adelantando la lengua y aceptando gran copia de modismos y de frases orientales, al propio tiempo que, como luego he de consignar admitía también la influencia provenzal que en ella logró ingerirse, merced á la importancia que aquella literatura tomó en la corte de los reyes y en las congregaciones de los pueblos castellanos. Pero ma avenidos andaban con esto los indomables astures, que tenían á honra no confundir su lengua con la de los árabes, como no habían querido aceptar el roce con sus huéspedes, á las cuales opusieran por muralla sus ásperos y difíciles valladares, y aun otros valladares, todavía más ariscos é inexpugnables, los de sus desnudos pechos y de sus recios propósitos.

Quedan muchas obras, sobre todo poéticas, escritas en habla asturiana, por lo común llamada bable. Aun cuando el movimiento literario de los astures no haya progresado con el patriótico entusiasmo del euskaro, la decidida persistencia del catalán ó la creciente inspiración del gallego, no por esto deja de tener valiosos monumentos literarios que señalan y fijan su existencia. (4)

Hay otra lengua y otra región españolas cuya literatura viene hace siglos coexistiendo con la castellana.

Desde los límites del antiguo *Templum Veneris* de los romanos, hasta llegar á las que fueron fronteras del reino de Granada y de las Alpujarras, costeano siempre el Mediterráneo, que es el mar de nuestras tradiciones; desde la primera fortaleza que en un estribo de los Pirineos orientales alzaron aquellos héroes de la Reconquista, coincidentes con los astures, y á quienes se llamó los *Barones de la fama*, hasta el primer presidio que adelantado á sus fronteras sobre el mar latino tenían los árabes; en una palabra, desde el cabo de Creus hasta el de Palos, ocupando el Este de España, y salvando el mar para espaciarse en las floríferas Baleares, se extiende, con sus varias ramificaciones y dialectos varios, la lengua que tuvo su origen literario en la de aquellos trovadores provenzales, que adelantándose seis siglos á esas mismas ideas de libertad, de civilización y de progreso que informan hoy los códigos de los pueblos más avanzados y liberales, las proclamaron desde su tribuna de Tolosa, la Atenas occitánica, y las mantuvieron con su sangre y con su vida en los campos de Muret y en las hogueras de la Inquisición.

Mantenedor de esta lengua en España es el pueblo que vive á orillas del mar azul, acariciado por sus dulces brisas, fortalecido por sus heróicos y populares recuerdos, con sus tradiciones helénicas y románicas, y á la sombra protectora de las dentelladas crestas del histórico Montserrat, donde tiene la casa solariega de su religión y de su lengua, de su independencia y de sus leyes, donde está, con el santuario de su Virgen querida, la *morenita de las montañas*, el santuario también de sus glorias: que si en lejanos tiempos el Monserrat pudo ser propugnáculo de los reconquistadores de la tierra, en los nuestros ha sido muro infrangible que por virtud ha detenido el empuje de los batallones imperiales que pretendían arrebatar á España su gloriosa independencia.

Bien hallado con sus tradiciones y su lengua, vive allí un pueblo austero en sus costumbres, firme en sus propósitos, sóbrio en sus apetitos, rebelde á la imposición si á la amistad sumiso, como su idioma severo, avaro de frases aunque no de favores, emprendedor y valeroso, porfiado en el trabajo que es para él un culto, y tan amante de su tierra que, aun cuando por ventura se ausente empujado por azares ó solfrito de medros, á ella vuelve siempre para hacerla heredera de sus bienes y tumba de sus huesos.

A este pueblo pertenece la literatura levantina que, con su moderno y extraordinario renacimiento, llama hoy poderosamente la atención de los extranjeros que acuden diligentes á estudiarla. (5)

Ahora bien, señores Académicos, ¿á qué obedece el despertar de nuestras literaturas regionales?

Hoy se mueven y se agitan, llenas de vida, de actividad, de movimiento, esplendentes de luz, de arte, de brillantez, de irradiación y de colores.

¿A qué ley histórica, á qué principio, á qué sentimiento, ó á qué instinto puede obedecer esto?

Por ley natural del progreso, las sociedades humanas tienden á la unidad. Así se han ido formando las grandes naciones, España, Francia, Alemania, Italia... Así se formará, ó, por mejor decir, volverá á formarse un día la península ibérica.

Cuando nuestra nación tiende, pues, á extender sus fronteras y sus horizontes, ya que en justicia debemos abrigar el generoso pensamiento de la nacionalidad ibérica, y el latino propósito de repetir algún día, con respecto á Africa, el inmortal *tenete* de Scipion el Africano, ¿cómo se explica que las literaturas regionales, y hasta el espíritu regional, se levanten soberbios, en son de independencia, que algunos traducen, ó incautos ó malévolos, por separatismo?

Cuando las naciones, no contentas aun ni bien satisfechas todavía con su unidad política, buscan en sus consanguíneas nuevos medios de enlace y de unión en la raza, é intiman relaciones con la perspectiva de estrechas alianzas para el caso de futuros conflictos, ¿cómo se explica que regiones determinadas, en su habla regional, invoquen su historia y su pasado, levanten el ánimo de sus compatriotas, y aspiren á tener una literatura propia, emancipando, digámoslo así, su pensamiento y su lengua del pensamiento y de la lengua oficiales, aun reconociendo todo el peligro de la emancipación del pensamiento en literatura, que es el síntoma más característico de la nacionalidad, aun reconociendo todo el peligro que hay en el uso de la lengua propia regional, ya que la lengua es la patria?

Pues esto tiene fácil explicación. No la busquemos, que bien pudiéramos, en la natural ingenua propensión del individuo á recordar su pasado, la casa de su infancia, el nombre de sus padres; de las familias á memorar sus blasones solares y su linaje; de las corporaciones á sostener sus fueros y privilegios; de los pueblos á celebrar sus fastos tradicionales. No la busquemos tampoco, que bien pudiéramos también, en la sospecha de que las antiguas nacionalidades históricas, mal avenidas con una organización exageradamente centralizadora y uniforme, buscan en las tendencias literarias lo que otras corrientes no pueden ni deben procurarles.

Busquémosla en la ley natural, en la ley eterna, la cual hace que, así como los cuerpos celestes están sometidos á dos fuerzas mayores, ineludibles, la de atracción y la de repulsión, así las sociedades humanas obedecen á dos impulsos contrarios, la unidad por un lado, la independencia por otro, ambos antitéticos y ambos no obstante necesarios, como que son elementos de vida y de progreso.

Tiene, sin embargo, un peligro la unidad, el de la uniformidad; como también un peligro la independencia, el de la licencia.

Si la unidad es uniformidad, fácilmente puede convertirse una nación de hombres libres en una nación de siervos, y el siervo no tiene más lengua que la de su amo ni más patria que el suelo pisado por las plantas de su señor.

Si la independencia es extrema libertad, ataca al derecho, y al atacar el derecho provoca la lucha, y la lucha es la guerra, la guerra civil, la mayor y más ruinosa de las guerras, el suicidio de la patria.

La misión del legislador, en nuestros pueblos de raza latina sobre todo, está en hallar la forma que ponga de acuerdo la independencia con la unidad, equilibradas entrambas dentro de la armonía. Permítidme una comparación, demasiado vulgar tal vez: cuanto más numerosa y más varia es la diversidad de voces en un coro, más compacto resulta, más poderoso y fuerte, por virtud de la unidad y de la armonía. No hay que olvidar que la ley de variedad es ley de vida, y por lo mismo necesaria, pero en cuanto no atente á la armonía, que es también otra ley de vida. Así todas las pasiones y sentimientos humanos, por varios y contrapuestos que sean, están dentro de una sola vida; así van á parar los ríos al seno de una sola mar, y al de una sola muerte los mortales.

Los hombres que han tenido el gobierno del Estado en sus manos, los que hoy lo tienen, los que pueden tenerlo mañana, han de ir, francamente y despojados de todo miedo doctrinario, á resolver el problema que se presenta como pavoroso en las

modernas agrupaciones de la raza latina. Ellos deben fijarse en que el no satisfacer las exigencias provinciales justas, es despertar la exageración provincial y el recuerdo acaso de una nacionalidad perdida; ellos deben pensar que en países como el nuestro, la excesiva centralización política es la anestesia, es decir, la resolución de la conciencia y la parálisis de las grandes manifestaciones de la vida de los pueblos, ya que el exceso de personalidad del Estado se forma á expensas del tanto de justa personalidad de las provincias; ellos deben discurrir que el habla nativa del país es el lazo que une el pueblo á la tierra, y hay que mantener el lazo para sujetar la tierra; ellos deben, por fin, tener en cuenta que es atentar á la unidad nacional herir en su dignidad el espíritu de provincia.

Lo que debe hacerse en política, hacerse debe en literatura, que tal es la condición de nuestra España, literaria y políticamente considerada, ya que resulta verdad en lingüística, lo que resulta tal en política.

Cuanta más vida, y más vigor, y más entusiasmo, y más amor provincial ó local haya en los municipios, más vida y más fuerza nacional tiene el país. La nación es mayor, cuanto mayores y más poderosas sean las provincias.

Así en literatura.

La lengua oficial ó nacional tendrá mayor fuerza, y más virtud ha de tener, cuanto mayor la tengan las regionales; que en éstas, no en las extranjeras, ha de ir á buscar los vocablos, las frases, los modismos que para su perfección y belleza le falten.

Esto intentó un día el ilustre Jovellanos, quien tuvo la idea de formar un diccionario del dialecto asturiano, llegando á publicar el plan de esta obra, que malaventuradamente no pudo realizarse. Era proyecto de aquel esclarecido patricio contribuir con este propósito á enriquecer la lengua castellana, á fin de que ésta no se hiciera tributaria del extranjero aceptando frases, modismos y vocablos allegadizos y extraños, cuando mejores, y más propios, y nacionales sobre todo, podía proporcionárselos el habla asturiana.

Lo que con respecto al bable quería llevar á cabo Jovellanos, es lo que en más modernos tiempos realizó, con respecto al aragonés, un eminente literato, correspondiente nuestro en Zaragoza, señores académicos, cuya muerte ha dejado en la región de las letras aragonesas un vacío que difícilmente podrá llenarse. Me refiero al Sr. D. Jerónimo Borao. (6)

El desarrollo de las literaturas regionales, en mi opinión al menos, es la aurora de un día espléndido para España, y, sobre todo, para la lengua y la literatura castellanas, que están destinadas á recoger el fruto y la herencia, y que hoy sobresalen, luminosas y atractivas, ensalzadas por extraños, lo cual es algo más que por propios, y tan seguras de las glorias históricas de su pasado como de las esperanzas legítimas de su porvenir.

De esa lengua y de esa literatura castellanas, nada ó poco al menos he de decir por mi parte, cuando todo lo dicen ellas por sí, cuando aquí estáis reunidos en solemne Areópago, todos vosotros los ilustres del país, aquellos que por haber sido sus apóstoles y misioneros, hoy sois sus escogidos y custodios.

Reconociendo por madre la lengua latina, que es la misma que tenemos nosotros, portugueses, castellanos y catalanes; aceptando el mismo origen y teniendo la misma tradición, la lengua castellana arranca un día de la cordillera cantábrica para ir avanzando, compañera fiel de la monarquía, hasta llegar á aposentarse en el corazón de España, desde donde, prolongándose por la reconquista hasta Tarifa y Cádiz de un lado, y por la paz hasta Huesca y Jaca de otro, partiendo la Península en dos mitades, y extendiendo sus brazos para alcanzar con uno el Océano en Santander, y con el otro el Mediterráneo en Málaga, hace á todas aquellas regiones y á entrambos mares tributarios de Castilla. No satisfecha aún, un día parte de Palos con Cristóbal Colon para cruzar los tenebrosos mares y ser así la primera que aprenda el Nuevo mundo al nacer á la vida de la comunidad y del progreso; otro día acompaña al Gran Capitán en sus jornadas de Italia; sigue luego á los ejércitos conquistadores de Carlos V; y ya, más tarde, con Cervantes, con Lope de Vega y con Calderón de la Barca, se hace admirar y aplaudir en todo el orbe.

No ofrece duda para mí, aun cuando lo contrario afirman opiniones muy respetables, que si debe la lengua castellana muchas de sus excelencias y primores al influjo de los árabes, no debe menos tampoco á la influencia provenzal, ni es ésta menos eficaz en ella. Con particular empeño, con patriótica insistencia se ha querido negar esto último. En mi sentir, no puede sostenerse lógicamente esta opinión, pues la evidencia demuestra lo contrario.

Pudo dar origen á esta idea un noble sentimiento patriótico, ya que, hasta muy modernos tiempos, y también por autores respetables, se ha confundido el provenzal ó lemosin con el francés, haciéndolos sinónimos, cuando nada tuvo nunca que ver la lengua de *oc* con la de *oil*, y cuando sólo después de medio siglo de heroica resistencia, pudo el francés dominar la Provenza, no sin tener que concluir antes con la lengua, con la literatura y con la nacionalidad de los provenzales.

De la influencia que éstos pudieron tener en la lengua y literatura castellanas no sabemos aún lo bastante, pues la oscuridad de aquella época y la falta de documentos nos cierra todo horizonte; pero á medida que vayan avanzando las disquisiciones filológicas á que con serena meditación y profundo estudio se entregan hoy algunos sábios de aquende y allende los Pirineos, podremos llegar á fijar nuestra opinión sobre este punto bastante difícil.

Por de pronto, y sólo con el deseo de allegar materiales para que puedan ser útiles á los que este trabajo emprenden, he de permitirme, señores académicos, consignar algunas observaciones y referir algunas particularidades relativas á este punto concreto, que hice un día objeto de pertinaces y predilectos estudios en tiempos para mí más venturosos. Algo de lo que voy á decir podrá ser de algunos conocido; pero algo he de decir también hasta hoy ignorado, ó que al menos, honradamente lo confieso, no llegó á mi noticia que antes se hubiese dicho.

Si la influencia lemosina en la poesía gallego-portuguesa está reconocida y confesada por vosotros mismos, señores académicos (7), día llegará en que sea reconocida también y quede consignada su influencia en la castellana, sin menoscabo de ésta, sino muy al contrario, en honra suya, pues demostrarse puede que, con anterioridad á la misma Cataluña, tendió Castilla sus brazos á la poesía provenzal dándole el calor de su regazo, siendo también debida á Castilla la gloriosa iniciativa de aprovechar el canto del poeta lemosin como medio político de levantar el espíritu público y acomodar el ánimo del país á grandes y patrióticas empresas.

Hay un hecho innegable. El habla provenzal, aun cuando no fuese más que como lengua literaria, era perfectamente conocida y hablada en las Cortes de Castilla y de Leon. No existía aún el *libro de los Reyes d' Orient*, considerado como el primer monumento de la literatura castellana, y ya, sin embargo, la Corte de Castilla ardia en aires y en cantos lemosines que aquí llegaban de Provenza y de Gascuña, y con ellos poetas, no menos insignes por ser hoy menos conocidos, poetas á quienes acogían con entusiasmo los reyes, las damas y los barones, y á quienes honraban y festejaban con singular predilección, como jamás lo fueron en la misma Cataluña.

Desde el siglo XI, es decir, desde la época de Guillermo de Poitiers, el primer trovador conocido, vienen encontrándose en Castilla huellas, vestigios, noticias de trovadores provenzales. Registrando manuscritos, compulsando datos, leyendo, ó, mejor dicho, deletreando, mejor dicho aún, escuchando las poesías originales de los trovadores, es como he podido encontrar datos inestimables, no consignados todavía en la historia, los cuales me permiten asegurar que los trovadores tuvieron grande influencia, y muchos de ellos gran privanza, en las Cortes de Leon y de Castilla.

Cuando Alfonso VII proyectaba su empresa de armas contra Almería, acudió, lo primero de todo, á un trovador provenzal, como elemento de propaganda, según ahora, por ejemplo, se acudiría á la prensa para sondear la opinión y levantar el espíritu público á favor de una empresa patriótica. Vivía entonces Marcabrú, uno de los más antiguos poetas provenzales que se conocen, y vivía seguramente en Castilla. A él se acudió, y hubo de dársele el encargo de componer un canto para inducir á los barones del otro lado de los Pirineos, sobre todo á los de Guena y Poitou, á tomar parte en la empresa concebida por Alfonso VII.

Compuso Marcabrú su canto. Es aquel que empieza:

«Pax in nómine Dómini
Fes Marcabrú los mos e'l so
Auiatz que di.»

«Paz en nombre del Señor. Es Marcabrú quien hizo este canto, letra y música. Oid lo que dice.»

Por una coincidencia digna de notar, este canto es el primero de los *serventesios* políticos que se conocen.—pues sólo más tarde aparecen los flagelantes y virulentos *serventesios* de Beltran de Born.—debiéndose por lo mismo al espíritu de Castilla el origen de este género de poesía y el origen también de este género de composición política entre los trovadores.

Los juglares, es decir, los cómicos de entonces, partieron enseguida para propagar la poesía, que iban cantando por cortes y castillos, por pueblos y comarcas; tratando de provocar el entusiasmo á favor de la empresa que proyectaba el monarca castellano.

No hubo de obtener el canto de la *Piscina*, como así se le llama, gran resultado entre los barones de allende los Pirineos, aun cuando parece que lo obtuvo completo en Castilla, donde todo induce á creer que Marcabrú era popular. El poeta escribió entonces un nuevo canto (*Emperaire, per mi mezeis*), dirigido esta vez al rey y á los barones castellanos. En él combate la conducta de los que han sido sordos á su primera invitación, les acusa de cobardes, egoístas y traidores, alienta al emperador (Alfonso VII), «en quien ve crecer cada día más la prez y la valía,» y le incita á llevar á cabo su empresa con sólo el auxilio de los catalanes.

(Concluirá.)

ELCHE MODERNO.

III

Hemos narrado los hechos históricos más ilustres que atestiguan la grandeza de la antigua *Ilici*, colonia inmune de los romanos, y silla episcopal de los godos, hasta que fué arrasada por los vándalos.

Nos propusimos fijar la atención de nuestros benévolos y habituales lectores de LA AMÉRICA, sobre los dos recintos habitados á un mismo tiempo en la época árabe, y á los dos daban nombre los mahometanos, porque Alcúdia llamaban al uno al otro Elche.

Quisimos trazar á grandes rasgos los terribles períodos que atravesó Elche feudal, en su lucha tenaz contra el dominio de sus señores, hasta que ingresó en la grande nacionalidad española sostenida por el brazo de hierro del emperador Carlos V.

Pero hemos visto que antes, en la época tumultuosa de las Comunidades y de las Germanías, las villas de Elche y de Crevillente contradijeron las reclamaciones de la reina viuda de Sicilia, que pretendía su señorío para D. Bernardino de Cardenas, su hijo; defendieron valerosamente sus derechos, hasta que sucumbieron las Comunidades y las Germanías.

Para dominar el levantamiento de Elche, vinieron D. Pedro Maza, marqués de Novelda, D. Ramon Rocafoll, D. Diego de (Caz) Granada, D. Alonso Caz, D. Ramon Ladron, señor de Castalla, Rocafoll señor de Alvalera, cada cual con sus tropas, y otros muchos señores de Castilla y de Valencia, que impusieron en la villa el señorío de D. Bernardino de Cardenas, cuyo cuerpo está sepultado debajo del altar mayor de Santa María.

Entonces fué cuando se cometió la infame alevosía de cortar la cabeza de uno de los héroes de la libertad, Quirant, ú Ortiz, expuesta en la torre de la Calahorra.

Muerto D. Bernardino, se alegó por la reina viuda de Sicilia, el derecho á la sucesión de su hijo D. Jorge. Elche y Crevillente combatieron su pretendido derecho, las justicias de las villas se refugiaron en las iglesias, para no ser castigadas, hasta que Felipe III declaró á la viuda usurpadora de la corona real, en el año 1607.

Tres años despues las dos villas fueron separadas del reino y obispado de Murcia, y quedaron sujetas al de Valencia, lo que celebraron muy regocijadas con grandes fiestas.

El pretendiente D. Jorge, hijo de la reina de Sicilia, vino á los alrededores de Elche, asociado al famoso Barbarroja, con una hueste numerosa de 15 000 ó 20 000 moros de infantería y de caballería; por fortuna, aparecieron 10 000 soldados españoles, y unidos á los valientes ilicitanos, huyeron los moros, y los vencedores conquistaron siete banderas, cuyos gloriosos trofeos ornan los muros del coro de Santa María.

Entonces se ordenó el bautizo de las familias árabes que vivían en el arrabal, y, por no ser expulsadas del suelo natal, se sometieron á este acto de intolerancia religiosa, y algunos abandonaron los patrios lares.

El duque de Altamira, en tiempos posteriores, fué declarado señor de Elche, de Crevillente y Santa Pola.

Hasta 1835 funcionaron dentro del mismo recinto urbano dos ayuntamientos independientes: el de la villa y el del arrabal; su concejo respectivo se juntaba en diferentes plazas; cada uno tenía su torre y su campana para convocarlo, su casa para las deliberaciones, su iglesia para las fiestas, su reloj para regir la distribución de los riegos.

Grandes tumultos excitó el señorío del duque en la villa y en el arrabal. Unos ciudadanos quitaban las armas del duque y ponían las del rey, y otros hacían lo contrario; pero en 15 de Abril de 1766, el ayuntamiento dió un bando ordenando derribar las armas del duque y poner las del rey, y al momento las derribó un individuo llamado el *Meotero*, acompañado del comun, derribando también la horca que estaba detrás de San José.

Al día siguiente se colocaron en la Plaza Mayor las armas del rey, que eran de sillería, y las trajeron para su colocación, Ignacio Llebres y Joaquin Sempere.

El día 20 del mismo mes no permitieron vender el agua del duque en el arrabal; fueron muchos vecinos á Santa Pola y tomaron posesión de la Albufera y San Francisco de Asís.

El día 3 de Mayo del mismo año, fueron presos Vazquez, Machuca, Brotons, D. Beltran ó el *Meotero*, Blasco, conducidos al castillo de Alicante, y sentenciados despues al presidio de Africa, por haber sido los revolucionarios del Arrabal.

Las armas del duque volvieron á ser colocadas en el arrabal y derribadas las del rey, y en el mismo arrabal se vendió otra vez el agua del duque: el 18 y 24 de Mayo tuvieron lugar estos sucesos.

En el año 1553 se había construido el arco de separación entre el arrabal y la villa.

Continuaron recrudescidas las discordias entre el arrabal y la villa, destruidas otra vez las armas del duque, y prohibida la venta de su agua; los ánimos se enardecieron con extremo en 16 de Octubre en 1766, todos los géneros decrecían de su valor, y Felipe IV, para calmar la efervescencia popular, hizo donación del arrabal al duque de Altamira, de quien antiguamente era propiedad la villa y Santa Pola.

Elche ha sostenido un largo pleito, pidiendo su incorporación á la corona, rechazando siempre el privilegio señorial.

La tradición dice que el 29 de Diciembre de 1370 llegó flotando por el mar una arca cerrada que contenía esta inscripción: *Soy para Elche*, y dentro del arca se encontró una imagen de la Virgen.

La fiesta local que se celebra cada año el 14 y el 15 de Agosto, es un drama de efecto mágico. La multitud se apiña en la nave grandiosa de Santa María, puebla la plazoleta inmediata con la cabeza descubierta, expuesta á los ardores del sol canicular, y cuando aparece ante sus ojos la imagen de la Virgen de la Asunción, estalla de todos aquellos pechos comprimidos un viva universal.

Los personajes que representan ángeles, apóstoles, San Juan, Simón, Pedro, con los símbolos evangélicos, descienden con el auxilio de una maquinaria, desde la pavorosa altura de la cúpula de la iglesia; el grupo de la Trinidad, suspendido sobre los aires, corona la imagen que figura el alma de la Virgen.

Respetemos las leyendas, que simbolizan sin-ceras creencias.

El pórtico de Santa María es grandioso, su templo de muy buen gusto arquitectónico, los mármoles y los jaspes le decoran; el tabernáculo, de primorosos embutidos, ofrece un conjunto bello y suntuoso.

En el año 1609 se colocaron las banderas en el altar mayor, conquistadas á los moros de Granada, en el pontificado de Leon V y en el reinado de Felipe II.

Fué pintado y dorado el altar mayor en 1668, y costó 2 500 duros. Dos años despues trajeron la corona imperial á la Virgen, y su precio fué el de 700 pesos.

La obra de piedra sillar se construyó en el mismo sitio en que existía la antigua catedral derruida por los moros, terminada por los años 1676 ú 80.

En 29 de Diciembre de 1805 se hicieron los primeros carros triunfales para la venida de la Virgen. Tiene además las parroquias del Salvador, San Juan y otros edificios religiosos, San Sebastian, Jesús, la Merced.

Hemos dicho en nuestro artículo anterior, que el riego de las tierras es absolutamente árabe. Un tajamar giratorio divide la corriente de las aguas, y dulas ó turnos constituyen su distribución sometida al mismo modo de enjuiciar, de administrar, á la sábia legislación musulmana.

Todas las mañanas se reúnen junto á la antigua puerta de la Villa, los propietarios de los partidos rurales de Altavíg, de Jubalcoy, de Alzabaras, de Azpillas, de Algora y otros, demandando riego; el fiel en alta voz señala los repartidores abiertos aquel día, y los que no lo obtienen se alejan resignados hasta que les llegue el turno.

Existen 813 hilos de agua; el valor de cada uno de estos hilos ascendía en tiempo muy reciente á quince mil reales, y hoy ha descendido á una tercera parte de su valor, á diez mil reales, por efecto de unas aguas descubiertas para un molino del pueblo de Novelda, que son amargas y han sido lanzadas en el cauce del río de Vinalapó.

Se llama hilo de agua, la dozava parte de la que corre por la acequia durante el período de doce horas y así hay hilos de día y de noche.

Dos libros asientan el repartimiento de los hilos de agua, durante el período de treinta y seis días y medio. Algunos individuos son propietarios solamente de hilos de agua y la venden á los propietarios ó colonos de las tierras.

Es en extremo deplorable que las aguas pluviales, escasas por desgracia en esta comarca, al caer en el pantano, que contiene sustancias salinas, se convierten en amargas y sean la plaga más funesta para el cultivo de la agricultura. Ha destruido los olivares; á comienzos del presente siglo estaban plantadas de olivos de sesenta á setenta mil tahullas, y hoy apenas ascienden á cuatro mil tahullas.

La cosecha de aceite fué tan abundante en el año 1786, que ocupó su elaboración ciento treinta y cuatro almazavás.

Y no solo el agua salada perjudica al olivo, sino que seca el viñedo y esteriliza el fruto precioso, la roja flor del granado.

La misma palmera, á pesar de su esbeltez y de su elevación, se desarrollaría más si pudiera recibir el fecundante riego de agua dulce, solo cuando llueve, lo que sucede; con poca frecuencia, esponja sus penachos y les da ese verdor que nos fascina.

Se hallan establecidas algunas sociedades impulsadas por el noble deseo de traer agua á esta región desventurada. La *Redención*, *Cármén*, y alguna otra, se constituyeron con tan plausible objeto, y tal vez lo consiguieran, si contasen con grandes capitales, que no abundan en el país.

Se esfuerzan con perseverante afán en hacer que broten manantiales en los montes vecinos de Aspe y de Crevillente.

Solo en los llamados *Carrizales*, los raudales del río *Segura* alimentan el viñedo y los cereales.

El agua, el agua es la gran necesidad de este país, que se convertiría en un delicioso Eden, porque su templado clima y su diáfano cielo desarrollarían el crecimiento de todos los árboles.

Despues de los inmensos y frondosos bosques de sus elegantes palmeras, brotarían huertos espléndidos de granados y naranjos; la viña y el

olivo le brindarian sus copiosos frutos, y su suelo, feraz entonces, se trocaría además en un vergel de flores.

El término de Elche abraza la extensión de catorce á diez y seis leguas cuadradas, con una población de 26 á 30 000 habitantes.

El campo y la huerta forman una dilatada llanura, limitada al Norte por algunas lomas. La sierra de Santa Pola al Este, y la del Molar al Sur. Descuella en todas direcciones la magestuosa palmera, y un cálculo, que no puede ser exagerado, eleva á 500 000 las palmas que embellecen su perímetro.

Pertenece á la jurisdicción civil y administrativa de Alicante, al obispado de Orihuela y al reino ó capitania general de Valencia.

El campo y la huerta ofrecen una vistosa perspectiva: ostentan infinidad de árboles frutales, de viñas y de olivos; producen una buena cosecha de trigo, cebada, vino, algarroba, almendras, higos, cominos, barrilla, panizo, legumbres, hortaliza, y, sobre todo, el sabroso dáttil que se exporta á toda España.

Hay también fjal de piedra, y se cria bastante ganado lanar y cabrío.

Todas las casas principales poseen algibes; constituyen, generalmente, un solo piso, coronado por los moriscos minaretes ó azoteas. Los algibes recogen las aguas pluviales; el obispo de la diócesis, D. José Tormo, prestó un singular beneficio á los ilicitanos al traer, en 1789, las aguas dulces, para surtir las fuentes. En los tiempos de sequía, los vecinos se veían precisados á beber las aguas saladas, de lo que dimanaban muchas enfermedades y males contagiosos.

El buen obispo empezó en 1785, la obra para la conducción del agua nombrada de Barrenas, en el término y á un cuarto de legua de Aspe, y concluyó sus importantes trabajos en 1789. Se construyeron todos los conductos necesarios dirigidos á cinco fuentes. Su coste ascendió á 906 989 reales, bajo la más rigurosa economía y la dirección de una junta creada al intento.

Con fecha muy reciente, el brigadier, señor D. Dionisio Mancha, ha traído el agua para tres fuentes por medio de tubos, desde la sierra del Planet, al Norte de Elche, á seis kilómetros de distancia.

Lo repetimos: la obra más beneficiosa para esta ciudad es el agua y deben merecer la gratitud de los vecinos de Elche, el obispo Tormo, como el brigadier Mancha.

Nos honramos con la amistad de este ilustre veterano de la primera guerra civil, que ha prestado grandes servicios á la libertad en los campos de batalla y que ha sufrido las más rudas persecuciones de los Gobiernos reaccionarios, por haber sido siempre fiel á la bandera del progreso.

Mas, en su edad madura, descansa tranquilo en el testimonio de su conciencia inmaculada, á pesar de que no orna su uniforme militar el entorchado de oro de mariscal de campo, merecida recompensa sin duda, de sus antiguos y relevantes servicios.

También se encuentra en esta ciudad el distinguido brigadier del cuerpo de artillería, señor D. Julio Aisa, con su respetable familia. Su elevada inteligencia y su finísimo trato, le han conquistado la simpatía general, y nos complacemos en tributarle este homenaje público de nuestro sincero afecto.

Las defunciones en el año anterior de 1882 en las tres parroquias obtuvieron la cifra de 504, y los nacimientos alcanzaron la de 800, lo que prueba la salubridad del clima.

Hay tres farmacéuticos, que velaban por la beneficencia municipal; pero se vieron obligados á dimitir sus cargos porque no se satisfacían sus haberes; por esta causa lamentable gime en misero abandono la beneficencia, á pesar de que nuestro buen amigo el Sr. D. Vicente Moreno es tan generoso, que expende gratuitamente muchos específicos á los más necesitados.

También nuestro distinguido amigo el señor don Manuel Campello, doctor en medicina, es la providencia de la ciudad, del campo y de los pueblos circunvecinos. No reposa un solo instante; le vemos constantemente recorrer en su carruaje la población con la cabeza siempre descubierta, para llevar el consuelo y la salud hasta las familias más menesterosas. Profundo conocedor del idioma alemán, se encuentra á la altura de todos los conocimientos de la ciencia más modernos.

El Sr. Campello se distinguiría por su saber, lo mismo en Madrid que en París y en Berlin; pero no deben temer los ilicitanos que los abandone el ilustre doctor, que prefiere el amor de su país natal á las más brillantes ventajas que puede brindarle la fortuna lejos de su patria, cuya ausencia produciría un duelo universal.

El servicio de correos abraza cinco expediciones diarias, siendo la primera á las ocho de la mañana. Dependen de su administración cinco carterías. El servicio telegráfico consta de dos aparatos. Ambos son desempeñados con celo é inteligencia, superiores á todo elogio, por el oficial primero Sr. D. Luis de Rojas, que tiene además á su cargo el del puerto de Santa Pola.

La entrada y la salida de los correos, así como los telégramas que se reciben y se transmiten son numerosos, por ser tan industrial esta ciudad, y porque en el vecino puerto existe grande movimiento mercantil con Africa.

Este benemérito oficial, que cuenta ya con 19

años de servicio en telégrafos, esclavo de su deber, no puede separarse del aparato desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde, y al mismo tiempo debe recibir y remitir á su destino las expediciones de correos, y se encuentra solo para desempeñar tan penoso servicio.

Este reclama un empleado más; nosotros que conocemos el ramo de correos, por haber ejercido su Direccion general, á raíz de la Revolucion de Setiembre, afirmamos con pleno conocimiento de la materia, que es exigir un prodigio de actividad, que lo realiza sin duda este celoso funcionario, pero debe tener presente la actual Direccion de comunicaciones, que no es justo imponer estos milagros á sus subordinados.

Antes de verificarse la amalgama de las dos Direcciones, existia en Elche un oficial de Telégrafos, y un administrador de correos dotado con el sueldo de cinco ó seis mil reales anuales. Hoy están asociados los dos destinos en un solo oficial de telégrafos, sin aumento de haber, y recargado el servicio. ¿Cómo es posible que se atienda este, con rarísimas excepciones como la presente, por falta de personal, y con más gastos no recompensados por la Direccion? Mucho pudiéramos añadir sobre esta cuestion que es vastísima y muy importante, y merece que nos ocupemos de ella, algun día, con más extension.

La industria principal es la que confecciona los alpargates, que son el calzado usual del pueblo. El yute es la primera materia textil, que se trae de la India. El cáñamo viene de Callosa, de Italia y de Rusia.

Es curiosa la variedad de manos y de oficios que intervienen en esta industria. Los que rastrian ó peinan el yute en unos peines de grandes puntas de hierro; las mujeres, que hacen bellísimas trenzas, que pasan á los soleros, que hacen la suela; los que hilan el cáñamo, otros ordenan las madejas, que van á los telares, mientras unos niños dan vueltas á unas ruedas para hacer las canillas que contienen las lanzaderas; los hombres tejen la lona, que se corta despues para formar las cubiertas del alpargate, pero antes se da brillo á la tela con un cilindro de acero brillante; las aparadoras pespuntean la lona en las máquinas, otras coloran la tela sobre la horma con tachuelas, disponen el trabajo para las costureras, pasa despues á las ribeteadoras, y de éstas á los niños, que hacen los ojitos ó gafas para atar las cintas ó cordones, y luego al que va clasificando y atando las docenas de pares de alpargates, en lo que se distingue el célebre José Amorós (alias el Pechino), que gana un jornal de cuarenta reales diarios.

El de los niños es de dos reales, de cuatro á seis el de las jóvenes y de ocho á diez el de los hombres; existen excepciones de oficiales que reportan un beneficio de veinte y de veinticuatro reales, segun la rapidez con que ejecutan su obra, pero el término medio es el que hemos indicado, de lo que resulta que una familia compuesta de cuatro personas, que todas trabajen, pueden vivir sin estrechez, merced á esta industria, que es la salvadora de la dignidad, de la moralidad y de la independencia de las clases trabajadoras.

Esta industria alimenta á las dos terceras partes de la poblacion urbana y rural. Se fabrican diariamente 1.000 docenas de pares de alpargates, que ponen en circulacion diaria un valor de 40.000 reales, que se reparten entre los fabricantes y los operarios.

Los labradores, sus mujeres y sus hijos, en los años de sequía, por desgracia tan frecuentes, no sufren el rudo azote de la miseria y no emigran al Africa, como los millares de infelices de algunas localidades de la provincia de Alicante.

Los principales fabricantes son los Sres. Pomares y Torregrosa, D. José Sanchez Guillo, don Gervasio Torregrosa, Sres. Aznar, Vidal y compañía, Castaño y Ripoll, Fernandez, Díez y compañía que sostienen á 600 operarios.

Pero hay más de doscientos fabricantes en menor escala.

La exportacion de este artículo se dirige á todas las provincias de España, á Africa y á las Repúblicas hispano-americanas. Y á fe que hemos de hacer esfuerzos para que se suprima el impuesto de siete francos, conque es gravado este producto en la culta República Argentina.

Nos complacemos en recorrer todas las calles de la ciudad, para ser testigos de la animacion asidua del trabajo en que viven contentos, entonando alegres cantares millares de hombres y de mujeres. Es un cuadro que nos conmueve.

Las jóvenes prefieren el ejercicio de su industria, que les proporciona una digna independencia, despues de las horas delicadas á su oficio á consagrarse á la servidumbre doméstica, aun de las familias más notables de la ciudad. En 1465, por Concilio, hizo la villa á San Sebastian, patron de Elche.

Los fabricantes deben estar sinceramente unidos y asociados, para que la obra de todos obtenga idéntico valor, lo dicta su interés mútuo y el de los millares de familias que sostienen. Depreciar su valor, produciria una perturbacion funesta en el seno de las familias; reducir el precio del jornal seria desastroso y de fatales consecuencias; todos los intereses son solidarios, y el espíritu de fraternidad entre los fabricantes redundará en provecho de los operarios; unos y otros deben permanecer ligados por vínculos fraternales.

Es una industria que nos inspira la más vehemente simpatía, porque vemos en ella la provi-

dencia del pueblo, tan digno por sus virtudes y por la bondad de su carácter de ir mejorando gradualmente su condicion material é intelectual, para que realice los fines morales de la civilizacion y del progreso.

EUSEBIO ASQUERINO.

CRÓNICA CIENTÍFICA.

ECLIPSE TOTAL DE SOL DEL 6 DE MAYO DE 1883 — Como ya hemos anunciado en un número anterior, el 6 de Mayo próximo se verá en las lejanas regiones de Oceanía uno de los más raros é importantes fenómenos astronómicos del siglo.

Tratase de un eclipse total de sol, que debe, por rara excepcion á las posiciones respectivas del sol y de la luna, una duracion extraordinaria.

Pues bien; en el estado actual de la ciencia, cuando aún están pendientes las más importantes cuestiones sobre la constitucion del sol y la de los espacios inexplorados que le circundan, sobre la existencia de los planetas hipotéticos que el análisis de Le Verrier coloca antes de Mercurio, un fenómeno que nos entrega, por espacio de largos minutos, todas estas regiones sustraídas á la deslumbradora claridad del sol y las hace accesibles á la observacion, es un fenómeno de primer orden.

Vamos á examinar ahora las condiciones en que se producirá esta rara ocultacion solar, y veamos primero cual es el estado de las cuestiones que deberán abordarse en esta ocasion. Una de las más importantes es la que se refiere á la constitucion de los espacios que rodean inmediatamente las capas actualmente reconocidas del sol.

El gran eclipse asiático de 1868 nos permitió, en cierta manera, rasgar el velo que nos ocultaba los fenómenos existentes en la superficie visible del sol. Entonces se descubrió el enigma por tanto tiempo buscado de la naturaleza de las protuberancias rosáceas que rodean de una manera tan singular el limbo del sol eclipsado.

El análisis espectral nos enseñó que son inmensos apéndices del sol, formados casi exclusivamente por gas hidrógeno incandescente. Casi al mismo tiempo, el método sugerido por este mismo eclipse, y que permite estudiar diariamente estos fenómenos, reveló bien pronto las relaciones de estas protuberancias con el globo solar. Se reconoció que estas protuberancias no son más que surtidores, por decirlo así, expansiones de una capa de gas y de vapores en que domina el hidrógeno, y que está á una elevadísima temperatura, en razon de su contacto con la superficie del sol.

Esta baja atmósfera es el asiento de frecuentes erupciones de vapores procedentes del globo solar, y entre los cuales se observa principalmente el sodio, y el magnesio y el calcio. Hasta debe admitirse que en las partes más bajas de esta *cromósfera*, como ha sido llamada, la mayor parte de los vapores que en el espectro solar dan nacimiento á las rayas oscuras que nos presenta, existen en el estado de incandescencia.

El eclipse de 1869, que fué visible en América, permitió en efecto hacer la importante observacion, confirmada siempre despues, de la turbacion del espectro solar en el borde extremo del disco, esto es, en los puntos en que la fotosfera está inmediatamente en contacto con la cromósfera, fenómeno que no significa que la fotosfera no pueda contener los mismos vapores y concurrir á la produccion de las rayas espectrales solares.

El descubrimiento de una nueva envoltura solar, la naturaleza reconocida de las protuberancias y el reconocimiento de su relacion con el sol, y finalmente, la conquista de un metodo para el estudio diario de estos fenómenos, fueron, pues, los frutos del largo eclipse de 1868.

Pero un eclipse total nos presenta todavía otras manifestaciones completamente desconocidas hasta el momento de que hablamos. Por encima de las protuberancias y del anillo cromosférico, se vé una magnífica auréola ó corona luminosa, de un brillo suave y tinte argentino, que puede extenderse hasta un rayo entero del limbo oscuro de la luna.

El estudio de este hermoso fenómeno, hecho por los métodos que habian dado tan magníficos resultados, fué emprendido inmediatamente y ocupó á los astrónomos durante los eclipses de 1869, 1870 y 1871.

Pero la auréola ó corona, aunque constituye un brillante fenómeno, posee en realidad una débil potencia luminosa. De aquí la dificultad de obtener su espectro con sus verdaderos caracteres. Difieren además los astrónomos sobre la verdadera naturaleza del fenómeno. En 1871, por medio de un instrumento sumamente luminoso, se llegó á probar definitivamente que el espectro de la corona contiene las rayas brillantes del hidrógeno y la raya verde 1474 de las cartas de Kirchoff: observacion que demuestra que la corona es un objeto real constituido por gases luminosos que forman una tercera envoltura alrededor del globo solar.

Si, en efecto, el fenómeno de la corona fuese un simple fenómeno de reflexion ó de difraccion, el espectro coronal no seria más que un espectro solar debilitado. Por el contrario, los caracteres del espectro solar no se presentan aquí, y el espectro es el de los gases de las protuberancias y de la materia todavía desconocida indicada por la raya 1474.

Los eclipses subsiguientes de 1875 y 1878, y el que acaba de observarse en Egipto, han venido á confirmar estos resultados.

Pero, si la constitucion del sol se descubre así rápidamente, quedarnos todavía grandes problemas por resolver sobre esta última envoltura solar y sobre las regiones que la circundan.

En primer lugar, ¿tienen realizacion objetiva los inmensos apéndices que la corona ha presentado en algunos eclipses, y son una dependencia de la inmensa atmósfera coronal, ó no serán más que enjambres de meteoros circulando alrededor del sol como ha indicado un observador?

No olvidemos la luz zodiacal, cuyas relaciones con estas dependencias del sol están todavía por determinar.

Pero estos problemas importantes no son los únicos que debemos examinar actualmente en las ocultaciones del globo solar. Las regiones que nos ocupan contienen uno ó varios planetas que la claridad de nuestra atmósfera nos habia ocultado siempre. Le Verrier ha examinado largamente esta cuestion, y sus trabajos analíticos le habian conducido á admitir su existencia.

Por otra parte, muchos observadores han anunciado haber asistido al paso de cuerpos redondos y oscuros por delante del sol; pero estas observaciones distan mucho de ser exactas. La superficie del sol presenta muchas veces manchas muy redondas que aparecen y desaparecen en un tiempo demasiado corto para simular el paso de cuerpos redondos por delante del astro.

La cuestion tiene una importancia capital, y por eso preocupa actualmente con justicia á todos los astrónomos.

¿Deberá enriquecer el análisis de Le Verrier el mundo solar hacia sus regiones centrales, como lo hizo con magnífico resultado para sus límites más remotos?

Para resolver el problema, no tenemos más que dos medios: el estudio atento de la superficie solar, ó el exámen de las regiones circunsolares, cuando un eclipse nos haga posible su exploracion. Este último medio parece el más eficaz, pero á condicion de que el eclipse sea bastante largo para permitir una exploracion minuciosa de todas las regiones en que pueda encontrarse el planeta.

He aquí lo que dá una importancia capital al eclipse de 6 de Mayo próximo, uno de los más largos del siglo.

Examinemos ahora las circunstancias de este gran eclipse, y los medios que convendria emplear para su observacion.

El eclipse total del 6 de Mayo de 1883 tendrá una duracion de seis minutos en el máximo de la fase; esto es, un tiempo triple del de los eclipses ordinarios.

La línea central está comprendida toda ella en el Océano Pacífico del Sur, y no puede observarse más que en las islas de este Océano.

Despues de un estudio atento de la cuestion, ha parecido que las islas que más igualmente se prestan á la observacion, son las de Flint y la Carolina.

La isla de Flint (lat. 11° 24' 43" S. y long. 154° 8 O.) es la más próxima á la línea central. El cálculo dá, para la duracion de la totalidad en esta isla, 5 m. 33 s. En la isla Carolina (lon. 125° 26' O., y latitud 9° 14' S.) la duracion de la totalidad será de 5 m. 20 s.; esto es, sólo 13 minutos menos que en la isla de Flint.

Las condiciones astronómicas del fenómeno son, pues, sumamente favorables en estas islas, y es de esperar que se envíe á estas estaciones una expedicion.

LA EDAD DEL MEDITERRÁNEO.—Dos sábios franceses de cierta reputacion, los señores Pomel y Vilain, han hecho estudios interesantísimos sobre la edad del Mediterráneo, que de deducion deducion los han llevado á las siguientes conclusiones, que parecen muy razonables y que hasta ahora no han hallado objeciones serias:

1.ª La zona del litoral septentrional de Argelia pertenecia, geológicamente hablando, al continente europeo, del cual fué separada hace poco tiempo, relativamente por supuesto, por la irrupcion que hicieron las aguas del Atlántico en la excavacion mediterránea.

2.ª El Africa, tambien desde el punto de vista de constitucion geológica, no empezaba realmente sino al otro lado de los límites meridionales del Tell.

El doctor Berthrand, fundándose en esas conclusiones publica, en un periódico científico que se imprime en Argel, las conclusiones siguientes sobre la semejanza climatológica natural que existe entre el mediodía de Europa y la costa septentrional de Africa:

«Hace poco, un individuo del Instituto geográfico argelino ha sometido al estudio de sus colegas una Carta magnífica del Mediterráneo y sus costas que tenia por objeto demostrar que el mar Mediterráneo es de formacion reciente; que da a de la época terciaria y proviene de una depression del suelo que dió ocasion á la entrada de las aguas en la especie de lago que se forma de aquel modo. Otra depression por el estilo pudo muy bien verificarse en la parte oriental.

Si las orillas actualmente separadas pudieran volver á ser unidas, soldadas digámoslo así, una á otra, un observador, por sábio y perspicaz que fuese, no encontraría ni la menor diferencia entre la fauna y la flora de las orillas opuestas. Estas

costas son las regiones donde florecen, entre otros arbustos, el laurel-rosa y la gran familia de las palmeras; y si esta última planta crece difícilmente en las costas de Europa, es á causa del enfriamiento de la temperatura.

M. Cosson, individuo del mismo Instituto antes citado, en sus exploraciones en la provincia de Constantina, ha tenido ocasion de estudiar 434 especies distintas de plantas; de éstas 32 nada más se encuentran en las costas africanas, y no existen en Europa; las otras 402 se encuentran en ambos continentes.

En todas partes, tanto en el litoral de Marruecos como en España, lo mismo en Sicilia que en Túnez y en Argelia, como en las costas del Languedoc y de la Provenza, en Francia, se encuentran las mismas plantas, por más que en Europa, muchas de ellas hayan sufrido ciertas modificaciones á causa de ser más baja la temperatura.

En cuanto á los animales, que en su mayor parte no son dados á atravesar el mar, también se encuentran las mismas especies en Africa, en Francia, en Italia y en España: el puerco-espín, por ejemplo, que tanto abunda en las costas berbericas, se encuentra á cada paso en Sicilia.

De los reptiles, el camaleon, que abunda en las costas de la Provenza, se halla con profusion igualmente en las playas de Africa.

Insectos que no vuelan y que tienen muy imperfectos medios de locomocion, se ven indistintamente á este y al otro lado del Mediterráneo, y lo mismo sucede con los moluscos y crustáceos.

De las aves nada diremos, porque son tan dadas á viajar, y atraviesan con tanta rapidez distancias considerables, que no es extraño, ni nada prueba, verlas en una y otra costa.

Alfonso Milne Edwards invocaba en apoyo de esta tesis de Blanchard el ejemplo de los monos, que tienen exactamente la misma forma, la misma constitucion y las mismas costumbres en Marruecos, que en las peñas de Gibraltar. Lo mismo sucede con los ciervos que empiezan á desaparecer de la Argelia, y añaden que se han encontrado en Africa osos fósiles que evidentemente eran de la misma especie que los osos de Europa.

La apertura del canal de Suez podrá influir en la fauna y la flora del Mediterráneo y de sus costas; ya se ha observado que los requins salian del Océano indio y penetraban en el Mediterráneo.

A veces basta con un ligerísimo obstáculo para localizar las especies: en la América meridional, por ejemplo, los loros son detenidos por el rio de las Amazonas, y un simple arroyo detiene á los monos.

Es digno de ser notado que los murciélagos han penetrado por todas partes.

Otro individuo del Instituto ha expresado la opinion de que es posible que los viajeros que han cruzado el Mediterráneo, en todos sentidos, hayan llevado consigo muestras de diversas especies de vegetales y de animales, y que esta circunstancia puede haber influido en la homogeneidad de especies estudiadas en ambas costas del Mediterráneo.

Blanchard y Milne Edwards sostienen su tesis, por más que es innegable la justicia de esa objeccion. ¿No siguen las ratas al hombre en todos sus viajes?

LA FIEBRE TIFOIDEA.—La epidemia de fiebre tifoidea que hirió á París el año último y que costó la vida á unas 6 000 personas no podía ménos de atraer la atencion de la Academia de Medicina francesa, que ha consagrado á este punto varias sesiones rompiendo sus hábitos antiguos y permitiendo á algunos miembros extraños á ella que tomen parte indirectamente en la discusion con la lectura de importantes comunicaciones.

El Dr. Frantz Glénard, se ha aprovechado del permiso y ha leído á la Academia una nota muy interesante sobre las aplicaciones hechas en Lyon del método alemán llamado de Brand, que ya antes habia atraído su atencion, pues en 1873 se publicó una nota, «sobre el tratamiento específico de la fiebre tifoidea por el método del Dr. Brand (de Stettin)», por Frantz Glénard, interno de los hospitales de Lyon.

El Dr. Brand demostró una extrema bondad hácia todos los soldados franceses internados en Stettin durante la guerra franco alemana, recibiendo por ello un caluroso testimonio de gratitud de parte del Gobierno de Thiers: Mr. Frantz Glénard pasó cinco meses de cautiverio en Stettin, y fué admitido en su clínica por el Dr. Brand á quien llama «su venerable maestro, bienhechor y amigo.» De regreso en París obtuvo el permiso de aplicar el método hidro-terápico en el hospital de la Cruz Roja.

En el primer cuaderno de su obra dió un resumen del método; Brand habia puesto al frente de sus libros estas palabras: «Desde Hipócrates se conoce la eficacia del agua más ó ménos fria sobre algunos síntomas aislados del proceso tífico; pero su empleo ordenado durante el curso de la enfermedad data de Currie; porque antes de él solo se atendía á luchar contra esos síntomas aislados Currie es el fundador de la hidroterapia del tífus.»

La teoría se funda en los efectos obtenidos cuando se dirige la hidroterapia de tal suerte que se mantiene al enfermo en una apirexia casi completa durante el proceso. Si los baños son bastante frios y bastante prolongados para que el descenso de la temperatura del febrífugo sea de 1,5 á 2°

centígrados, como este descenso de temperatura persiste una hora despues del baño, y la elevacion consecutiva no se opera sino muy lentamente, el enfermo presentará durante dos horas, y aún durante más tiempo, segun el estado de la enfermedad, una temperatura de 38,5 á 37,5, es decir, casi normal, excepcion hecha de los primeros dias en que la lucha se hará con armas más desiguales y la temperatura oscilará alrededor de los 40°.

Hé aquí lo que dice Brand:

«Lo que más me llama la atencion es la ausencia de síntomas tíficos, cuando se trata el proceso mórbido por el agua fria, desde el principio, ó su desaparicion si ya se habian manifestado, y su reaparicion tan pronto como se suspende la hidroterapia.»

«Despues de esto, ¿no debe pensarse en hallar cierta analogía entre el proceso tífico y el de la fermentacion?»

«Si á una temperatura determinada de 15° á 16° se mezcla una solucion de cebada con una conveniente cantidad de levure se vé cómo se desarrolla, con fenómenos tumultuosos y una elevacion de temperatura que alcanza los 35° una fermentacion cuyo producto, el alcohol, se constituirá al cabo de un intervalo determinado de tiempo, generalmente tres dias.»

«Si, por el contrario, se mantiene artificialmente esta mezcla á la temperatura de 16° ó más baja; en otros términos, si por medio de la aplicacion exterior del frio se detiene la elevacion de la temperatura, se vé la fermentacion detenerse ó tomar una marcha defectuosa y reducirse á cero la excrecion del alcohol.»

«Pero alejad de nuevo los agentes refrigerantes,—en el intervalo de estos tres dias—y véis entonces cómo reaparece la fermentacion, la temperatura se eleva como antes y el alcohol se desprende, cual sino hubiera habido ni un instante de interrupcion en el experimento.»

Los dos procesos pueden compararse término á término; esta asimilacion tiende á demostrar que la temperatura representa al ménos un papel muy grande, quizá preponderante, en la evolucion de la enfermedad; favorece, cuando se eleva demasiado la produccion del agente de todos los modos de degenerescencia que constituyen la enfermedad; hace falta destruir desde el principio, la entidad mórbida, para no dejar que se produzca esta elevacion de temperatura necesaria á la formacion del producto tífico.

En tal materia, la teoría necesita ser comprobada por la práctica, sobre todo, cuando la teoría tiene carácter hipotético. En su primera obra, Mr. Frantz Glénard, habia agrupado las observaciones aisladas en lo que llamaba una observacion tipo, para dar una idea exacta de la aplicacion del método, y al propio tiempo para no entrar en una monótona enumeracion: el método seguido se resume en esta regla: diariamente se tomará la temperatura al enfermo de tres en tres horas, dándole cada vez un baño de 20° centígrados de quince minutos de duracion, dia y noche, hasta que el termómetro no suba más allá de 38°,5.

Despues de cierto número de estos grandes baños frios, todos los síntomas han cambiado y entonces aparece uno de los más alarmantes, uno de los más graves inconvenientes, hay que decirlo, del método Brand: el apetito insaciable de los enfermos. No es apetito, es voracidad. Este síntoma se establece, sin excepcion, desde el tercero ó cuarto dia y persiste hasta el final. El termómetro da aquí las principales indicaciones, los menores cambios de temperatura debidos á esta alimentacion abundante, ó al proceso tífico, deben ser en cierto modo rechazados por el empleo de baños á 20°. El método para el enfermo adinámico, es el mismo que para el enfermo atáxico.

La duracion de la enfermedad es de diez y ocho á veinte dias porque Brand no quiere yugular el proceso tífico; la convalecencia dura doce dias; el número de baños frios varía entre 150 y 180 y á veces llega á 200.

Véanse ahora los resultados señalados en 1873. M. Brand hace constar una mortalidad de 4,7 por 100 en 1 411 fiebres tifoideas tratadas segun su método por varios médicos hasta 1872, y buscando las causas de esta mortalidad se cree autorizado para decir que los enfermos habian sido sometidos al tratamiento demasiado tarde (despues del primer septenario) ó que el método no se habia aplicado vigorosamente. Al terminar su primera obra, decia M. Frantz Glénard:

«En 170 enfermos tratados por Brand hasta 1868, hallamos 170 curaciones; en 89 casos tratados en 1870-71 en Stettin, á mi vista, 89 curaciones; en 12 enfermos tratados en la sala Saint-Pothin, 12 curaciones; en 2 tratados por el doctor Soulier en la sala Santa Irenée, 2 curaciones.»

Y en un segundo trabajo que publicó con el título: *Tratamiento de la fiebre tifoidea por los baños frios en Lyon, de Julio de 1873 á Enero de 1874*, declara que en 55 observaciones ha hecho constar 55 éxitos, lo cual confirmaba las precedentes observaciones de M. Brand. En 1881 daba á luz un tercer folleto: *Valor antipirético del ácido fénico en el tratamiento de la fiebre tifoidea.*—*¿Acido fénico ó baños frios? Papel del tratamiento por los baños frios en los hospitales militares.*

Es sabido que el descenso de temperatura en el cuerpo humano puede obtenerse de otro modo que por medio de baños frios que pueden sustituirse con la intoxicacion por el ácido fénico, el cual pue-

de hacer bajar la temperatura de un febrífugo con bastante impunidad, como lo demostró M. Desplats, profesor de la facultad libre de Lille.

Publicóse primero una *Nota sobre el empleo del ácido fénico como agente antipirético*, por M. Desplats; luego dos tesis de MM. Raynard y Van Oye, y, por último, una Memoria de M. Claudot, médico mayor del hospital militar de la Caridad.

Este último trabajo, sobre todo, tiene profundo interés y está hecho con gran perfeccion. Atribuye la accion refrigerante á la absorcion del ácido fénico y á su influencia directa sobre las causas del proceso febril por el intermedio del sistema nervioso y, en particular, de la médula. El descenso, no obstante, no existe sino para el enfermo, pues en el hombre sano la temperatura queda estacionaria bajo la influencia del ácido fénico administrado en dosis de uno á seis gramos por dia.

«Si queremos resumir—dice M. Glenard—los efectos terapéuticos obtenidos con el ácido fénico á dosis antipiréticas en el tratamiento de la fiebre tifoidea, vemos, con M. Claudot, que son favorables, sobre todo en los casos graves, con la restriccion de que su eficacia es nula en las formas atáxicas, en los casos de hipotermia exagerada ó tenaz, contra los cuales el autor ha recurrido á las lociones refrigerantes ó á los baños, pero real, á despecho del colapsus determinado en algunos casos, solamente en las formas adinámicas.»

Si M. Frantz Glénard hace reservas, M. Claudot, por su parte, reprocha al método de Brand: enfriar demasiado á los enfermos sin posibilidad de regular la caída térmica que se quiere obtener; no dar sino una refrigeracion pasajera; exponer á las complicaciones pulmonares y á las hemorragias intestinales; exigir la frecuente investigacion de la temperatura; necesitar la presencia del médico y el concurso de practicantes ejercitados. En fin, la accion del baño frio seria primitivamente física para ser más tarde fisiológica, mientras que la del ácido fénico es primitivamente fisiológica, y rápidamente curativa.

Mr. Glenard discute estas críticas y se cree con derecho á decir que la hipotermia determinada por el ácido fénico, es inestable, infiel ó insuficiente; aunque fuese fiel habria que explicar por qué deja subsistir todos los síntomas que vemos desvanecerse como por encanto, bajo la influencia de la hipotermia determinada por el baño frio; en suma, el método de Brand, es aún el mejor de los conocidos hasta el dia, al ménos, el que rebaja más la cifra de la mortalidad, porque en lugar de 22 por 100 en 33.293 enfermos tratados sin agua fria durante un período de cerca de cincuenta años (estadística de 1878), la mortalidad ha descendido á 7,4 por 100 en 8 141 enfermos tratados por el agua fria, bajo la direccion de 72 médicos durante un período de diez años (1868-1878).

Con el sistema del ácido fénico, Mr. Claudot acusa una mortalidad de 11,6 por cada 100 enfermos; MM. Desplats y Van-Oye, de 19,4 por 100 en 36 enfermos. En 1878, Mr. Strube, médico principal del Estado, director en el ministerio de la Guerra en Prusia, señala en una de sus relaciones los afortunados efectos del método Brand y cita en su apoyo los hospitales de la comandancia militar de Stettin. En esta comandancia se aplicaba el método con todas las precauciones ordenadas por Brand, vigilándose la aplicacion de los baños desde el principio de la enfermedad, hasta tanto que la temperatura no descendia de los 39°.

Desde los primeros años de ensayo, la cifra de la mortalidad de la fiebre tifoidea descende de 25,9 por 100 (cifra media de los quince años anteriores), á 8 por 100 en el hospital militar de la guarnicion de Stettin, y se mantiene en esta cifra. En 1877-78, 66 enfermos tíficos fueron tratados sin que ocurriese defuncion alguna, y para todo el cuerpo de ejército (2° cuerpo, Pomerania), la mortalidad se reduce á 3,7 por 100, mientras en un cuerpo de ejército próximo (el 13°) donde no se aplica el método de Brand, llega á 31,5 por 100.

Y el Dr. Strube termina su relacion emitiendo su voto para que se generalice el tratamiento por los baños frios; «por él, la mortalidad de la enfermedad más comun en los ejércitos descenderá como en el segundo cuerpo á la cifra de 3 por 100 y no será, en conciencia, poca satisfaccion, ver que en una cifra anual de 9 000 tíficos en nuestro ejército, no mueren ya 600 ó 700, como en la actualidad sucede, sino solamente 90; que cada año, por lo tanto, se salva un batallon de soldados, y cada tres años un regimiento.»

En 1881, el Dr. Abel, médico principal del cuerpo de ejército pomeriano, relataba en una Memoria los resultados de tres años; en Stettin, en Stargard, en Stralaund, habia obtenido una mortalidad nula; y solo registraba algunos casos de defuncion en hospitales lejanos que escapaban á su accion directa.

En los años anteriores la mortalidad ordinaria habia sido de 25 por 100. Estos resultados son verdaderamente maravillosos y se obtienen mejor en los hospitales militares que en los civiles porque en los primeros el médico ve al enfermo desde el principio, cosa que no sucede en los segundos.

En el ejército francés, la mortalidad media de la fiebre tifoidea es de 20 á 21 por 100, excede en un tercio á la mortalidad general del ejército, y por término medio de cada 1 000 soldados presentes mueren 3 de esa enfermedad. El mal se agrava con la ley de reclutamiento de 1872, que au-

menta la proporción de quintos jóvenes propensos á adquirir los gérmenes del mal por su edad y su condición de recién venidos á las filas. Monsieur Frantz Glénard, compulsando la estadística médica del ejército y los documentos oficiales, ha llegado, con estepefacción, á una cifra media de 37,5 muertos por 100 fiebres tifoideas durante los cinco años de 1872 á 1877; cifra media que excede en cerca de 18 por 100 la de las estadísticas civiles. De estas cifras halladas por Mr. Glénard, resulta que hay en el ejército francés 4.000 casos y 1.500 muertos de fiebre tifoidea al año.

Hacia el tratamiento de esta enfermedad debe, pues, dirigirse todo el esfuerzo de los médicos militares. Mr. Lihermann, médico del Gros-Caillou, ha ensayado con fruto la nueva terapéutica; Monsieur Pechand, médico mayor, ha hecho lo mismo en Carcassonne. Sin embargo, hay que reconocer que Mr. Lounget, de Sidi-bel-Abbés, Mr. Claudot, y la casi totalidad de los médicos militares y civiles no tienen aún confianza en el método de Brand.

El porvenir dirá si la verdad está de parte de los que quieren obtener el descenso de la temperatura por medio de baños fríos, ó de los que la obtienen por medio de otros agentes, como el ácido fénico. Por ahora, el método espectante es el que cuenta mayor número de partidarios.

A propósito de las cifras dadas por los defensores de Brand se ha discutido mucho sobre el valor de las estadísticas en tales materias: «*Perpendende, non numerande observationes.*» Esta máxima es verdadera, pero las cifras que hemos citado más arriba no pueden ménos de impresionar profundamente el ánimo.

Mr. Frantz Glénard no ha llevado solamente sus propias ideas á la Academia de Medicina, sino una especie de profesión de fe del cuerpo médico de Lyon; autorizado por sus compañeros ha hecho conocer á aquel docto cuerpo que la medicina lyonesa admite los siguientes principios:

«1.º El método de tratamiento que ejerce la más favorable influencia sobre la marcha y salida de la fiebre tifoidea es aquel que, tomando en consideración la elevación mórbida de la temperatura y la tendencia adinámica de la enfermedad, tiene por principios: refrigeración por el agua fría, alimentación continua del enfermo desde el principio al fin de su enfermedad.

«2.º El procedimiento terapéutico que más eficazmente responde á la indicación de enfriar continuamente al enfermo, es el que consiste en administrarle grandes baños fríos, repetidos con afección fría en el baño, y, en el intervalo, con compresas frías.

«Aunque la duración y la temperatura de los baños deben reglarse según el grado de refrigeración observado después de cada baño, y su intervalo según la duración de la remisión obtenida por él, la práctica demuestra que, en la inmensa mayoría de los casos, los baños de 15 minutos á 20º cada tres horas, día y noche, mientras la temperatura rectal del enfermo se mantenga por cima de 38,5, bastan á llenar la indicación.

«3.º La aplicación de estos principios terapéuticos dá resultados tanto más notables cuanto más metódicamente es tratada la enfermedad, y sobre todo en una fecha más próxima á su principio. La fiebre tifoidea reviste un carácter tranquilizador durante todo su curso, y la duración de la convalecencia se acorta considerablemente.

«En estas condiciones, las complicaciones son raras, no hay consecuencias molestas próximas ni lejanas que se la puedan imputar directamente.

«4.º Cuando no puede aplicarse este tratamiento sino muchos días después del principio de la enfermedad; cuando no se trata ya de prevenir las complicaciones, sino de combatir las, los resultados, aunque no tan importantes, son todavía superiores á los que obtiene cualquier otra terapéutica.

«En su consecuencia, los médicos de los hospitales se declaran partidarios del método de Brand para el tratamiento de la fiebre tifoidea, en la convicción de que este método, aplicado regularmente, sobre todo desde el principio de la enfermedad, rebaja considerablemente la cifra de la mortalidad.

«Y lo prueba así el que lo aplican en su familia, en su servicio de hospital y en su clientela privada.»

La Academia nombró una comisión para que estudiase la comunicación de Mr. Frantz Glénard é informase sobre ella.

P. RUIZ ALBISTUR.

PROBLEMAS PENITENCIARIOS.

(DISCURSO LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.)

Como ideales de derecho á que se debe llegar por grados, puede haber teorías y sistemas sobre cosas accidentales y de arbitraria elección; pero las máximas fundamentales de la filosofía jurídica sobre el asiento mismo del derecho han de ser respetadas sin aplazamientos. Cuando Roeder ha escrito su opinión sobre el sistema penal español (1) no ha debido contentarse

(1) Necesaria reforma del sistema penal español, mediante el establecimiento del régimen celular, por el Dr. Cárlos D. A. Roeder; traducido del alemán por G. y L.

con proponer el establecimiento del régimen celular sustituido con más ó ménos rapidez á las actuales cárceles y presidios, sino que estaba obligado por la lógica á pedir que todos los presidiarios españoles sean puestos inmediatamente en libertad y no se prive de la suya á persona alguna mientras no haya celda solitaria en que alojar á los presos. Si no pudiera pensarse á nadie sino con el exclusivo objeto de enmendarle, y siendo inevitable que en los actuales establecimientos penales se empeoren en vez de mejorar los penados, es evidente que no se debería tener á ninguno encerrado en ellos.

Considerando sólo al delincuente como un enfermo moral, los correccionistas pretenden que no se fije duración determinada á las penas, y que cada cual sea dado de alta á medida que obtenga su curación. Aun aceptando el principio del sistema, sería impracticable esta regla. Los que la proponen desconocen la clara verdad de que para la perpetración de los delitos ha de haber en la mayor parte de los casos estímulo especial y ocasión oportuna. Aun de criminales habituados al robo y al asesinato, se averigua á menudo que no se lanzaban á cometer cada uno de sus delitos sino cuando la escasez de dinero los movía á procurárselo por malos medios en vez de acudir al noble y honrado del trabajo. Encerrados en una prisión, nada les estimula á repetir sus excesos, que además son allí imposibles. ¿En qué y cuándo y por quién se les conocerá que están ya enmendados? Ellos mismos, examinando su conciencia, ¿podrían fijar el momento en que se ha fortalecido ya para resistir con éxito los estímulos que ahora no sienten y los halagos de la ocasión que les está vedada por completo? Al que atropelló brutalmente á una mujer, ¿cómo se le conocerá que está corregido, si en su prisión no ve á mujer alguna? Al que por sostener el lujo y los vicios de una vida de fausto, vanidad y placeres cometió una estafa ó falsificó billetes de Banco, ¿quién le conocerá la enmienda suficiente en el alma, mientras exista en la pobreza y en la austeridad de una solitaria celda? Al general condenado por haber hecho, sin cumplir todas las leyes del deber y del honor, la entrega de una plaza ó la capitulación de un ejército, ¿cuándo le dará su carcelero con bastante seguridad de acierto la certificación de estar ya moralmente disponible para nuevos mandos militares?

En la prisión solo puede formarse juicio de la humildad, de la resignación, de los hábitos contrarios en y para la vida de la cárcel; de ninguna manera de lo que hará el penado una vez recobrada su libertad. Habrá muchos que mientras estén presos sientan remordimientos y hagan propósitos de enmienda muy sinceros, sin perjuicio de lo cual reincidan después en sus perversos hechos. Y habrá muchísimos más que, una vez establecido el sistema de poner término á la pena en cuanto el penado pareciese corregido, con hipocresía observasen una conducta en apariencia inspirada por el arrepentimiento más vivo y profundo.

Nada es más imposible que el conocimiento del alma de un hombre metido en un cuarto estrecho y obligado forzosamente á la inacción. El escritor religioso Fleury, tratando de la vida de los monjes, ménos activa que en los primeros tiempos de la Iglesia, dice: «Cuando un monje egipcio, al mismo tiempo que oraba hacia esteras ó cestas, se veía bien que no perdía el tiempo; pero sólo Dios sabe en qué lo emplea el que por espacio de una hora ó dos está de rodillas con los brazos cruzados (1)». Si tales dudas son lícitas cuando se trata de religiosos que rezan, ¿quién presumirá de saber lo que pasa dentro del alma de un criminal enjaulado?

Conviene moderar las ilusiones respecto de la rehabilitación de los delincuentes. En nuestro siglo, el afán de la nivelación aparece por todas partes. Hemos nivelado al señor y al vasallo ante la ley penal; al prócer y al plebeyo ante la ley política; al mayorazgo y á sus hermanos ante la ley civil. Preténdese ahora igualar las condiciones de los pobres y los ricos en el terreno social, y de los inocentes y los criminales en el terreno moral. En la literatura, el romanticismo primero, y el realismo después, han intentado nivelar lo deforme con lo hermoso, haciendo competir con lo bello ideal lo feo ideal. Juan Valjean, el protagonista de *Los Miserables*, hijo del génio de Victor Hugo y de la doctrina de la rehabilitación del delincuente, es hermano, como todos sabemos, por parte de padre, de Quasimodo, de Rigoletto y del *Hombre que ríe*; y puede fácilmente demostrarse, si se le exigen pruebas de limpieza, ó de santidad de sangre, su parentesco con la *Traviata*. La idea de la rehabilitación del criminal no podía dejar de aparecer cuando se quiere rehabilitar todas las deformidades físicas, morales, sociales y hasta literarias.

Pero hay rehabilitaciones imposibles. Citaré sólo tres casos de que han dado noticias los periódicos en los pocos días trascurridos mientras he escrito este discurso. En un pueblo de España un padre ha asesinado ferozmente, una noche, á su esposa, á dos hijos de 10 y de 8 años, y á dos hi-

(1) Discursos del abad Fleury sobre la historia eclesiástica, la poesía de los hebreos, la escritura santa, la predicación, las libertades de la Iglesia galicana, y el del abad Goujet sobre la renovación de los estudios eclesiásticos. Traducidos al castellano por D. S. S. J. B.

jas de 12 y de 4. «El proceso Laprade, decían casi al mismo tiempo los diarios franceses, eriza al lector los cabellos; ha sido una verdadera novedad en el ramo de asesinatos; se había visto matar padres, hijos, hermanos, toda clase de parientes; pero Laprade ha hecho desaparecer á toda su familia; ha matado á su padre, á su madre y á su abuela, y después ha atentado á su propia vida.» ¿Hay imaginación que conciba, ni poder humano que posea los medios de reparar desastres de esa magnitud?

El tercer caso es todavía de índole más perversa. Vivía hace poco en Francia, gozando del respeto de sus convecinos, un matrimonio con dos hijas casadas, que también disfrutaban de buena opinión. Un día, por una mezquina disputa sobre interese pecuniarios entre el padre y el esposo de la hija menor, ésta llegó en su acaloramiento hasta acusar á aquél de haber cometido durante muchos años incesto con su otra hija y de haber dado muerte, con horribles circunstancias, á dos criaturas, producto de aquella unión monstruosa que la naturaleza repugna y Dios maldice. Enterrado el tribunal de estas revelaciones inesperadas, tomó declaración al padre, que ha confesado los infames amores y los dos parricidios, y á la madre, que ha confesado su asquerosa complicidad en unos y otros crímenes. No sé lo que los tribunales franceses harán con esa familia. Pero tengo por seguro que no intentarán, ni penitenciaría alguna conseguiría la rehabilitación moral, no ya de los tres culpables, pero ni siquiera de la inocente ante el Derecho penal que ha denunciado á su padre, á su madre y á su hermana.

Aun en los casos ordinarios y de menor gravedad, todo cumplido de presidio llevará siempre inevitablemente dos marcas en la propia conciencia y en la estimación de sus conciudadanos: la marca del delito y la de la pena. Aunque se consiguiesen maravillosas perfecciones para las penitenciarías jamás se convertirá en título de honra el haber estado en ellas por infracciones de la ley penal. Un hospital, por grande que sea el esmero con que se cuida á los enfermos, no podría tener la atmósfera de salud robusta y de profunda alegría que un gimnasio. De una casa de arrependidas ó de recogidas, por muy severa que su disciplina sea, no se puede desprender el aroma de virtud y de prestigio que de los conventos de vírgenes.

Hay que reducir también á sus posibles proporciones de extensión la reforma penitenciaria. Como ya he dicho, tiene por objeto, además de introducir en el régimen de las prisiones la creciente suavidad de las costumbres y de las leyes, realizar las innovaciones convenientes para que los penados, después de restituidos á la libertad, no reincidan. Las estadísticas de la reincidencia están aún muy imperfectas é incompletas, y suministran datos mal explicados, contradictorios y poco seguros (1). No podemos hacer cálculos con exactitud, siquiera aproximada, pero es preciso fijar algunas cifras. Supongamos que de cada diez cumplidos de nuestros actuales presidios reinciden cuatro, y que de los procedentes de penitenciarías bien organizadas reincidirían sólo dos. La enmienda de los otros dos sería la conquista realizada por la reforma penitenciaria. Aun tomando en cuenta que su benéfico influjo se extendería también sobre las otras cuatro quintas partes de los penados, reincidentes ó no, y que sería mucho mayor en las cárceles, ese resultado parecerá sin duda demasiado modesto á los que, ilusionados por exageradas promesas, esperan tal vez de la mejora de las prisiones una maravillosa transformación moral de la sociedad.

Las dificultades morales de la reforma penitenciaria son las más graves. Los inconvenientes económicos y administrativos se vencen á fuerza de gastos y de trabajo. Los errores filosófico-jurídicos se disipan en la controversia y pasan. Mas para los problemas del orden moral no se encontrará nunca solución completa, porque radican en la esencia misma de la pena.

Entre todos los castigos la prisión obtiene hoy general preferencia, y entre las distintas clases de prisión la que está acompañada del silencio y no permite la comunicación entre los penados ofrece sin duda ventajas inapreciables. Obligado el preso á trabajar y á aprender, aunque sólo lo haga por libertarse del aburrimiento y libre de malas compañías, se recoge en sí mismo, examina forzosamente su conciencia, rehace su parte moral y adquiere hábito de laboriosidad. La prisión celular, con la incomunicación de los presos entre sí, con las visitas del sacerdote y de los maestros, con el trabajo metódico y ordenado, es á propósito para destruir en el alma dañada los gérmenes ordinarios de los delitos, que son la falta de ideas religiosas, la ignorancia y la ociosidad.

Por una feliz inconsecuencia de los que tanto empeño han puesto en establecer división absoluta entre el derecho y la moral, y entre la moral y la religión, hay unanimidad completa para reconocer que la enmienda del delincuente debe ser una obra moral en que desempeñe muy importante parte el sacerdote. En libros de escritores contemporáneos, partidarios de la moral independiente y de la doctrina de que el derecho se basta á sí mismo, se encuentran párrafos

(1) *De la récidive et du régime pénitentiaire en Europe*, par Emile Iverrés.

sobre la enmienda del criminal por la soledad y el silencio, que podrían estar al lado de estos de Fray Luis de Granada:

«Si quieres arrepentirte de corazón, entra en tu retraimiento, destierra de tí todo bullicio, según está escrito... En el silencio y sosiego se perfecciona el alma devota y aprende los secretos de las escripturas. Allí halla arroyos de lágrimas con que se lave todas las noches, para que sea tanto más familiar á su Hacedor, cuanto más se desviare del tumulto del siglo (1).»

Una de las excelencias de la prision celular consiste en que es un verdadero castigo paratodos, sin excepcion, lo cual no sucede con las prisiones actuales. Nadie ha dejado de oír y de leer descripciones tristísimas de las condiciones de la cárcel del Saladero. Pues con ser tan malas, puedo dar testimonio de que algunos las encuentran envidiables y las buscan para su propio regalo y satisfacción. Por el desempeño de funciones oficiales en la Administracion de Justicia presencié, hace ya un cuarto de siglo, los apuros de un alcaide que pasó todo un día recontando los presos, y volviéndolos á recontar, porque habia en el edificio uno más de los que debía haber. Un condenado á prision correccional habia cumplido el tiempo de su pena, y burlaba la vigilancia de los carceleros para quedarse dentro del Saladero, y no salir al disfrute de su libertad. Y en otro caso más notable tuve que intervenir tambien por entonces. Habia un preso, condenado por hurto frustrado, que cuantas veces era despedido por haber cumplido su condena, volvía á entrar en la cárcel, sin pérdida de tiempo, por otro delito igual. Despues de varias repeticiones de este suceso, que llamaba la atencion por la torpeza, acompañada de pertinacia, que se creia ver en aquel hombre, se averiguó que sus hurtos frustrados no eran más que una farsa para hacerse encarcelar de nuevo. Marchaba á una taberna, fingia que acechaba la ocasion de apoderarse de una capa ajena, puesta á un lado por bebedores ó jugadores, y cuando conocia que ya habia inspirado sospechas y que se le vigilaba, se apoderaba con afectado disimulo de aquella prenda de vestir, y se marchaba.

Le perseguian, le alcanzaban, y declaraba su intencion de hurtar. Aquel miserable, que en cierto modo merecia la calificacion de *delincuente honrado*, puesto que ni hurtaba, ni tenia propósito de hurtar, encontraba en la cárcel habitacion, comida, ociosidad, amigos, y no contaba fuera con familia, domicilio, taller ni relaciones amistosas. Le parecería peor dormir á la intemperie que en la prision. Acaso fingia que hurtaba, por evitarse la tentacion y el peligro de hurtar de veras.

Con la prision celular habria pensado de otro modo. Sus rigores no pueden ser envidiados por nadie. Y, sin embargo, no tiene tampoco para todos esa igualdad que los criminalistas exigen á las penas, que debe procurarse en ellas, y que no se encontrará jamás. La soledad y el silencio forzoso, unidos á la falta de libertad, son una fuerte penitencia en todo caso; pero más insoportable para unos que para otros, según sus temperamentos, sus grados respectivos de instruccion, las circunstancias de familia que hagan la comunicacion más ó ménos penosa, y otras muchas causas. Si se encierra en un calabozo á Cervantes, escribe *El Quijote*. Si se confinase en una celda á Santa Teresa, escribiría otro libro como *Las Moradas*. En cambio, otros se vuelven locos, ó se hacen pedazos el cráneo en las paredes. Silvio Pellico, en la famosa relacion de sus prisiones, refiere que la primera noche pasada sin libertad le decidió á ser en adelante religioso y cristiano; pero en ocasiones varias se volvió á entregar á las dudas y á las blasfemias, y pensó en suicidarse. Escribia sobre una tablita versos para ocupar el tiempo, y despues con un cristal los borraba, para tener en donde escribir otros. Su ansia por ponerse en comunicacion con otras personas era veheméntísima. Muchas veces los carceleros, compadecidos de su desgracia, le permitieron algun medio de cambiar pocas palabras con otros presos, creyendo Pellico que alguno de aquellos compasivos protectores sufrió por esta causa castigo de palos, que quizás le produjeron la muerte. Los soldados que hacian centinela, faltaron tambien en ocasiones, por lástima, é incurriendo en graves responsabilidades, á la consigna de no permitir conversaciones entre presos vecinos, que se hablaban sin poder verse. Todo sér humano que caia bajo su vista inspiraba vivo cariño á Silvio Pellico, que fué de ordinario correspondido. Donde las palabras no eran posibles, se establecia la inteligencia por señas. Desde unas mujeres de mala vida que ocupaban un hospital enfrente de una de sus prisiones, hasta un niño mudo, á quien arrojaba desde lejos pedazos de pan, hubo muchas personas con quienes sintió corrientes de cariñosa simpatía desde su triste soledad. Contentábase algunos dias con desear que el centinela no pasease demasiado cerca de la pared debajo de su ventana para poderlo contemplar. Los paseos en union con otros presos, que en determinada ocasion se le permitieron, con la exigencia del silencio, le hacian llorar cuando oía de sus compañeros de desgracia frases de estimacion, furtivamente proferidas. Buscó el cariño hasta de los insectos. «Viendo, dice, tan raras veces criaturas humanas, puse mi

atencion en hormigas que venian á mi ventana, las cebé óiparamente, ellas fueron á buscar un ejército de compañeras, y la ventana se llenó de animales de aquella clase. Asimismo me entretuve con una hermosa araña que tapizaba una de mis paredes. La cebé con mosquitas, y se encariñó conmigo hasta venir sobre mi cama y sobre mi mano á coger sus presas en mis dedos.»

Su dictamen respecto de la prision solitaria, formado por un talento privilegiado y por un alma de exquisita delicadeza sobre una experiencia propia de diez años, está consignado en estas palabras: «¡Oh! cuánto ansia el prisionero volver á ver criaturas de su especie. La religion cristiana, que es tan rica de sentimientos humanos, no se ha olvidado de colocar entre las obras de misericordia las visitas á los encarcelados. La vista de los hombres que se compadecen de tu desventura, aun cuando no tengan medios de aliviártela con mayor eficacia endulza tu situacion. La absoluta soledad puede ser ventajosa para la enmienda de algunas almas; pero creo que, por regla general, lo sea mucho más si no llevándola al extremo, se la mezcla con algun contacto con la sociedad. Yo, por lo ménos, soy así. Si no veo á mis semejantes, concentro mi amor en algunos pocos de ellos y dejo de amar á los demás; si puedo ver, no diré á muchos, sino á un número proporcionado, amo con ternura á todo el género humano. Mil veces me he sentido con el corazón tan exclusivamente amante de poquísimos, y lleno de ódio por los demás, que me espantaba (1).»

En las citas que acabo de hacer del célebre literato italiano, se revelan muchos de los inconvenientes de la prision solitaria, y aun de cualquiera clase de prision. Todo hombre preso es un sér moralmente mutilado. Puede mejorar su conciencia con nociones religiosas de que careciese ántes, y su inteligencia con conocimientos útiles, y su carácter con hábitos de laboriosidad y de régimen metódico. Pero en cambio de esas tres ventajas, hay otras tres cosas que la prision no le podrá dar: el pudor de la virginidad moral, que es el más fuerte y el más irremplazable de los frenos para moderar los impulsos criminales; el hábito de vivir en familia; la costumbre del uso digno y noble de la libertad. El hombre ha nacido para la libertad y el amor; y en la prision, por mucho que se haga, no se le acostumbra sino á la vida de prision con mejores ó peores condiciones, sin que sea posible imponerle las propias de la libertad y de la familia. Saldrá un día del encierro, si se quiere, doctor en Teología y en Derecho, maestro en bellas artes, profesor en un oficio; pero no habrá aprendido cómo se pasan las noches en vela junto á la cuna de un niño; cómo se comparten con la mujer amada las fatigas y los gozos, los dolores y las alegrías en la lucha diaria con las necesidades de la vida; cómo se cierran los ojos al padre en el momento de morir.

A pesar de todos sus inconvenientes, la prision es cada vez más la forma preferida de la pena. Para disminuirlos, se han intentado combinaciones de varias clases; las visitas diarias en el mayor número posible á los presos; no comunicados sino con los otros delincuentes; la graduacion en el castigo, comenzado en la soledad y concluido en la compañía, sin salir del edificio penitenciario; el sistema inglés, ampliado por Crofton que progresivamente combina hasta cierto punto la pena con el trabajo libre.

El mismo Röeder, intransigente partidario de la prision celular para todas las clases de detenidos y de condenados y para toda la duracion de la pena, reconoce por fin la necesidad de dudar y de vacilar en algun caso. Las estadísticas le confirman en la persuasion de que la celda no aumenta, como se habia temido, el número de los dementes y de los suicidas; pero le parece necesario añadir con tristeza: «Sólo respecto de las mujeres resultan todavía en contradiccion las experiencias hechas hasta el día sobre el influjo que el arresto celular ejerce en su espíritu, pues si en Oldemburgo y Montpellier hablan en pró del arresto celular, no así en el resto de Francia y en Toscana. Preciso será buscar la solucion de este punto discordante, como la de otros que todavía se notan respecto de los penados celulares varones, en la gran diversidad de condiciones bajo las que se ejecuta el arresto celular (2).» Es curioso, sin duda, ver al maestro de los correccionalistas, despues de arrollar tantas dificultades para sostener tenazmente su sistema á despecho del sentido comun, de la ciencia y de las enseñanzas históricas, detenido y vacilando ante la actitud de las mujeres, que, por lo visto, no se resignan de ningun modo á estar calladas ni solitarias en las celdas.

Estudiémoslo todo y ensayémoslo todo. Entre, por fin, de lleno nuestra patria en competencia con todos los demás países para la reforma penitenciaria. Intentemos la deportacion para los grandes criminales. Establezcamos colonias agrícolas para los jóvenes delincuentes. Fomentemos las sociedades de patronato para los cumplidos. Difundamos la doctrina. Aceleremos la construccion, por costosa que sea, de buenos edificios, y la preparacion, aunque sea difícil, de un personal especialmente educado para el servicio penitenciario. Pero impongamos silencio al mismo tiempo con ra-

zonamientos sólidos á las funestas exageraciones que paralizan el éxito de las mejores empresas. No llevemos el desarrollo de las ideas de dulzura en que el progreso de la civilizacion consiste principalmente, hasta la supresion de la penalidad. No incurramos en la contradiccion de establecer penas demasiado duras y repugnantes, como consecuencia de sistemas que pretenden inspirarse sólo en la compasion y el interés por el penado. No consintamos que el Estado sea desarmado de sus derechos en beneficio de los criminales. No desconozcamos la necesidad imprescindible de la expiacion y del escarmiento por pensar exclusivamente en la utilidad de la posible enmienda del criminal. Procuremos con tenaz empeño que los delincuentes no reincidan; pero sin olvidar que es mejor que los hombres no delincan por primera vez; y que además de ser mejor, es más fácil. Y no echemos jamás en olvido que para la mejora de las condiciones morales del hombre, las penitenciarías, aun admirablemente organizadas, valdrán siempre ménos que las escuelas; y las escuelas más perfectas, jamás valdrán tanto como la familia y el templo; que los carceleros no pueden ser más que los funcionarios de la Administracion pública, no siempre acertada ni eficaz en sus procedimientos, mientras que los maestros son los agentes del progreso lento, pero seguro é irresistible, de la civilizacion, y el padre y la madre y el sacerdote son los ministros de Dios.

FERNANDO COS GATON.

DON LUIS RIVERA.

Este festivo poeta y publicista distinguido, nació en Valencia de Alcántara, el 25 de Agosto de 1826 y falleció en Madrid, el 30 de Julio de 1872.

En la Escuela Normal de Cáceres siguió la carrera del magisterio, que terminó en la Central de Madrid, dedicándose en sus primeros años á explicar en varios colegios de la corte.

Su afición á las letras le hizo un día ser literato, cuando ya era poeta y aun autor dramático. En multitud de revistas literarias, de 1848 á 1860, publicó poesías notabilísimas y estudios críticos que le dieron reputacion y fama bien merecida. No fué ménos feliz en el teatro. Todas sus obras tuvieron aceptación. Cada estreno fué para él un verdadero triunfo, triunfo tan ruidoso como el que lograra con *Las aves de paso*, y con otras no ménos aplaudidas que esta citada, como fué *El secreto de una dama* y *El Campanone*, traducido con Frontaura.

La política arrebató á tan ilustre literato del Parnaso español y de la escena española. Jóven, que apenas contara veintidos años, los sucesos de 1848 le sorprendieron á su entrada en la política. Amante de la libertad, con el corazón de verdadero poeta, la idea democrática encarnó en su espíritu, porque la sentia desde su infancia, ó porque Espronceda, Domínguez y otros escritores de aquellos tiempos se la habrian enseñado. En *El Obrero*, en *La Asociacion* y en *El Trabajo*, dió principio á sus teorías republicanas que supo defender hasta el día de la muerte, con una fé, con una perseverancia digna de los hombres honrados.

Al fundarse *La Discusion*, por Orense y Rivero, entró formando parte de la redaccion del nuevo diario democrático, donde colaboraban la flor y nata de la democracia española.

Su estilo festivo no cabia del todo dentro de las gacetillas de un diario sério. Por otra parte, el lápiz rojo del fiscal de aquellos tiempos, los de 1856 á 1863, no dejaba escapar nada que pudiera molestar á los hombres que mandaban. Luis Rivera sintió necesidad de fundar un periódico festivo, y dió á luz el *Gil Blas*, modelo de publicaciones en su género, hasta el punto que se cita el único y solo, por ser el mejor de los periódicos festivos ilustrados que hemos tenido en estos últimos tiempos.

Al triunfo de la gloriosa revolucion de 1868, Rivera saludó con júbilo la idea republicana, y algunos que con él venian redactando en el *Gil Blas*, se separaron de este periódico, no ántes sin que mediaran cartas y protestas entre unos y otros redactores.

Rivera dedicó en su *Gil Blas* algunas censuras á D. Manuel del Palacio, y entre ambos poetas se cruzaron las dos siguientes epístolas, que son notables. Hélas aquí:

«Señor director de *Gil Blas*.

Mi buen amigo Luis: Tengo á la vista la respuesta que das á mi soneto, llamándome de paso *progresista*,

Y por más que la crítica respeto, debo decirte que aunque lo has leído, de su intencion no estás en el secreto.

Yo soy, querido Luis, cual siempre he sido, demócrata, español é independiente, ageno á las miserias de partido.

Ni aplaudo los errores de mi gente, ni de la muchedumbre cortesano, le oculto la verdad que el alma siente.

No ignoro que con ello nada gano; mas si todas las culpas se redimen, de esta me absuelve mi criterio sano;

Que aquí, donde los vicios nos oprimen, y donde no se llega á la fortuna más que por la baja ó por el crimen, Yo gozé en dar ladridos á la luna

(1) *Menosprecio del mundo y imitacion de Cristo*, lib. I, cap. XX.

(1) *Le mie prigioni*. Memorie di Silvio Pellico.

(2) *Estudios sobre Derecho penal y sistemas penitenciarios*.

y me duermo tranquilo y muy á gusto sin que manche mi cielo nube alguna.

Curado estoy de envidias y de susto, que me han llamado á veces atrevido, pero jamás me llamarán injusto.

He trabajado mucho y he sufrido, y si á la libertad canto y adoro no será porque nada le he debido.

Cual tú del pueblo la ignorancia lloro; más tú te haces heraldo de su fuerza y yo me hago fiscal de su decoro.

Yo quiero como tú que el mando ejerza, pero es cuando ilustrado y justiciero hacía el que más le adule no se tuerza.

Noble, industrial, liberal le quiero; no hipócrita, holgazán, servil, astuto, siendo lobo una vez, y otra cordero.

Quiero que á la razón rinda tributo, y llevar no se deje del instinto, que es solamente la razón del bruto.

Que no arme á cada paso un laberinto, y siendo en las batallas veterano, se avenga en los motines á ser quinto.

Que entre en la senda del progreso humano, y puesto que sufrió la tiranía, aprenda á gobernar sin ser tirano.

¿Dices que él se gobierna? ¡Tontería! Lo desmienten conmigo en este instante Cataluña, Aragón y Andalucía.

¿Dices que cómo ha de ir hácia adelante, si ha de tener el dulce privilegio de darle educación cualquier dante?

Piensa, Luis, que has escrito un sacrilegio; antes de estudiar tú literatura, ¿la hubieras enseñado en un colegio?

No se educan los pueblos en la altura; se educan en la ley, en el trabajo, y á veces en el hambre y la amargura.

Recuerda bien la fábula del grajo, y piensa que el orgullo es más odioso cuanto tiene su origen más abajo.

Por eso yo, que verle poderoso y opulento y feliz y libre ansío, confundiendo en el suyo mi reposo,

En vez de alimentar su desvarío al espejo le asomo de su historia, y le maltrato por su bien y el mío.

¡Hijo del pueblo soy, lo tengo á gloria; pero antes que el imperio de la plebe alcance aquí su bárbara victoria,

¡Venga un diluvio, y en sus ondas lleve la vida y la esperanza y la memoria de este bendito siglo diez y nueve!

MANUEL DEL PALACIO.

Octubre 4 de 1869.

Rivera contestó á su ex-compañero de redacción, en los siguientes términos:

«Tu epístola, Manuel, tengo á la vista, y es el primer error que en ella noto el decir que te llamo *progresista*.

Con tu pasado liberal no has roto, mas tu soneto en el cangrejo bando hizo, mas que furor, un alboroto.

Le oí decir, al pueblo señalando, de tu soneto haciendo su bandera.

«Que le den una albarda en vez del mando.»

No era la tuya su intención artera, lo sé; del pueblo como yo has salido y de él será tu inspiración postrera;

Mas, sin quererlo, pones en olvido que siempre se valió la tiranía de las razones de que te has valido.

Ella, cual tú en tus versos, nos decía: *Has llevado la albarda muchos años para vestir la púrpura en un día*»

Y tendiendo la red de sus engaños, mientras aprisionaba al pensamiento nos mostraba del vicio los peldaños;

Y, vil sarcasmo de su claro intento, repetía á la plebe: «que se instruya;» pero jamás llegaba este momento.

Permite, caro amigo, que te arguya que, como piensas tú, todo tirano pensó en defensa de la causa suya.

Eso de hacer del pueblo un soberano y eternamente mantenerlo niño diciendo cada día que es temprano,

Podrá ser una prueba de cariño, pero es más bien negarle la corona que yo de pronto á su cabeza ciño.

¡Y me citas, Manuel, á Barcelona, y con ella á Aragón y Andalucía,

cuando de sangre un mar la tierra abonala... ¿Pues es nueva quizá la rebeldía?

¿Quién enseñó la guerra al pueblo mío? La república no: ¡la monarquía!

¡Vuelve la vista atrás, y yo confío que al espejo asomado de la historia, sangre siempre verás, de sangre un río!

Aun eso mismo que se llama gloria, ¿qué bien al pueblo con su luz le traía, sino hacerle dar vueltas á la noria?

Bueno es hablar al pueblo del trabajo, del respeto á la ley, de las virtudes, (que escasean arriba como abajo);

Mas si á él en busca de prudencia acudes, y antes que libre le pretendes sábio, le hallarás siempre esclavo, no lo dudes.

Para rey, de la lógica en agravio, puede servir un príncipe ignorante, pero un pueblo jamás. ¿Lo entiendes, Fabio? ¡No está educado aun! Cuando el instante

llegue de echar la púrpura á sus hombros, ya lo vendrá á decir un rey danzante.

Entre tanto durmamos sin asombros, durmamos, que mañana de repente el pueblo surgirá de los escombros.

Guiarle á la verdad eternamente, mostrar el bien al popular enjambre, tenerle el libro, no el fusil, presente,

Sin dejar la moral para fiambre tal fué mi vida en incesante lucha, unas veces con pan, otras con hambre.

Del pueblo acaso la ignorancia es mucha, y en su impaciente afán, la voz sagrada quizá no siempre del deber escucha.

¿Mas dónde, dónde la feroz mirada en busca irá de la inmortal belleza si falta luz al alma atormentada?

Si en los trabajos á educarse empieza, y en la ley, y en el hambre y la amargura, falta de libertad siempre tropieza.

Todos, cuando cayó la raza impura, ruina de España y de su honor abismo, admiramos del pueblo la cordura.

Digno de libertad por su heroísmo, por su sensato triunfo fué más grande, despues de presenciar un cataclismo.

¡Y sin que cuentas de su honor demande, ya imaginaron con pueril intento buscar un amo que lo oprima y mande!

La libertad, Manuel, cual yo la siento la sientes palpar en tus canciones, y á ella caminas con el paso lento.

Yo respeto tus nobles intenciones, si antes que ver el triunfo de la plebe prefieres ver el fin de las naciones.

¡Mas por ese temor, el yugo avele sufrimos de los últimos Borbones en la mitad del siglo diez y nueve!

LUIS RIVERA.

Octubre 6 de 1869.

Esta polémica fué provechosa para la política no menos que para las letras, porque aclaró la situación de dos hombres y dió lugar á estas dos epístolas, notables por más de un concepto.

Rivera murió casi cuatro años despues de escribir su célebre contestación á Palacio, siendo su muerte muy sentida, pues gozaba de grandes simpatías entre todas las clases, y fué siempre muy respetado de todos los hombres políticos.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

NOCHE BUENA EN CALIFORNIA.

(Conclusion.)

—Desiste de tu mal empeño, pobre Zumbela. Yo soy Copa, y voy á hacerte superior al caballo de carrera, que anda al vuelo mil as y millas sin que se derrame una sola gota de la copa rebosada que el ginete levanta en su diestra.

Pero pensó entonces con tristeza asustada, que á una milla más allá del punto á que habia conseguido llegar, que era al pié de una colina de extensa y sinuosa base, le esperaba cierta corriente de aguas indómitas como su cabalgadura. Pensó en su peligro, en las muertes que aquel paso ocasionaba con frecuencia, aun en la estación de la seca. Se convenció de que sería temerario franquear semejante *Maelstrom*, irritado con el aumento de aguas llovedizas en su caudal ordinario, como el hombre contra hermanos intrusos en su casa. Quiso llorar... ¡y no pudo! Apretando entonces los hijares, cambiando brusca y tácticamente de dirección, convirtiéndose de atormentado, que lo habia sido hasta entonces, en atormentador vengativo, como diz que pasa en los infiernos con increíble alternativa, fingió al comenzar el descenso hácia la corriente bajo tres cascadas en confluencia, retener su montura, tirándola bárbaramente de las crines y lanzando á la vez gritos de alarma, ayes de quien reza, interpolados con aullidos de perro agorero, como *Hécuba forzenata* sobre el hijo Polifemo, ya cadáver; la fiera que le llevaba se dejó vencer, como únicamente podía ser vencida. Zumbela, más asustada de su caballero que del peligro que éste le ponderaba, partió como una flecha, como huyendo del ginete, y salvó sin contingencia alguna aquella pendiente vertiginosa, de que tanto y tanto hablan las crónicas de Simpsonbarro.

Poco despues de conseguido este triunfo, pareció al ginete que la yegua hacia saltar el fango de las inundadas márgenes del *Rattlesnake* (1) la serpiente de agua, con *cascabeles* de cascadas.

Reteniéndola entonces como pudo, para recordarle el dominio á que tenia que obedecer, y preparar al salto formidable, consiguió caer en lo peor del paso, en medio del torrente impetuoso. ¿Estaba ya Paco Copa resuelto á morir? Pudo entonces llorar... ¡Pero no quiso! Pasaron segundos de lucha desesperada indescriptible, hasta que nadando aquí, chapaleteando allí, dejándose ahogar más allá, ganaron como por milagro la opuesta márgen.

El camino que iba del *Rattlesnake* á los primeros contrafuertes del Monte-Rojo, era bastante la-

(1) Los americanos del Norte pronuncian de distinto modo este nombre, que en inglés correcto se escribe *Rattlesnake*.

no; y las lluvias recientes no lo habian echado á perder gran cosa. Y bien porque las bruscas y peligrosas zambullidas hubiesen calmado á Zumbela, bien porque su ginete hubiera conseguido al fin domarla, con artificios superiores á los resabios de toda bestia serrera, el caso fué que la yegua comenzó á moderar sus esguinces y corcovos. Zanjones, canales, filas de guijarros, estenciones de praderas cenagosas, escapaban como por encanto bajo sus cascos voladores. Daba á veces algunos resoplidos de amenaza, pero sin decidirse á perder la obediencia.

A las dos de la madrugada ya habian subido y bajado el Monte Rojo, y cruzaban incansables la llanura al Norte de la cordillera. Diez minutos despues dejaban atrás la rápida diligencia de los peones camineros que iban á corregir los desperfectos causados por las lluvias en las rutas inmediatas á la ciudad de Tuttleville. A las dos y media Paco Copa se irguió sobre los estribos con triunfante alegría.

Millares de estrellas relucian entre nubes girándulas, y delante de él por el horizonte del llano cada vez más llano, asomaban cuatro torres á distancias desiguales unas de otras; palos de bandera, y una extensa silueta negruzca y dentellada.

Clavó espuelas, hizo chasquear la fusta y con un galope intachable de Zumbela, pronto entraron sin moderar el paso en las calles de Tuttleville, hasta que fueron á parar delante del *Hotel de todas las Naciones*.

Zumbela, entregada á un mozo de cuadra soñoliento, acabó de despertarle con una coz.

Paco sin darse punto de reposo, sin aceptar el café que le ofrecian en el salon iluminado con esplendidez, se fué acompañado de un camarero, á recorrer la ciudad que todavía se animaba con los cantares y carcajadas de la fiesta de Noche buena.

Pero nuestro héroe rebelde por entonces á toda nueva tentación, se iba preferentemente á las tiendas cerradas y oscuras á cuyos dueños hacia saltar de la cama á fuerza de gritos y alabonazos.

Algunos le respondian desde el interior con injurias y amenazas inenarrables, pero, en honor de la verdad, no pocos fueron los que, desenojados con algun chiste oportuno que el impertinente acababa por dispararles con gracia, saltaron de la cama y acudieron á dar entrada al impertinente; de suerte que las compras, objeto exclusivo del aventurero Copa en semejante noche, terminaron todas con buenos trinquis de amontillado ó de rom.

Las tres daban en todas las torres cuando aquellas importantes comisiones en tres tiendas, quedaron despachadas.

Cargado con una maleta grande de hule, en la cual Copa habia embalado cuidadosamente sus tesoros, tomó el camino del hotel, á buen paso, pero al mismo tiempo atándose la maleta á la espalda con apretadas ligaduras de *currican*.

A la puerta del salon del hotel se vió detenido por una bella neerlandesa; pero no, sino por la belleza misma para ser exactos en todo.

Atractivos infinitos, miradas de fuego, encajes vaporosos, cabellera y pañuelos olorosos, y, en fin, como decía Copa, mucho anzuelo, mucho sebo. Nada faltaba á la más real moza del país del oro, para rendir al más severo Quijote. Pero por aquella vez todo aquel empobrecimiento de gracias y banderolas, todas aquellas dulces invitaciones en *excelsior*, á tomar siquiera una tacita de café ya que no un muslo de pavo..., fueron inútiles. El ultramontano de las sierras coloradas, prestó oídos de mercader á la citromontana de Tuttleville, respondiendo con frases de buen humor á sus gorgeos, y celebrando sus lábios al arrojarle finalmente á los piés las tres últimas monedas de oro que en la bolsa le quedaban.

Zumbela le esperaba atormentando el empedrado, despues de un buen pienso devorado, como solo ella devoraba leguas.

Copa saltó á la silla, y en un *vellis-nollis*, ó como dicen por allá, *vir-y-moles*, dejaron muy atrás las iluminadas calles de Tuttleville, y á poco la extensa llanura, que va de la población á los primeros escalones de las montañas y á las cascadas del *Rattlesnake*.

El tiempo seguia serenándose. Pero el aire aún era frío y penetrante, dejando entrever mejor, por su límpida transparencia, los jalones y pasos difíciles del camino.

Al primer *tan* de las cuatro, Paco Copa, á pesar de haber hecho algunos altos inevitables, se encontró en las inmediaciones de la *Serpiente de cascabel*.

Esta vez se propuso evitar el paso por el punto anterior y el peligroso ramblazo de la otra orilla, prefiriendo un largo rodeo que habia que dar sobre olas de fango, antes de llegar á otro punto del *Rattlesnake*.

Hízolo así, y la pobre Zumbela se hundia allí muchas veces hasta el cuello, desenterrándose con saltos prodigiosos. Pero tanto esfuerzo la dejaba mal preparada para cruzar el río por el punto escogido, que Paco esperaba fuese ménos peligroso que el anterior.

El ginete, sacando partido de la furia ciega que distinguía al animal, le forzó á alcanzar en media hora la lejána márgen por donde habian de empezar el vado.

Pero antes de abandonarse á la corriente, Zumbela dió un salto de costado, que hubiera echado á tierra á ménos experimentado caballero.

Una figura humana acababa de surgir con as-

pecto imponente, saliendo de un escondite formado por dos carretas atascadas de un monton, casi una montaña, de despojos de árboles que se habían como agarrado á ellas cuando la corriente los arrastraba.

La aparicion tardó poco en apoderarse de las riendas de Zumbela, en tanto que por otro lado del escondite salia otro salteador más hercúleo é imponente. Este vomitó una retahila de blasfemias, acabando por gritar con voz de trueno:

—¡Ríndete, bellaco!

Paco sintió que la yegua temblaba, conoció aterrado que el animal iba á caer rendido bajo su cuerpo y se preparó á lo peor.

—¡Atrás!—gritó con acento más lúgubre y amenazador que el del bandido. Y auyó como sólo él sabía hacerlo.—¡Atrás, Brasasmuertas. Pero primero tú, Brasasmuertas. Os conozco, ladrones!... No me robeis el paso, asesinos! Soy capaz de encenderle á tí, Brasasmuertas, si no sueltas las riendas, con lo que quede del fuego de Brasasmuertas cuando lo apague.

No había acabado de hablar, cuando Zumbela se encabrió, ejecutando su salto más frenético. Dió tan tremendo golpe con la cabeza al que le sujetaba por las riendas, que éste cayó atolondrado, arrojando sangre por nariz y boca. Apenas tocó el suelo, empezó la bestia á patearle con ferocidad pasmosa.

Una segunda serie de blasfemias, dos ó tres detonaciones de pistola, y el bandolero inmediato á las carretas cayó redondo, sepultándose en el fango de la ruta.

—¡El único bien que te has hecho en esta vida: te has llevado á tí propio á la sepultura!—dijo Paco.

Zumbela, infatigable, ó cual si se hubiera apoderado de la vida quitada á Brasasmuertas, estaba ya á cien metros del lugar del repentino combate.

¡Ay! Entonces fué cuando notó el jinete que el brazo derecho, ¡ay! ya no era suyo; le colgaba bañado en sangre, destrozado por dos balas de Brasas vivas.

Con todo eso, el valeroso jóven, sin acortar la marcha, se apoderó de las riendas, convirtiendo en diestra su siniestra, y en diestra fortuna su siniestra suerte, para valernos de su propio lenguaje, al traducir lo que en aquel duro trance iba rumiando su pensamiento.

Momentos despues se vió obligado á detenerse para apretar las cinchas, porque la abultada silla había comenzado á correrse á un lado desde la maldita brega con los foragidos.

La indispensable operacion de las cinchas reclamaba tiempo, dada la situacion deplorable en que había quedado el mísero jinete.

¡Lloró al fin!

Ya no temia el infeliz persecucion alguna; pero veía con dolor poner los ojos en blanco, lo mismo que Brasasmuertas, cuando espiró, á los divinos luceros que habían alumbrado misericordiosamente la espirante Noche Buena. Ya no temia nada de la tierra; ya solo el cielo le acobardaba, y el venidero día! ¡Cómo el pobre Copa derramaba lágrimas, ó se bebía sus propias lágrimas, viendo los picos y las empinadas cimas de la lejanía, perdiendo por grados su blancura espectral, y deshaciéndose ya de su máscara negra en algunos puntos, sobre un fondo celeste de risueña transparencia. ¡Ay!... ¡El día comenzaba á despuntar!

Dado por completo á su idea dominante, invariable, el pobre jóven olvidaba los dolores de su herida. Volvió á montar, y se lanzó acariciando por primera vez á Zumbela, al término que buscaba.

Pero Zumbela no podía más. Estaba hijadeante ya irremediamente mansa y cobarde y daba lástima verla. Su fealdad fenomenal, ya no parecia heredada en su tierra nativa, sino efecto último de servicios, de un martirio de muchos años.

Paco también iba debilitándose por momentos. Ginete y cabalgadura parecían sombra fantástica, nube rastrea, última sombra de la noche prófuga.

El cielo sonreía cada vez más glorioso. Tenía sonrisas de cuna, de esas de que se aprovechan ciertas almitas para escaparse por los entreabiertos labios.

—¡Animo, Paco!... ¡Ya falta poco!... ¡Falta poco, Zumbela! ¡Oh. Noche-buena, sigue, sigue! ¡Tarda, mañana de Pascua!

Al decir esto, el jóven respiraba con dificultad. Quiso ayuar y solo cantó dulcemente. Ya aquello no servia para hostigar á la bestia. Pero la bestia hacia lo que podía por su parte.

—¡Vuela, Zumbela!... ¡Zumbela mia!...—añadió el casi moribundo acariciando á la yegua con su única mano. Sí, única mano de él y única para caricias de aquella clase.

Ya hacia tiempo que el infeliz sentia zumbidos extraños que le taladraban los oidos. ¿Efecto de la pérdida de sangre? Sentíase aturdido, casi sin alma y apenas reconocia la comarca por donde se dejaba llevar. ¿Acaso había equivocado el camino?

¿Era aquella, no la vereda de los Pinares, que hubiera querido evitar, sino la carretera del Batlesnaca á Simpsonbarro? Era ciertamente la carretera, pero todavía inundada, engañando su esperanza.

¿El corazón de Paco empezaba á paralizarse? Él sentia, al menos, extrañas impresiones que le hacian creer en una mano muerta que le agarraba el corazón fuertemente.

Aquel nuevo Ratlesnaca y aquellos montes le-

janos columpiándose en un mar color de rosa, y aquel sol coronando el Oriente, y mil vidas más con dificultad entrevistadas, se confundian para él en un caos burlescamente luminoso.

Cerró los ojos para cobrar ánimo.

Y en aquel breve intervalo de sombras voluntarias, ¿qué pudo entrever? Algo, algo vió sin duda, que le reanimó maravillosamente. Vió á la enfermita, vió á Chuchuta en su mezquino dormitorio luchando con la fiebre. La vió tan bonita sonriendo con la aparicion que los niños llaman Taita Natividad!

Y como la vió la oyó otra vez cantar:

¡Nada temas, corazón,
Que las tumbas nidos son!

Y también la oyó decir:—«Si Taita Natividad me visitara, si eso no fuera mentira, yo no me moriría de envidia al ver á las niñas que tienen juguetes!...»

De pronto los pesados párpados de Paco Copa se abrieron desmesuradamente. El jóven se desnudó del todo. Tiró á un lado la pistola, á otro la ropa y las botas, á otro la silla y los demás arreos. Aseguróse más la preciosa maleta sobre los hombros y apretando á Zumbela con las rodillas, se abandonó á la corriente borrascosa con un grito aterrador.

Otro grito no ménos terrible resonó en la parte alta del camino que las aguas no habían podido invadir.

Entre tanto las dos cabezas, la del jinete y la de Zumbela, aparecian un instante sobre las aguas, para desaparecer al punto por entre árboles arancados de cuajo y otros despojos arrebatados por el oleaje rugiente.

VI

Vejancon despertó ya muy entrada la mañana. ¿Para qué? Para cerciorarse de que había dormido como un tronco, lo primero; y de que su mujer trasteaba por la cocina y de que la sala estaba llena de humo, á causa de los preparativos primeros de los fogones.

Antes que despertara, ya habían llamado á la puerta, primero quedito, luego más quedo, pero al fin en crescendo.

¿No podía abrir su mujer? ¡Ella! No dejara.

Vejancon se rascó la cabeza, frunció el ceño, lo pensó un poco y al cabo fué á abrir.

En el momento de hacerlo, todo lo que en él dormía despertó. Con movimientos de niño, retrocedió acobardado viendo delante de sí la figura ensangrentada y chorreando agua también (sudor de Getsemani), del pobre, pobre mil veces, Paco Copa. Estaba este desnudo y descalzo, y se apoyaba como podía, para que le creyeran aún viviente, en la pared exterior de la tienda, no habiéndole sido posible dar un paso más para entrar.

—¿Eres tú, hijo?

—Yo, amigo.

—¡Chuchuta!... ¡Digo, Paco!... ¡Por qué estás así?

—¡Silencio!... Y ella, ¿cómo está? ¿Sigue durmiendo?

—¿Quién, hijo mio?

—¡La hija tuya!...

—¿Sí... pero tú, tú, mi pobre Paco, cómo te veo de esta suerte?

—Quita allá... aún puedo tenerme. ¿No te acuerdas que anoche me creías muy borracho, delante de la chimenea? Pues sí, lo estaba. Tu juisiqui, tu miseria de juisiqui me echaron á perder... Porque, sí, perdido estoy... Pronto, pronto, lo otro, lo otro, lo que ella queria para no morir.

—¿Lo otro?... ¿Más aguardiente?

El Vejancon fué y se encontró con el cántaro vacío.

Paco le hubiera llamado de buena gana *pedazo de animal!* pero se acordó de Zumbela.

—¿Qué tienes?—le preguntó el tendero.

—¡Nada!

Y agarrándose con fuerza de naufrago á la aldaba de la puerta, como si aquella fuese la del cielo, añadió despues de su *¡nada!* esta frase moribunda.

—Prueba á ver, querido... si puedes desatarme el saco de hule que traigo á la espalda.

—¡Es verdad! No había reparado.

—¡Yo no puedo... desata... pronto!

Lo más pronto que pudo hizolo así el Vejancon, y abrió la maleta á los pies de Copa.

Este cayó de rodillas.

—Saca lo que viene ahí.

La mano del Vejancon temblaba, al hacer lo que le ordenaba el arrodillado.

Resultó que en el saco no había más que cajitas de confites y varios juguetes de un gusto demasiado primitivo, obra de pacotilla, soldados de plomo y monigotes de palo pintarrajeados de un modo absurdo, con plumas de gallo en las gorras y lentejuelas hasta en los zapatos. Una de las figuras estaba sin brazo, otra sin pierna, dos sin cabeza. Estas últimas eran las más finas. Otra que representaba una princesita se había quedado desteñida á causa de un baño extralimitado, y sin corona además, y la corona sin resto de la goma con que se la habían pegado á S. A. El muñeco que figuraba un Pierrot estaba bañado en sangre.

—¿Qué pobre aguinaldo, eh?...—dijo Paco con voz más doliente que antes.—Pero créeme, querido Vejancon, no ha sido por falta de voluntad.

—¡Paco, amigo!

—He hecho lo que he podido. Díselo á tu hija. No, no se lo digas. Si te asegurara que hice más de lo que podía, no mentiría, no. No te miento. Estén como estén, llévala esos juguetes, llévaselos á la niña. Yo los compré en Tuttleville esta madrugada; pero todos los amigos de anoche contribuyeron cada uno con cuanto tenía. Pero yo... yo... fui á buscar los aguinaldos. Pon algunos en los zapaticos de la pobre enferma. Arréglaos que parezcan barquitos empavesados. Siendo muy chiquitita... ¿te acuerdas?... solía jugar con sus zapatos tirándolos de una hebra y llamándolos navíos. Dile que los navíos de entonces hicieron buen viaje y regresan cargados!... Pero... ¡ay, amigo mio, hermano!... ¡Sostenme, por Dios, que no puedo con mi alma! ¡Me voy á caer!... Que mi cabeza no golpee el suelo... no sea que la despierte antes de tiempo... Díle que... que...

—¿Qué le digo?

—Siento que la tierra huye bajo mi cuerpo... bajando bajando...

—¿Qué quieres que diga á la niña?

—Que... que *taita, taitita Natividad* la vino á visitar esta noche, porque Paco Copa se lo pidió á Dios. Y adios, ¿eh? y dile que todos los sueños de Noche-buena son verdad!... ¿Se lo dirás?... ¿Se lo dirás?—

Exhaló el último suspiro mirando hácia la camarita.

Así fué como, bañado en sangre, con una capa de lodo encima, desnudo, miserable, hecho añicos, roto el brazo, destrozado el corazón, llegó en una singular Noche-buena el generoso taita Natividad á visitar la casa de Simpsonbarro, á que más apego tenía.

La aurora del primer día de pascuas se elevó serenamente, como una *Nuestra Señora de la Asuncion*, encendiendo ella propia los cirios de su altar; sí, encendiendo y bordando con resplandores color de rosa los contornos de mil juguetonas nubecillas, y con perlas de rocío los árboles y las flores de la extensísima cadena de los Montes Rojos,—que en aquella mañana merecian llamarse los *Montes Ruborizados*.

TRISTAN MEDINA.

MI COMPADRE FACUNDO.

Segun pública voz y fama, mi compadre tiene cincuenta mil pesos mal contados, y por consiguiente es lo que se llama un *gamonal*, la figura conspícuca de la parroquia. Es un tanto cuanto miserable, tiene sus puntas y collares de intrigante, y es un si-es-no es usurero; por lo demás, no tiene defecto notable.

Su padre, un chapeton de los de ciento en carga, fanático é ignorante que era un contento, no le enseñó otra cosa que á temer al rey, á Dios y al diablo; á leer, aunque no de corrido, y regularmente las cuatro reglas de aritmética. Gastó su escaso patrimonio en educar á su hijo mayor, que cursaba en Popayan ciencias eclesiásticas, llamado á ser la esperanza y lumbrera de la familia. Nuestro bravo chapeton murió casi en la miseria, y mi compadre no heredó, segun me ha dicho, sino un machete momposino y un macho corsario. Pero Facundo tenia entonces veinte años, buenos puños, excelente salud y confianza en su estrella, ó como decimos hoy, fe en el porvenir. Con algunos ahorrillos que tenia, pues el niño era de suyo guardoso, cargó su macho con una pequeña ancheta de víveres, terció á la cintura su buen machete, y tomó alegre y ufano la derrota de los pueblos de abajo, del país del oro y de la fortuna. Comprando aquí, vendiendo allá, reduciendo á oro sus pequeños beneficios, que vendia con provecho á los comerciantes de Medellín, economizando á más no poder, pudo comprar una régua de mulas, darle más extension á sus rescates, y allegar algun capital despues de seis años cumplidos de trabajo.

De sus correrías en aquellas comarcas mineras, donde las costumbres son más sueltas, la gente más alegre y desenfadada que en lo interior de nuestras montañas, datan los únicos recuerdos picarescos y las aventuras *non sanctas*, que de su juventud refiere mi compadre. Casi todas consisten en guapezas, pues él tiene grandes pretensiones á jayan. Algunas veces, cuando me encuentro en su casa á la oracion, despues de que toma lo que él llama su *jicara de cacao*, y enciende un cigarro, recostado en el corredor sobre una silla, si los tiempos son buenos para él, y le han pagado sus premios con puntualidad, y sus cosechas han sido abundantes, y sus marranos se han vendido con reputacion en la feria semanal de Medellín, suele ponerse decididor y contarme sus hazañas en la tierra de abajo, siempre las mismas, de cuya veracidad absolutamente no respondo.

Una vez, en un baile en Zaragoza, le embistieron en gaviola siete negros, grandes como una iglesia, y con el momposino de marras mató á tres y puso en fuga á los restantes, maltrechos y mohinos. En otra ocasion, un alcalde le tomó tema porque ambos cortejaban una mulata muy jaque: motivo por el cual lo atacó una noche con doce alguaciles; él se atrincheró en un zarzo, vibró un garrote, y tanto al alcalde como á los alguaciles «se los mamó en cánones»

Con tigres que, á fuer de comunistas, le asaltaban sus mulas, tuvo sinnúmero de escaramuzas, de las que salió siempre vencedor. Pero al fin le sucedió real y verdaderamente una aventura, de aquellas que hacian á Sancho renegar de la caballería andante. Unos malhechores lo molieron á palos, y le robaron el fruto de muchos años de tralajo, con el cual, en libras de oro, volvía para su tierra: nada le dejaron, quedó limpio como bolsillo de poeta español ó de literato granadino. Pero á nuestro buscador de plata, que era duro de mollera, no hubo de acobardarlo aquel percance. Poseía esa voluntad obstinada, con la cual el hombre casi siempre llega á donde va. Careciendo de capital para seguir su antiguo oficio de rescataste, á pesar de sus pretensiones nobiliarias, pues segun dice es más blanco que el diablo, se

alquiló en una mina como jornalero, y por meses y años estuvo con la barra trabajando de sol á sol.

Es muy comun entre los nobles de la antigua Antioquia echar á un lado la negra honrilla cuando se ven apurados por la suerte, y entregarse á labores materiales; pareciéndoles más digno y honroso trabajar, aún en los oficios más vulgares, que imitar á los blancos de otras partes que, cuando no pueden ser negociantes ó empresarios de industria, se agrupan en las poblaciones á vivir de petardos ó de empleos.

Y ya que estoy discurriendo sobre el carácter de los antioqueños, observaré que estos no tienen pasiones á medias: por lo regular, sus aficiones son impetuosas, sus sentimientos enérgicos. De aquí resulta, que los que toman buen camino, los que se proponen un objeto laudable, como mi compadre, á despecho de todos los obstáculos van muy léjos. Pero tambien, cuando alguno se echa á rodar por la mala pendiente de los vicios, no se detiene hasta llegar al abismo. Si alguien coge los dados en la mano, no se anda por las ramas: en una noche juega todo su capital, agota su crédito, el de sus amigos, y venderia hasta su alma para seguir jugando, si hubiera quien la comprase.

Al que le da por el culto de Baco abandona á sus hijos, descuida sus negocios, echa á un lado respetos sociales, y se mete en una taberna hasta que su familia lo recoje temblando, demente, moribundo. Entre los que se dedican á la *pluocracia*, á la avaricia (culto muy popular), hay algunos que perfeccionan la ciencia hasta el punto de convertir al Harpagon de Molière, al israelita de Balzac en tipos pálidos, derrochadores y pródigos.

Esta energía y entereza de carácter para marchar en la senda del bien ó del mal, peculiar á la raza antioqueña, no la apunto aquí como un defecto; pareceme, al contrario, una gran cualidad. Los pueblos de sentimientos flojos y enervados tienen siempre en perspectiva la e-clavitud ó la miseria. Dése al pueblo antioqueño buena educacion, trabájese por reformar sus costumbres, en el sentido de darles más suavidad y cultura; procúrese para la industria un desarrollo más fraternal, ménos egoísta, que ofrezca á todos colocacion y porvenir, y entonces la energía de carácter, en vez de producir esos tipos corrompidos y monstruosos, servirá como una máquina de alta presion para empujar estos pueblos hácia grandes y poderosos destinos.

Y volviendo á mi compadre, que dejé con la barra en la mano ganando su jornal, añadiré que, despues de dos años de privaciones y de trabajar como negro, dejó aquel oficio y se metió á sepulturero, es decir, á buscar oro en sepuleros de indios. Como no le ligase en aquello, como se dice por acá, compró un terreno selvoso en un valle caliente, asíó de una hacha y se puso á derribar monte con el valor de un títan. Cosechando maíz, plátano y engordando marranos, que vendia en los minerales vecinos, reunió algunos miles de pesos al cabo de mucho tiempo. Como se viese ya con un mediano capital, retiróse á la parroquia que hoy habita, donde abrió tienda de comercio. El sentido práctico de los negocios, y el espíritu de movilidad son tambien en los antioqueños rasgos distintivos. Ninguno se adhiere al lugar en que nace si allí no prospera, ni á la profesion en que se crió si esta no le ofrece rápidas ventajas. Un individuo es alterativamente agricultor, comerciante, minero; poblaciones enteras andan vagando de Norte á Sur y de Sur á Norte, en busca de tierras más fértiles y de minas más ricas.

Y esta inquietud y movilidad no hay que atribuir las á novelaria ó inconstancia, sino al deseo febril de mejorar de condicion, de adquirir independencia y capital: con tal de llegar á estos resultados, son indiferentes al antioqueño toda especie de climas, lugares y profesiones; habiendo, como dice Tocqueville de los americanos del Norte, una especie de heroísmo en su ánsia de ganar.

En el comercio le sopló bien á mi compadre: negociante de la escuela positiva de nuestros mayores, que sólo compraban al contado ó á crédito pequeñas cantidades, jamás se vió devorado por la usura, como nuestros negociantes modernos, que usan y abusan del crédito de una manera insensata. Empleó sus beneficios, lentos pero seguros, en tierras alrededor del lugar, las cuales no le costaron casi nada, pues comenzó adquiriendo una pequeña propiedad, y despues desalojó á los vecinos enredándolos en tratos, y arriñándolos con dinero á subido interés. El *gamonal* de pueblo cuando cae en un punto se extiende como una verdolaga.

Como propietario territorial y banquero de los vecinos necesitados, sus influencias y connotaciones en el lugar se han extendido de una manera prodigiosa. Ligado íntimamente con el cura de la parroquia, ha formado con él esa terrible liga del poder espiritual y del poder temporal, del Papa con el Emperador, á la cual no hay quien resista. El más fuerte tinterillo del lugar, queriendo casarse con la hija mayor de mi compadre, está enteramente á sus órdenes. César, Pompeyo y Craso no tenían más influencia en Roma que este rústico triunvirato en su parroquia. El tinterillo dirige al alcalde, la gruesa voz de mi compadre domina en el cabildo y el cura gobierna las conciencias. Toda eleccion se hace á su sabor; nada se lleva á cabo sin el *fiat* de estos caballeros. Contra esa trinea, organizada poco más ó ménos en los demás pueblos de la República, se estrellan las predicaciones de la prensa y los esfuerzos generosos que hacen algunos jóvenes ilustrados por hacer calar la idea democrática hasta las últimas capas sociales. Uno que otro periódico, que suele llegar á la parroquia, cae en manos del gamonal ó del cura, y cuando se dignan comunicar á los vecinos, que regularmente no saben leer, lo que contiene, es tenido con falsos y apasionados colores.

Si trae algun proyecto de libertad que no le gusta al cura, lo que no es raro, pues los curas jamás le han tenido á estas cosas muchísima aficion, al momento grita nuestro presbítero: *¡heresia!* Si el curato periódico habla en favor de algun impuesto que consulte la igualdad, la contribucion directa, por ejemplo, entonces el gamonal vocea: *¡comunismo!* en la primera de estas palabras intimidan la conciencia del ignorante vecindario; con la segunda asustan los bolsillos. Y por ende resulta que la República, que no se la cuestra sino en la Constitucion, en algunas leyes y en algunas cabezas; la República, que no puede penetrar en el

distrito, ni calar en las masas, ni adherirse á la tierra, es un árbol hermoso sin raíces, un diamante montado al aire.

II

Por el rápido bosquejo que antecede, conocerá el benévolo lector cómo se hacen la mayor parte de esas riquezas parroquiales que abundan en Antioquia; las cuales no se adquieren pisando alfombras, ni viviendo entre algodones, sino con la barra en las minas, con el hacha en los montes, lentamente, amontonando cuartillo sobre cuartillo, evitando todo gasto, suprimiendo todo goce.

De aquí viene que esos hombres, admirables de pobres por la entereza y el valor con que buscan la riqueza, una vez conseguida ésta no saben qué hacer con su plata, desconocen toda usanza de buen gusto, y siguen con la sórdida economía que en tiempo de pobreza y angustia acostumbraban.

Una vez conocida la posicion política y financiera de mi compadre, el lector me acompañará á su casa para estudiarlo en la vida doméstica; si no es que ya está aburrido con el presente estudio, el cual no se presta, si ha de respetarse la verdad, á cuadros dramáticos, ni á pinturas brillantes, siendo las costumbres parroquiales de suyo dormilonas y prosaicas.

Por supuesto que mi compadre es casado. ¿Quién no se casa en Antioquia? Si el matrimonio, como dicen algunos, es acto de moralidad, aquí estamos todos en camino de salvacion, y si es tontería, como dicen otros, ¿quién no es tonto por acá? En esta provincia todo el mundo se casa; unos por amor, otros por cálculo y la mayor parte por aburrimiento, pues no encontrando el hombre placeres ni vida social de ninguna clase, de grado ó por fuerza tiene que refugiarse en la vida de familia.

Y como todos los hombres se casan, resulta que todas las mujeres se casan tambien; por manera que á las feas no se les espera aquí, como en otras partes, la ortodoja pero fastidiosa tarea de vestir santos, sino otra más mundana pero más divertida, la de vestir muchachos.

Segun pública voz y fama, mi comadre Fulgencia no tuvo quince. Sus piés son grandes y desparramados, debido esto, por una parte, á la vulgarísima costumbre que predomina en las parroquias, aún en las familias ricas, de andar las mujeres descalzas, y por otra á que los españoles no pudieron naturalizar en esta provincia el breve y pulido pié andaluz. Las pecas y despues las viruelas formaron en su cara un mosaico que rechaza toda tentacion. Pero mi compadre no la tomó por bonita sino por hacendosa, y considerada bajo este aspecto, ella vale un Perú. El dice que su mujer hace una arepa como la más pintada, lava y aplancha á las mil maravillas; no deja perder un huevo, ni un grano de maíz; sabe la cantidad exacta de frisoles que come un peon, y precisamente las *tablas* de chocolate que produce un millar de cacao.

La casa de mi compadre, situada en el extremo del lugar, es al mismo tiempo casa de campo. Da por el frente á una de las calles y el interior se entra á la hacienda. Esta casa es grande, sólida, pero á su construccion no ha presidido ninguna idea de comodidad ni de elegancia. Compónese de tres ó cuatro grandes piezas, sin independencia unas de otras, por manera que el día que viene un huésped hay que ponerle cama en la sala. No hay que buscar en ella ni papel en las paredes, ni espejos en la sala, ni un canapé blando, ni un mueble cómodo, ni adorno gracioso de ninguna clase. En la sala se encuentran por todo asiento algunas tarinas, en las cuales se han sentado tres generaciones. En la alcoba se ven camas ordinarias sin colgaduras, las susodichas tarimas por asiento, un enorme escaparate y en las paredes algunos santos grotescos desteñidos por el polvo ó mordidos por las cucarachas. Aquellas casas tan desmuntadas inspiran tristeza, pero armonizan perfectamente con las costumbres puritanas, frias, silenciosas y monótonas de la familia parroquial antioqueña.

Aquella desnudez en las paredes, aquella uniformidad en las costumbres, aquella ausencia de toda variedad y de todo placer, da á la vida que allí se lleva una vaga semejanza con la de los claustros. Al entrar en una de esas casas piensa uno involuntariamente en la otra vida.

Trabajar mucho de día y rezar mucho de noche es la vida de la familia. El destino de las mujeres en esas casas no tiene nada de poético. Ellas desgranar el maíz, cuidan los marranos, aplanchan la ropa, cosen los vestidos, preparan la comida y ordeñan las vacas. Como ya no hay esclavas y es preciso ahorrar el pago de sirvientes, porque la economía de la parroquia no da cuartel, causa grima ver á las hijas de mi compadre, guapas muchachas, con sus manos blancas y sus bellas caras ovaladas, confeccionando en la cocina arepas, las cuales por la costumbre de hacerlas siempre en la casa y cuatro veces al día, son el tormento de la cocina antioqueña. Como en la familia oriental del patriarca ó del beduino, se vive allí en cierta fraternidad con los animales. Con frecuencia se ve á los terneros correteando en las alcobas, al burro paseándose majestuosamente por la sala y á las gallinas cacareando sobre el lecho conyugal. Todos especulan en la casa y cada uno pesca para su canasto.

El patron especula en todo, la señora engorda marranos con los desperdicios, y tiene en la calle compañías á cuenta y mitad con pulperas y revendedoras; las niñas en sus ratos perdidos, hacen cigarros para vender, ó cosen camisetas á los *agregados* ó arrendatarios: los beneficios de estos pequeños negocios van á parar en una alcancía.

La gastronomia en casa de mi compadre, como en toda la provincia, es ciencia poco cultivada; por lo general en Antioquia no se come, como en otras partes, para gozar, sino pura y simplemente para vivir. Los vegetales en la comida son la base fundamental; la carne ocupa un lugar secundario, y volaría se ve en la mesa por la muerte de un obispo. El matar una gallina es acontecimiento que se discute con cuatro días de anticipacion, y cuando á este grave despilfarro se resuelven, escogen para víctima, no la más joven y robusta, sino la que ya está jubilada por su edad proveeta. El azúcar se guarda en el escaparate como cosa de lujo, que no se usa sino para las bebidas de los enfer-

mos, y el pan, llamado por acá *pan de trigo*, gástase sólo cuando hay huéspedes, ó para que el cura ó otro vecino de campanillas tome su chocolate, cuando á la oracion se encuentra de visita.

Pero esta rígida economía se abandona cuando se aparece algun huésped en la casa. Por lo general los antioqueños en su tierra á nadie convidan á comer. Domina el principio egoísta, poco culto y ménos social, de «cada uno en su casa y Dios en la de todos». Fuera de Antioquia, en Bogotá, en Jamaica ó en Europa tórnanse obsequiosos y convidadores, porque tienen gran facilidad para adaptarse á los usos y asimilarse las costumbres de los pueblos en que viven. Pero si en Antioquia no convidan, cuando les llega huésped, trátanlo con afecto y cordialidad, obséquianlo á más no poder. Cuando á mi compadre se le aparece alguno de sus grandes amigos de Medellín, echa la casa por la ventana. Entonces reclútanse para festejarlo los mejores comestibles que hay en el lugar: no queda pollo, ni gallina gorda que no perezca, y el gallo, á pesar de sus fueros de sultan, tiene que poner los piés en polvorosa para escapar de aquella atroz carnicería.

En esas bodas de Camacho se presenta en columna cerrada contra la digestion del viajero un escudron de fritos: huevos fritos, carne frita, pollos fritos, gallinas fritas, todo frito, siguiendo las malas tradiciones de la grasosa cocina española. Figura entre los obsequios hacerle comer á uno, quiere que no, todo lo que se pone en la mesa, y por vía de carño lo matan de una indigestion. Aquel día campea en la comida una botella de vino de consagrar, pedida por vía de préstamo al mayordomo de fábrica; y el café molido el año anterior, entrando en servicio activo, va á dar á manos de una moza iliterata que, no alcanzándosele nada en la materia, echa á cocer el polvo, á guisa de pastilla de chocolate, y sirve despues al pobre viajero sobre la comida el fermentido brebaje en tazas de tomar mazamorra.

Para las muchachas de la familia no hay más desahogo que el domingo, y eso porque de sus ahorros pagan á una vecina, para que en su lugar desempeñe los quehaceres domésticos. Desde temprano se echan encima lo mejor que tienen en la percha, y el indómito y rebusto pié es aprisionado en zapatos de cordoban, con gran trabajo, eso sí, pues los zapatos por falta de uso suelen encogerse en la semana, al paso que los piés de su dueño adquieren mayores proporciones. Despues van á misa y al mercado, en el cual, en *parranda* con sus amigos, compran frutas y comen hojaldras. El baile les está vedado como diversion pecaminosa, pero suele permitírseles asistir á alguna nocturna lotería. Para esas pobres criaturas, que llevan una vida tan trabajada y monótona, una lotería es una felicidad. Allí se encuentran los amartelados de ambos sexos: los galanes del pueblo las echan de rumbosos, librando cuando hacen *alto* á sus respectivas partes contrarias, y entre ambo y terno se murmuran promesas de amor, y se obtiene el anhelado *sí*. A las diez, mal de su grado, dejan la placentera diversion y vuelven á la casa con su madre, á veces acompañadas de sus respectivos galanes, que marchan á una distancia razonable, pues eso de dar el brazo á las mujeres sería considerado en la parroquia como liviandad imperdonable.

Mi compadre algunas noches, despues de rezar el interminable rosario, se pone la ruana pastusa y el sombrero de alas luengas; trébase sobre unos enormes zuecos, empuña el garrote, y, mientras dan las ocho, hora obligada de acostarse, se va á *tertuliar* con los vecinos que están en corro en alguna esquina de la plaza, sentados en el suelo fumando y platicando. Oigamos un momento á los vecinos.

—¡Caramba! —dice uno,—mi compadre mató su vaca negra, y le dió tres arrobas de sebo.

—Es que le está ligando,—añade otro con cara de envidia,—su *arao* parece un monte: cada mata tiene tres mazorecas.

—¡Qué mula tan *macana* le trujeron del valle á *mano Blas*!

—Pero con mi macho rúcio para una cuesta es darla dada.

—Y, ¿qué habrá de nuevo afuera?—pregunta el sacristan.

—Las cosas están malas,—responde la cabeza más fuerte en política de la parroquia;—me escriben de la villa que los rojos están otra vez en Santafé atacando la religion, y reclutando tropas para destronar al Papa.

—¿Es cierto,—pregunta otro,—que le ganaron cien pesos á *ño Chepe*?

—Así dicen,—responde un amigo suyo,—y lo *pior* es que está jugando lo ajeno: á mi compadre Facundo no le ha podido pagar lo que le debe.

—Pues cómo se ha de *fregar*; añade un rígido moralista, si la Maruca lo come medio *lao*.

—*Ño Chepe* es todo un gallo, replica el gracioso del corro, pero ahora sí *zafó* el *joto* (se quebró).

—¡Pobrecito! exclaman todos, con hipócrita conmiseracion.

Por doquiera el hombre es el mismo: en todos los países, en todas las zonas sociales, la murmuracion es su ocupacion favorita y las desgracias ajenas lo ponen de humor excelente.

A pesar de que la educacion y el saber no valen dos higas para mi compadre, hubo de mandar á su hijo mayor á estudiar á Bogotá, estimulado por el deseo de tener un leguleyo en la familia, pues en Antioquia predomina la maldita aficion á pleitos y camorras de escribanía.

Sucedió que nuestro joven llegó á Bogotá cuando los estudios estaban en anarquía, y de moda la política. En lugar de habérselas con las leyes de Partida, Gregorio Lopez, D. Juan Sala y demás poetas, se dió á frecuentar los clubs, la fonda de Stevenell, á coquetear en la calle de San Juan de Dios, y á hacer al Salto escursiones estudiantiles. Al cabo de cuatro sabias bailar perfectamente, puntear la vihuela con primor, hacer cuartetos y cortejar muchachas. Provisto de estos graves conocimientos, resolvió coronar su carrera presentándose al grado, y quedó como el té, hecho doctor por infusion. A los pocos días de regresar á la casa paterna tuvo una conferencia con su padre, y le anunció de llano en plano que no tenia vocacion para hacer escritos, ni enredar en las escribanías. Luego se ha declarado en com-

pleta insurreccion contra la sordida economía y las costumbres tradicionales de la familia. Quiere que empapelen la casa, la adornen con algunos muebles, y sobre todo que cambien las duras tarimas, inventadas para hacer penitencia, por sofás ó canapés. Pretende que se mejore la comida, se tome vino al menos los domingos, y café todos los días, que llama él la bebida del siglo. De por allá vino gólgota, y á fuer de tal quiere reformarlo todo. Exige que sus hermanas anden calzadas, constantemente vestidas de limpio, y que se paguen cocineras.

Dice en alta voz que puede uno ser muy buen cristiano, trabajador y honrado y vivir con decencia; que si la plata no se gasta en proporcionarse algunos gooces, y llevar vida de caballeros, maldita la cosa para que sirve. Estas verdades de á puño son para mi compadre enormes heregias. Para un acumulador antioqueño de raza pura, la palabra *goce* es hasta inmoral. Enseñado á ser en su familia tan absoluto como Nicolás, y tan infalible como el Papa, estas contradicciones lo tienen aturrido, desesperado. Mi comadre permanece neutral entre los dos partidos beligerantes, pero las muchachas se han ladeado al del hermano innovador, pues las mujeres jamás ponen obstáculo á ninguna idea de progreso, y siempre están dispuestas á aceptar todo lo que significa placer, refinamiento ó elegancia.

—Ese mozo se ha perdido en Santafé,—me decía mi compadre días pasados.—Lo mandé á que aprendiera á hacer escritos, y no sabe poner «ante usted parezo y digo.» Pero ha venido con la cabeza llena de cucarachas y de grandezas. Dice que la casa está fea, como si yo no hubiera vivido en ella treinta años sin darme un dolor de cabeza; la comida siempre le parece mala, y la sala oscura cuando de noche se enciende una sola vela. ¡Obispo tenemos! Bonito estoy yo para hacer una boda todos los días, y un velorio todas las noches! Y esas mocuoselas de sus hermanas, á su ejemplo, andan ya todas *ideáticas* pidiendo galanuras y maestros de francés. Ya no quieren hacer nada, sino amansar tarima y chirriar zapatos. Dale con la *tuntunita* de aprender. ¡Dios me guarde de mujeres sabidas! ¡Quién las mete á saber más que Fulgencia, que jamás aprendió sino los oficios de la casa, y á criar sus hijos en el santo temor de Dios?

JUAN DE DIOS RESTREPO.

(Nueva Granada.)

MIS LÁGRIMAS.

Yo te quiero, bien mio,
como las frescas rosas al rocío;
como á sus verdes lomas
en sus tiernos amores las palomas;
como el corzo ligero
la agreste gruta de su verde otero;
como el pez la corriente
donde pasa la vida mansamente;
como noche serena
á la argentada luna que la llena;
como la alondra el día
te adoro con el alma, vida mia;
y por tí solo vivo,
cuando estos versos sollozando escribo.

Salid del corazon, lágrimas mias,
corred, corred en el silencio á mares;
para el dolor ¡qué largos son los días!
¡qué eternos y crueles los pesares!

¡Ahogadas y recónditas querellas,
silenciosas y timidas plegarias!
¡pobre amor infeliz, sin ver estrellas
en sus eternidades solitarias!...

En mi lento dolor la bendecia
de mi fiebre en la noche tenebrosa,
y ella mi pesadumbre no veía,
y luego suspiraba silenciosa.

Naúfrago desgraciado del destino,
sin el rumor del céfiro más leve:
perdido sin aliento en el camino,
¿qué busco entre las rocas y la nieve?

¿Qué hacer para salir de la corriente
sin rumbo, ni velamen ni barquilla,
arrebataada por la mar potente
y hecha pedazos la flotante quilla?

¿En donde está la salvadora playa?
¿Dónde invisible el anhelado puerto?
¡Nadie á buscar con ilusiones vaya
abrigo por los mares y el desierto!

¡Ay del que adora... pobre caminante
que tiene sed y al manantial no llega...
y ciego y afanoso y delirante
desalentado á su afuición se entrega!

¡Ay de mi corazon! fuente de amores,
á donde en su corriente cristalina
nacen de mi dolor hermosas flores
que mueren cuando el sol lento declina!...

Flores que brotan en mi eterno anhelo
sin que conozca nadie su belleza;
que nacen perfumadas en el hielo
de mi profunda y tétrica tristeza.

Con ellas, ángel mio, una corona
voy á tener para adornar tu frente:
Si te cansan mis lágrimas, ¡perdonal!
de ellas mi corazon es una fuente.

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ

CELEBRIDADES AMERICANAS

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

Razon tienen los escritores europeos que conociendo á los de América y ocupándose de sus obras se maravillan, no solo de su fecundidad, sino de la facilidad asombrosa con que se instruyen, consiguiendo en pocos años lo que otros jamás consiguen en medio siglo.

Una prueba brillante de esta verdad nos ofrece el distinguido argentino, doctor Estanislao S. Zeballos, á quien nos toca la satisfacción de colocar hoy en nuestra *Galería de Celebridades Americanas*.

Apenas cuenta veinte y ocho años, y en esa edad tan temprana de la vida, como periodista, orador, hombre de ciencia, juriconsulto, historiador, fundador de sociedades, viajero á los desiertos que ha visitado para describir los terrenos y *tribus* que describe, y da á conocer, ha conseguido ya ruido de aplauso en torno de su nombre, gran reputación, y esas simpatías populares que solo consiguen los que se imponen por sus obras y trabajos.

La juventud americana dotada de talento se contrae, por lo general, á la literatura amena, á ese dulce comercio de las musas y de las letras, que si alimenta con deleite el espíritu de las sociedades, no contribuye por cierto ni á su adelanto, ni á su progreso, ni á darle los elementos de ilustración y ciencia que necesitan los pueblos para engrandecerse.

El jóven Zeballos, desde las aulas del colegio primero, y en las Universidades despues, imprimió rumbos muy distintos á sus tendencias, contrayéndose con afán al estudio de las ciencias exactas, de la historia, de las cuestiones económicas, y de todas aquellas materias cuyo conocimiento podian, con el andar del tiempo, constituirle en uno de los obreros más útiles de la reorganización de su patria, la República Argentina.

Y así ha sucedido. Durante sus estudios, Zeballos reveló dos condiciones especiales; su asombrosa facilidad para escribir, y una fecundidad tan grande de palabra, que al oírle, no fué difícil comprender que seria uno de los primeros oradores de aquel país en que hay tantos y tan notables.

Habia escrito ya varios artículos y folletos, despues de concluidos sus estudios y recibir el grado de doctor, cuando se le confió la redacción de *La Prensa*, diario de importancia y circulación.

Esa redacción debia ser el pedestal de su reputación, y una verdadera cátedra, desde la cual se haria conocer, revelando en formas brillantes la fecundidad de su talento y la solidez de su instrucción.

El jóven periodista escribía con fuego sobre cuestiones políticas; pero no era apasionado, dominando siempre con sano criterio ciertas impaciencias que podian ser hijas de la juventud, ó enojos naturales al polemista que se mezcla en las sangrientas batallas de los partidos.

Pero en las cuestiones constitucionales y de organización administrativa, en las económicas y de hacienda, en las de ciencia é historia—favoritas para él—Zeballos revelaba una ilustración y competencia para tratarlas, que no tardaron en llamar la atención, entrando de lleno en el camino en que se adquiere fama, nombradía y prestigio.

Educado en la escuela del deber y de la honradez, atacaba con firmeza todos los abusos administrativos, y acusado más de una vez por el fiscal de imprenta, él mismo asistía al Jurado á defenderse, siendo cada una de esas defensas origen de triunfos ruidosos y de grandes manifestaciones populares.

Mezclado así á la vida activa y turbulenta de la política, su esfera de acción ya no debia ni podia circunscribirse á la prensa, y fué llevado al seno del Parlamento.

Como lo ha sido aquí para todos nuestros grandes políticos Rivero, Ríos Rosas, Castelar, Mirtos, Cánovas y otros muchos, el Parlamento fué para Zeballos verdadero teatro de triunfos, revelando en la exposición cuando era ponente de las comisiones, en la defensa cuando se veía agredido, y en el ataque cuando queria anonadar, todas las cualidades que constituyen al gran orador, si bien en algunos momentos la exuberancia de su palabra le hace hablar con cierta precipitación que palidece un tanto el efecto de sus discursos.

Pero, al ver á Zeballos tomando una parte tan activa en la política argentina, lo mismo en la prensa que en las Cámaras, en los *clubs* populares y en los comicios, podria creerse que participación tan constante le habia desviado de sus tendencias juveniles, malgastando su tiempo, su talento é instrucción en esas luchas tempestuosas, en que no pocas veces se dejan en el lodo pedazos del alma.

Mas no ha sido así.

Léjos de eso se ha contraído con verdadero afán al estudio, y como una prueba de su fecundidad asombrosa, de la variedad de sus facultades y múltiple de sus talentos, vamos á dar aquí una nota de las obras que lleva escritas, nota quizás incompleta, por no tener todos los datos que hubiéramos deseado.

El tratado de la Triple Alianza, Exposición hecha en la Universidad de Buenos Aires el 30 de Agosto de 1872.

Estudio sobre las quiebras y reformas al Có-

digo de Comercio Argentino. Tesis para optar al grado de doctor en Jurisprudencia, 1874.

Descripción de la fundación nacional de tipos, Memoria presentada á la *Sociedad Científica Argentina*, 1876.

Varios artículos publicados en *La Prensa* sobre materias de interés general, 1873-76.

Estudio geológico sobre la provincia de Buenos Aires, premiado en concurso público por la *Sociedad Científica Argentina*.

La conquista de quince mil leguas, ó estudio y plan para la traslación de la frontera al Rio Negro, 1ª edición, 1878.

La conquista de quince mil leguas, con más de 200 páginas de material nuevo y original, 1879. Esta obra fué premiada con medalla de plata en el Congreso Geográfico de Venecia.

Discurso, con ocasión de distribuirse los premios á los expositores vencedores en Filadelfia, 1879.

La última jornada en el avance de la frontera del Sud, 1880.

Bibliografía geográfica americana, 1880.

Conferencia de derecho internacional militar, 1880.

Descripción amena de la República Argentina, tomo I, viaje al país de los araucanos, 1831.—Obra premiada en el Congreso y Exposición geográfica de Venecia.

EN PRENSA.—*La región del trigo*, ilustrada, un tomo de 400 páginas (segundo de la *Descripción Amena*).

EN PREPARACION.—*La vida de la frontera*.—*Descripción de la vida fronteriza sobre el territorio Indio del Sud* (tercero de la *Descripción Amena*).

La Mesopotamia Argentina, descripción de Entre Ríos y Corrientes (cuarto de la *Descripción Amena*).

Los pueblos primitivos en la sociabilidad argentina (quinto de la *Descripción Amena*).

A esta lista hay que agregar los discursos del doctor Zeballos, en las Cámaras, los Jurados populares y otras solemnidades, discursos que formarán algunos volúmenes.

¡Y el que todo esto ha hecho, apenas cuenta veinte y ocho años!

Tenemos á la vista algunas de esas obras. Entre ellas la que se titula: *Descripción Amena de la República Argentina*.—*Viaje al país de los Araucanos*.

Es un tomo en cuarto mayor, de cerca de quinientas páginas, que hemos leído con verdadero placer, diremos más, con encanto, por la amenidad del estilo, lleno de frescura y elegancia, por la belleza poética de las descripciones, que nos hace creer que estamos en compañía del viajero cuando se hallaba en aquellas imponentes soledades, y por la multitud de datos curiosos y útiles que nos dá sobre regiones que nos son completamente desconocidas.

Si el doctor Zeballos no hubiese escrito más obra que esta, bastaría por sí sola para darle la reputación que, á pesar de su temprana edad, se ha conquistado ya, no solo en América, sino en Europa, donde, como se ha visto, varias sociedades importantes han premiado los notables trabajos del fecundo historiador argentino, de quien su Patria debe estar orgullosa con justo título, pues Zeballos, á más de servirle en la forma que lijaramente apuntamos, ha sido allí el fundador de la *Sociedad Científica*, y del *Instituto Geográfico Argentino*, los que no solo ha impreso la vitalidad de su poderosa inteligencia, sino que los ha puesto en contacto con los grandes centros europeos, produciendo con ese contacto grandes bienes para esos países, que para engrandecerse, solo necesitan ser conocidos en este continente.

Nacido en la provincia de Santa Fé, una de las más ricas y de mayor porvenir de la República Argentina, sus conciudadanos tienen la intención de elevarlo á su mando.

Si así sucede, jamás una elección habria sido más acertada, pues los *Santa-fecinos* tendrían al frente de su Gobierno un hombre de extraordinarias calidades, un administrador concienzudo, un soldado entusiasta del progreso, y uno de esos patriotas sinceros que cifran su dicha en la grandeza y prosperidad de la patria.

P. DE NAVARRETE.

A LOS DIARIOS DE AMÉRICA.

RAFAEL CALVO.

Grata nueva tengo que dar á mis compatriotas de América:—el primero de los artistas españoles, RAFAEL CALVO, LA VA Á VISITAR!

Habiendo llegado á mis oídos que en una conversación dijera, «que tenía deseos de conocer nuestra América,» no pudiendo en ese momento ir personalmente por hallarme enfermo, le escribí la siguiente carta:

«Madrid, Enero, 14.

Sr. D. Rafael Calvo.

Mi querido amigo: Ya sabe Vd. que me ha dado derecho á que le llame así, y uso de él con dulce satisfacción.

¿Será cierta la grata noticia que me dá Jordan?

Me dice que ha manifestado Vd. deseos de visitar nuestras Repúblicas de la Plata y otras de aquel continente, verdadero hogar para todos los que á sus puertas llaman, y en cuyos pueblos hay algo como compromiso de honor en saludar al génio con los aplausos á que tiene derecho.

¿Es cierto? ¿Existió la intención?

Nada, querido Calvo, no vacile Vd. ni por un momento: decidase Vd., y siguiendo las huellas de las grandes celebridades que nos han visitado antes, vaya Vd. á mi patria y á otras Repúblicas de aquellas comarcas encantadoras, en las que, por muchos aplausos que recibiesen esas celebridades, quedan muchos todavía para un artista de su talla y de su envidiable talento.

Si usted se decide, estoy completamente á sus órdenes para todo. Tengo muchos y muy influyentes amigos en América; y aun cuando Vd. se recomienda por sí mismo, que esta es una de las victorias que el talento sabe alcanzar, me haré una gloria en darle á Vd. una balija de cartas para esos amigos.

Ya sabe Vd., querido Calvo, que le admira tanto como le estima, su amigo

HÉCTOR F. VARELA.»

El gran artista me contestó con esta otra:

«Madrid, Enero, 17.

Excmo. Sr. H. F. Varela.

Mi muy distinguido amigo: Soy yo quien me siento feliz de que Vd. me quiera considerar en el número de sus amigos, y mucho más ahora, que en realidad pienso visitar la hermosa patria de Vd.

Es cierto lo que ha dicho á Vd. Jordan: hace tiempo ya que habia formado la intención de dar un paseo por aquellas Repúblicas, habitadas por pueblos que los españoles consideramos hermanos, y en los que me consta el entusiasmo y cariño con que son recibidos los artistas que tienen la feliz inspiración de visitarlas.

Estoy decidido, pues, y si Vd. lo cree conveniente, le autorizo á que anuncie á alguno de esos amigos, que en Setiembre ú Octubre me embarcaré para su patria de usted, con toda la compañía que conmigo trabaja en el Teatro Español.

Mañana tendré el placer de pasar por casa de Vd. para que hablemos sobre todo esto.

Entre tanto, crea Vd., Sr. Varela, que á la par de mis compatriotas, le profesa sincera simpatía su amigo

RAFAEL CALVO.»

Después de cambiadas estas cartas, he tenido el placer de celebrar varias conferencias con el eminente artista, y en ellas ha quedado convenido que en Setiembre á Octubre—que será cuando acabe sus compromisos aquí—saldrá para el Río de la Plata, visitando primero á la querida Buenos-Aires.

Me parece que la noticia no puede ser más agradable, no sólo á los millares de españoles que allí comparten con nosotros el techo y el hogar, sino á mis compatriotas que, entusiastas admiradores del arte y de aquellos cuya frente tocó Dios con su dedo inmortal, saludarán en Rafael Calvo á uno de los más grandes artistas de los tiempos modernos.

Pero hay más: Calvo no sólo encanta al oírle recitar en el teatro: es además un completo caballero, y uno de esos hombres que en sociedad se imponen por las dotes exquisitas de su carácter caballeresco.

Comprendiendo toda la importancia que para los amigos del arte tiene la noticia que les mando, pido á mis colegas de América tengan la delicadeza de reproducir estas líneas, como el primer homenaje de los muchos y entusiastas que más tarde tributarán al inspirado intérprete del gran Echegaray, al simpático y eminente Rafael Calvo.

HÉCTOR F. VARELA.

MEMORIAS DE UN LOCO.

(Continuación.)

—Mejor es que se muere, que buena falta le hace. Anda, Catalina, saca una camisa y que se la ponga. Aquí hay también un sombrero de paja que le ha de venir bien; sin cumplimientos.

Y el vasco me tomó del brazo y me llevó arrastrando á una habitación contigua.

No tuve más remedio que aceptar sus obsequios, y pronto quedé transformado de una manera risible.

Figúrese el lector la facha que tendría Segismundo vestido de levita, con una camisa de aldeano y un sombrero de segador.

—No hay más, me dije interiormente, mi destino está fijado. Así que salga de aquí me echan la vista encima y dan otra vez con mi bulto en el manicomio.

Ataviado ya con mis nuevas galas, nos despedimos y me dirigí á mi casa por el camino más corto y menos concurrido. Iba tan escamado, que ni un Argos vigilaba más que yo para evitar todo encuentro peligroso.

Por suerte pude llegar sin tropiezo á *L'Ancre d'Or*.

El dueño se hallaba en la puerta.

El efecto que le produjo mi presencia fué el de una alma aparecida del otro mundo.

Para él yo era todavía el loco que hacia algunas horas habian llevado al manicomio, del que me creyó tal vez escapado con la maligna intención de irle á dar un susto.

Al verme con aquel semblante, en que se pintaban la fatiga y las terribles emociones que me habian afligido, con las huellas mal borradas de tantos destrozos y con aquella estrambótica figura, me creyó la visión de un loco extravagante en toda la plenitud de su locura.

Yo noté que el hombre cambió visiblemente dos veces de color. De blanco que estaba en un principio, se puso amarillo, y de amarillo, verde, sin atreverse á mover del mismo sitio, como si estuviese fascinado. Tales fueron los efectos de la sorpresa.

Yo le saludé sonriéndome tranquilamente, y le dirigí la palabra en estos términos:

—Necesito hablar con usted algunos momentos.

Mi buen hombre apenas pudo balbucear estas palabras:

—Muy bien; yo iré á su cuarto.

—Allí le espero.

Subí á mi habitación.

Todo estaba aún del mismo modo, todo en el mismo desorden y confusión.

Me quedé un momento pensativo en el dintel de la puerta, contemplando con ojos lastimeros y cruzado de brazos, aquel montón de muebles, ropa, libros y papeles, entre los cuales se hallaban los fragmentos esparcidos de la malhadada comedia, que iniciaba y concluía de un modo tan trágico mi carrera de dramaturgo.

Mientras estaba sumido en esta contemplación, se presentó el criado.

—Me manda el amo á preguntar qué se le ofrece.

—Hablar con él, contesté con alguna sequedad.

—Me ha dicho que no puede subir, porque está ocupado.

Era evidente que el dueño no subía por temor, y me enviaba el mozo más para vigilarme que para cumplir conmigo.

Conocí que para ellos todavía estaba loco, y esto ponía en tortura mi corazón. No podía apartar de mi mente la imagen del manicomio.

V

DE CÓMO CADA UNO TIENE SU MODO DE MATAR... EL TIEMPO.

El considerar la situación en que me hallaba colocado, el meditar en las escenas anteriores, me tenia preocupado profundamente. Se apoderaron de mí una tristeza y un malhumor intensos, y comprendí que necesitaba apelar á un medio cualquiera para disiparlos.

¿Quizás el sueño desvanecería mis tristes pensamientos! Busqué, pues, mi tranquilidad echándome en la cama, pero no podía dormir.

Entonces me levanté y busqué un libro entre el montón de objetos desordenados que se hallaban esparcidos por el cuarto. Ese libro era una novela.

Abri al acaso sus páginas, y empecé la lectura en estos términos:

—«Hace cuatro años que solo vivo pensando en vos, buscando constantemente la luz de vuestros ojos, revoloteando alrededor de vuestra morada como la mariposa en torno de la llama en que se abrasa, sin poderos hablar, sin poder hacer llegar hasta vos el eco de los sentimientos de mi corazón, el acento de mis dolores, que, en mi desesperación, creí que habian de ser mi eterno patrimonio. Hoy, esos muros torreados que os sirven de cárcel y en torno de los cuales se perdian mis acentos, han sido franqueados; hoy puedo hablarlos libremente y sin testigos. Eusechadme, pues, ya que siendo la primera vez que tengo el inefable placer de hablarlos á solas, es casi seguro que será tambien la última.

—Oh! ¿qué me anunciáis con ese acento tan abatido y siniestro?

—Ningun mal que pueda afectaros; ningun peligro os amenaza. En cuanto á mí, me queda toda la noche para hablaros, y esa dicha, ese sueño de tantos días de dudas y de tormentos, compensa cuantas desgracias me tenga el destino reservadas.

—Hablad, hablad pronto y concluyamos de una vez.

—Pues bien, sabed que acabo de comprar estos momentos de felicidad presente, al precio de mi vida y de mi honor. Mañana, cuando el sol alumbre el triunfo de las armas cristianas, será á la vez testigo de mi muerte y de mi vergüenza.

—Dios mio! ¿qué decís!

—Sí; hoy es la víspera de una gran batalla. Aquellos campos deben conservar señales de esa jornada por muchos siglos, y los fastos de la historia le reservan inmortales páginas. La flor de las tropas de todos los reinos de España, lo más ilustre de la nobleza, los mismos reyes y los prelados, están reunidos en los llanos de Las Navas, frente á frente del campo moro. Sus huestes son innumerables, y esta tarde en los dos campos se hacían aprestos para el combate. Aprovechándome de las ocupaciones de todos, he salido furtivamente del campamento para volar á vuestras plantas. Sabiendo que estábais sola, he escalado los muros de vuestro castillo, y aquí me teneis condenado á morir por traidor y prófugo, y marcado con el sello de los cobardes por haber desertado la víspera de la pelea.

—¡Ah! ¡volveos, vuelveos, Enrique! No comprometáis así vuestra existencia y vuestro honor de caballero por un anejo Volveos á vuestro campo. A estas horas nadie se ha apercibido de vuestra ausencia. Sois muy joven para morir, y demasiado esforzado para pasar por cobarde. La patria necesitará todavía de vuestro brazo. ¡No, no! vos no podéis morir. El rey os perdonará todavía, si tuviese conocimiento de vuestra ausencia; pero vuelveos pronto, que el tiempo pasa con asombrosa rapidez, y una hora, un minuto de permanencia aquí, podría seros fatal.

—Señora, he tomado una resolución, y estoy dispuesto á cumplirla con toda inflexibilidad. He venido á saber de vuestro labio mi sentencia. Os he dicho que os amo; he tenido que esperar cuatro años para poder pronunciar ante vos estas palabras; he arrostrado la muerte y la deshonra para encontrar esta ocasión, y ¿creéis que despues de todo esto he venido aquí para volverme con la misma hiel en el corazón, con la misma muerte en el alma, para consumir esta misera existencia en una eterna desesperación? ¡No! Si vos no me amais, me es indiferente la vida ó la muerte que pueda esperarme mañana, la gloria ó la deshonra. Vuestro amor me interesa ante todo; lo demás no me preocupa.

—¡Salid! ¡Estoy en mi castillo, y os lo mando!

—Llamad á vuestros criados, y hacedme arrojar, si gustais, por la ventana.

—¡Sois implacable!... ¡Enrique! Por favor, no permanecais un instante más aquí, si no queréis llenar mi alma de zozobra, y el resto de mis días de dolor. No echéis sobre mí el peso de un terrible remordimiento, no me hagais la causa de vuestra muerte.

—Os comprendo, señora; estoy viendo ya que con el pretexto de salvarme, queréis alejarme de vuestra presencia. Pues bien; no me iré. Haré que aquí mismo vengan á prenderme para llevarme al suplicio que me espera.

—¡Ah! ¿qué os he hecho yo para ser conmigo tan cruel? Os lo suplico, os lo ruego de rodillas; partid pronto. Por ese mismo cariño que me profesais, ¡salvaos!

—Estoy resuelto. Vuestro amor es mi esperanza y mi vida; solo vuestro amor puede ser mi salvación; sin él, para nada quiero una existencia que para mí sería una carga pesada y molesta, un eterno martirio.

—Veo que será necesario que os pida respeto para mis desventuras, consideración para la fatalidad de mi destino. Creéis que sois solo en el sufrimiento, y os engaños. ¡Ah! al menos vos sois libre, vos podeis elegir y amar á la elegida de vuestro corazón; yo estoy encadenada al destino de un hombre á quien no amo, y al que tengo sin embargo que amar por deber, á quien tengo que sacrificar todos mis pensamientos, mis afectos más íntimos y mis pasiones más vehementes. Al pie del altar nos ligaron eternos é indisolubles lazos, juramentos inquebrantables. Allí contraísteis deberes terribles é imperiosos ante Dios y los hombres, deberes cuyo cumplimiento no puedo eludir, y cuya sola duda constituye un crimen abominable. ¡Yo he nacido para ser esclava, y con la frente hundida en el polvo y el corazón desgarrado, arrastro miserablemente una cadena que ni siquiera puedo maldecir sin ser criminal, y sin manchar mi honra y la del hombre que me ha confiado la suya! Decidme ahora si este no es el más espantoso de los suplicios, y si es bastante para sobrelevarlo toda la heroicidad de la virtud, toda la resignación del martirio. ¡Ah, Enrique, Enrique! Si pudiérais ver lo que pasa en mi corazón, si pudierais daros á probar una sola gota de la hiel de mi cáliz de amargura, ella sola sería bastante para envenenar vuestra existencia. En nombre del cielo, huid de aquí, y no queráis penetrar más allá en los secretos de mi corazón; no contribuyais á aumentar más mis sufrimientos, no desgarréis más mi pecho...

—Sabiedo que sois tan desdichada, ménos que nunca me separaré de vos. Quiero enjugar vuestras lágrimas, quiero tomar parte en vuestros dolores, y esto no me lo podeis rehusar. Antes de conocer vuestra desgracia, podría tal vez haberme resignado, haber impuesto silencio á mi corazón, ir indiferente al combate y entregar mi vida por la patria, sin que el secreto de mis sentimientos hubiese asomado á mis labios y sin proferir una sola queja; más hoy esto es imposible!

—¡Imposible decís!

—Sí, imposible. Negadme vuestro amor si queréis; aborrecedme; más no conseguireis que os deje sola en esta triste morada, anegada en llanto y sumida en la desesperación. Permittedme al ménos ese último culto al ídolo de toda mi vida, este último tributo á mis sentimientos. Cuando mi existencia toca á su fin, cuando mañana será ya un cadáver yerto, del cual ni la memoria será respetada por los vivos, dejadme consagrar los últimos momentos que me quedan á contemplar vuestro semblante angelical, destinado á ser el encanto de mi vida; dejadme contemplar vuestros hermosos ojos, destinados á embriagar mi existencia en un amor que debía ser mi paraíso en la tierra, y se ha convertido para mí en un infierno; dejad que os consagre mis últimos pensamientos, y que sean mis últimas palabras los primeros efluvios de una pasión, que por tantos años ha sido el terrible secreto de mi existencia. ¡Respetad, señora, la última voluntad de un moribundo!

—¡Callad, callad, por Dios!

—No invoqueis á Dios, que Dios no puede complacerse en el martirio de sus criaturas, Dios no puede ser tan cruel ni tan bárbaro. Dios os ha creado para el amor, para la felicidad, para gozar de las dulces y afectuosas emociones. Dios os ha hecho bella para atraer sobre vos las miradas. Dios no os ha dado labios para maldecir, sino para pronunciar palabras de bendición y de ternura. El destino os ha encadenado á una serie de desdichas; ese destino es el Lucifer que se ha rebelado contra la obra de Dios.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! sostened y amparad mi alma atribulada contra las palabras de la blasfemia y de la seducción.

—Cuando por espacio de tantos años suspiramos por una dicha lejana y celestial, cuya sola esperanza embelesa los sentidos, cuando se vive tantos años en la contemplación de esa dicha lejana, sin esperar alcanzarla, cuando con la muerte en el alma se atraviesa ese amargo sendero de la vida, en medio de la mayor esterilidad y desamparo, y la soñada felicidad, súbita, repentina, llama á nuestras puertas, convidándonos con su dorada copa á una hora de dulces encantos y de celestiales delicias, es una locura, es el mayor de los desatinos el despreciarla. No, no; yo estoy aquí, cerca de vos, para adoraros, para bendeciros por última vez, para repetir una y mil veces con todo el ardor de mi pecho, que os amo, que mis últimas palabras, mis últimos latidos, serán para vos; que arrostraré con valor todas las desventuras por una de vuestras miradas, por una de vuestras sonrisas ó por el más insignificante de vuestros favores. Yo retribuiré vuestra reserva con mis protestas de amor, y si es necesario, vuestra ingratitud con mi eterna fé y mi eterna adoración.

—No, no, Enrique, la ingratitud no se anida en mi pecho. Mi corazón no es sordo al eco de vuestros dolores. Ya lo veis, la idea de pareceros ingrata subleva mi alma, tan resignada, tan resuelta, tan heroica para el martirio. Mi destino es cruel, es terrible; yo lo acepto sin proferir una queja; yo me humillo ante los decretos inescrutables de la Providencia, y de ella espero mi sosten y mis fuerzas. Respetad mis amarguras y mis tormentos... Vos podeis ser todavía feliz. El clarín bélico os llama al campo de la gloria y del honor, y los dilatados campos de Castilla crían abundantes laureles para ceñir vuestra frente. ¡Partid! Quiero veros ennoblecido por el valor, y glorioso por la victoria. Salvad vuestra vida y vuestro honor y yo bendeciré mientras viva vuestro nombre. Aun es tiempo. Dejadme que lllore sola, dejad que se consume en mí el sacrificio y aceptad con valor el porvenir brillante que os espera. Os lo suplico,

os lo ruego por lo más caro á vuestro corazón, por el dulce nombre de vuestra madre, por ese amor tan vehemente que he tenido de la degrading de inspiraros, por el amor que profesáis á vuestra patria, por la salvación de vuestra alma, obedecedme. ¡En nombre de Dios, partid!

—Teneis razon, señora, yo debería partir, porque vos no habeis llegado á comprender mi alma. Un amor que no reconoce obstáculo ni barrera, un amor que encuentra pequeño todo sacrificio, un amor que sublevaría mi alma contra el mismo Dios, si fuese posible que Dios fuera tan cruel que pudiese gozarse en torturar el corazón de sus criaturas, debe ser una pasión despreciable á vuestros ojos, debe ser una locura para vos, que os deteneis ante una promesa, arrancada tal vez por la violencia, por la sorpresa ó por un abuso de la candorosa inocencia de vuestra juventud.

—Callad, callad por favor, y no tenteis impiamente á la bondad divina. Vuestros acentos penetran en el fondo de mi alma como la punta de un agudo puñal.

—Sí, ya sé cuál es vuestra virtud, vuestro heroísmo. Es la resignación, es la cobardía, es el temor, es el egoísmo.

—No martiriceis más mi corazón.

—Para vos, nada significa ningún sacrificio, ningún mérito alcanza á vuestros ojos el que arroja á vuestros pies cuanto tiene y cuanto vale; el que desprecia la vida, la gloria, el mundo entero, cuya opinión desafía, para correr por un momento en pos de una esperanza de amor que vos os complacéis en arrebatarle.

—¡Oh! Apíadaos de mí.

—Sí, sí, llorad, llorad sobre vuestras cadenas, ya que no teneis valor para quebrantarlas; llorad, y ved si con vuestras lágrimas lograis ablandar los eslabones.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Dadme paciencia para sufrir, y fuerzas para sostener mi valor.

—Invocad á Dios, mientras besais la mano que os oprime. No teneis fé, no teneis corazón, sois incapaz de comprender el amor, ese amor grande, épico, capaz de inflamar el alma y de romper todas las vallas que se opongan; una palabra os detiene, una promesa os esclaviza. ¡Sois digna de ser esclava!

—¡Enrique! ¡Enrique! Matadme, pero no insulteis mis sufrimientos.

—Hoy concluyen todas mis ilusiones, todas mis esperanzas. Cuando creía que era una deidad, me encuentro con que el ídolo de mi culto era de barro. No podeis comprender el amor que solo vive del sacrificio.

—Y bien, ¿qué es lo que pretendéis?

—Ya os lo he dicho, señora, no tengo más ambición, más esperanza, más culto que vuestro amor. Por él he vivido y por él moriré. A la salida de aquí me espera el cadalso y quiero arrebatar al mundo el único tesoro, la única dicha que en él podía esperar.

—Pues bien, concluyamos de una vez, porque nuestra posición se ha hecho ya insostenible. Sabed que yo os a...

.....
No pude pasar más adelante en la lectura. El papel estaba rasgado por aquel punto y las páginas siguientes habían sido arrancadas sin piedad.

La *a* era la última letra que podía leerse. En ella tuve que detenerme, en ella mi voluntad se estrelló y en ella acabó lo que con altisonancia llamamos formidable poder del hombre.

Aquella maldita *a*, que miré lo menos cincuenta veces, abriendo y cerrando desesperado los párpados, sin poder pasar adelante; aquella *a*, que era la llave del secreto que yo anhelaba, detrás de la cual se ocultaba un mundo de delicias ó los tormentos infernales, el crimen ó la virtud, la gloria ó el cadalso; aquella *a* me había detenido el paso, me había humillado, sometido, encadenado, á pesar de mi incontrastable voluntad; aquella *a* era más fuerte que yo, pues me había detenido y burlado. ¡Horrible, espantosa *a*!

Aquella *a* era la *a* de la duda, de ese aguijón afiladísimo que punza constantemente nuestro espíritu; de ese acicate que espolea nuestra mente, que turba eternamente nuestro reposo, que no deja en paz ni á los muertos en los sepulcros.

Aquella *a* era una sangrienta ironía.

Aquella *a* se me quedó grabada en la imaginación con caracteres de fuego.

En ella estaba la duda y tras ella la verdad; y sin embargo, yo no había podido alcanzar esta verdad anhelada. Una mano diabólica y misteriosa me la había arrebatado en el momento de palparla.

Aquella *a* dejaba pendiente de un hilo la vida, el honor, la felicidad ó la eterna desdicha. Aquella frase podía decir lo mismo *yo os a... mo*, que *yo os a... borrezco*; *yo os a... doró*, que *yo os a... bomino*.

¡Maldita *a*! que siguió preocupándome, que atormentó de un modo terrible mi mente, y cuyo recuerdo no he podido borrar de mi imaginación.

Cansado mi espíritu de tantas agitaciones, vencido por las emociones pasadas, rendido por el sueño y el cansancio, entré en una especie de sopor que tendía un denso velo á todos mis sentidos, al paso que una extrema languidez serpeaba por todo mi cuerpo. Los párpados me pesaban más que si sobre ellos gravitase un quintal de plomo. En vano hacía esfuerzos para mantenerlos abiertos, en vano procuraba dilatar las pupilas, que huían de su centro buscando la oscuridad. Los últimos rayos de luz que vinieron á herirlas, se perdieron entre círculos concéntricos salpicados de puntos luminosos. Mis miembros perdieron al fin toda su flexibilidad, y olvidaron por completo sus hábitos de obediencia á los mandatos del albedrío. Estaba dormido.

VI

DE COMO LOS SUEÑOS SON MÁS VERDADEROS QUE LA REALIDAD.

El sueño es el reposo del espíritu fatigado, el dulce lenitivo á todos los afanes de la vida, el bálsamo de todos los dolores, la panacea de todos los enfermos.

¡Oh, sueño reparador, que por todas partes derramas tus beneficios! ¡que al esclavo haces soñar en la libertad, y al

corazón enamorado en la realidad de sus ilusiones! ¿Por qué á mí solo sirves de tormento, negándome el único refugio de los desdichados?

Mi sueño, tan dulce, tan tranquilo en otros tiempos, fué horriblemente agitado y tenebroso.

En aquella inmensa y vacía nada universal en que el espíritu se sumerge como en el ignorado polvo de las tumbas, no pude encontrar la anhelada paz y ventura. Cuadros horribles, visiones monstruosas, vagos fantasmas, se sucedían sin cesar y me atormentaban, pasando ante mi vista como el reflejo de un mundo sobrenatural, envolviéndome en sus siniestros resplandores, arrastrándome en pos de sí, como por una fatal pendiente, á los abismos insondables de tinieblas, de donde se levantarán.

¿Queréis oír mis sueños?

Escuchadme.

Soñé que con blancas alas me remontaba al cielo.

Yo hendía los espacios con el aliento poderoso del águila y miraba frente á frente al Sol, que palidecía, porque no podía soportar mi poderosa mirada.

En mi rauda vuelo tocaba ya los límites de lo finito, y mi pensamiento volaba todavía con más rapidez que mis alas, levantándose hasta escudriñar con mirada dominadora los recónditos secretos del infinito, hasta desafiar el Poder Omnipotente y las iras de lo increado.

De repente aparece un fantasma monstruoso, que iba creciendo, creciendo, creciendo siempre.

El monstruo era una *a*, y me perseguía, y volaba con más rapidez que yo, dejando en su camino un reguero de fuego, y arrojando centellas acompañadas del estallido del trueno.

Una aureola ígnea formada de círculos concéntricos la rodeaba.

La espantosa *a* continuaba persiguiéndome, me alcanzaba, me abrumaba, y con sus rayos de fuego abrasaba mis alas, precipitándose en las profundidades incomensurables del vacío, y yo caía, caía, caía sin cesar, eternamente, sin llegar jamás al término de mi caída, al fondo del monstruoso abismo...

Soñé también que en alas de mi pasión me trasportaba donde mora la dulce prenda de mi amor. Ella me esperaba con los brazos abiertos, la sonrisa en los labios, la alegría en el semblante y el fuego centelleante de la pasión en los ojos.

Yo corría loco, delirante, embriagado de amor, á extasiarme en sus celestiales caricias, en su incomparable ternura, como el río desbordado se precipita furiosamente al mar.

El perfume de su aliento embalsamaba la brisa, envueltos en la cual llegaban hasta mí los suspiros de su pecho.

Una rosa blanca como el candor de su inocencia, adornaba sus negros y sedosas trenzas; y rodeada de flores me brindaba á apurar la copa de inefables placeres.

Yo estendía mis brazos hacía la hermosísima visión para estrecharla contra mi seno palpitante, y mis labios se posaban sobre el fresco carmin de sus mejillas, para estampar en ellas el primer ósculo de dos almas que se unen en el sacro fuego de un divino amor.

Repentinamente atruena los espacios una carcajada sonora, estridente, sarlónica, que me llena de espanto. Era un espectro con manto negro, que se adelantaba á pasos de gigante, que crecía hasta la inmensidad. Por una abertura del sombrío y tenebroso manto, asomaba la nariz retorcida y burlona de la horrible *a* que constituía mi eterna pesadilla.

La *a* seguía riéndose eternamente y haciéndome muecas; y al volverme, me encontré abrazado á un esqueleto, cuyas costillas crujían entre mis brazos, y en cuyo cráneo huesoso y frío resonaba todavía como el eco en las cóncavas tumbas, aquel beso delirante que debía ser el sello de mi soñado amor...

Soñé que la tierra entera retemblaba, que los astros perdían sus imantados ejes; y que abandonando sus centros y sus órbitas, vagaban sin rumbo por el espacio, se entrechocaban, y crujían y estallaban con horrendo estrépito; y dispersos los elementos en un caos universal, el agua y el fuego en inmensas cataratas se difundían por la inmensidad, abrasando y destruyendo á su paso todo espíritu vital y movimiento.

La llama devoradora se propagaba con la velocidad eléctrica del rayo, y el universo entero se convertía en una gigantesca hoguera, circundada de inmensas moles de vapores, que se elevaban, y crecían y se extendían, vagando por los espacios infinitos, y oscureciendo con su tenebrosa densidad la luz del Sol.

Y después todo había quedado en profundas tinieblas; y yo corría, corría, corría sin cesar por las montañas y los valles, pisando masas amorfas y carbonizadas que crujían bajo mis plantas...

Y era la tierra entera un inmenso y desolado desierto sumido en eterna noche, en que reinaba la tétrica soledad de los sepulcros, y el silencio espantoso de la nada; y yo corría sin encontrar jamás, como el judío, el término á mi carrera, sin ver un semejante ni un sér viviente testigo de tanta desolación.

Hé aquí que de repente, á través de las tinieblas, se dibuja una abertura en la bóveda del firmamento, y en oleadas de argentada lumbre se desarrolla cual la aurora que circunda el bórcaes.

Mil colores vivísimos titilan, y entre reflejos tornasolados se difunden y extienden, y en medio aparece entre nubes nacaradas bellísima visión que me habló de esta manera:

En vano, en vano te agitas, nécio mortal, en la tierra, y á los cielos mueves guerra con orgullo y loco afán.

Con empeño forcejeas contra tus hierros en vano, con las fuerzas de un enano, y el aliento de un titán.

Corres en pos de la gloria, del amor, de la ventura,

sin ver en tu desventura que en pos vas de una ilusión; Que corres tras un fantasma, tras un loco desvarío, tras un mito oscuro y frío, que forjó tu exaltación.

En medio de tus desdichas, te agujonea la duda, cuyo denso velo escuda el brillo de la verdad;

Y ciego, desatentado, en eterna lucha vives, y en tu lucha no concibes tu espantosa oscuridad.

Y siempre envuelto entre afanes, entre ilusiones mentidas, entre esperanzas fallidas, dudas, pesar é inquietud,

Al terminar tu carrera, será el botín que reclamas, cenizas, que fueron llamas de dorada juventud.

Tan sólo frío, amargas, te quedarán de tus años; tan sólo tus desengaños, que esperanzas de ayer son;

Y cual nuevo Prometeo, ambición, celos, envidia, ingratitude y perfidia corroerán tu corazón.

Y en tan titánica lucha ni aún vencido te aterras; sondeas mares y tierras, quieres el cielo escalar,

Rompes montañas y valles, y en tu febril desvarío, cambias los cursos del río, nuevos lechos das al mar.

Y todo, todo es en vano, que escrito tu fatal sino en las leyes del destino, sin falta se cumplirá:

Jamás saldrás de tu duda, jamás saldrás de tu esfera, ni tu espíritu siquiera de su eterno afán saldrá.

Y cada vez que las leyes, que el mundo inmutables rigen, te hacen sentir en tu origen su fatal dominación,

Tú cantas una victoria, y aclamas alborozado al géneo que ha revelado tu sérvidumbre y baldon.

Y con fácil entusiasmo, así forjas día á día tu cadena dura y fría, eslabon tras eslabon;

Y en cada nuevo secreto, que al mundo arrancar presientes, el peso sobre tí sienten de un yugo de maldición.

Y siempre amarrado al yugo, en tu saber pregonado, apenas has vislumbrado tu horrorosa esclavitud.

Y cuando ésta se concluya, no esperes, no, libertarte; te guarda, para encerrarte, lóbrego, estrecho ataud.

Y en eternas inquietudes, por la pasión arrastrado y por la duda hostigado con febril exaltación,

Marchas ciego, nécio y loco, sin saber de tu destino, cual errante peregrino sin rumbo ni dirección.

Y nuevas generaciones, unas tras otras marchando, y maldiciendo y jurando, la eterna ley seguirán;

Y los siglos tras los siglos pasarán, y eternidades tras otras eternidades, que jamás se agotarán.

Quizá la hora señalada para franquear la barrera, será su hora postrimera, y en el polvo se hundirán;

Y los mundos y los soles, por los espacios girando, los siglos irán contando que en el no ser pasarán.

Corred, corred al Olimpo, apresurad vuestro paso, y que sea para el caso cada monte un escalon.

Os dé el huracán sus alas, palancas los elementos, para mover los cimientos del gigantesco Pelion.

Trepad á la altiva cumbre, do ardiendo el fuego sagrado, todo el cielo congregado celebra sacro festin;

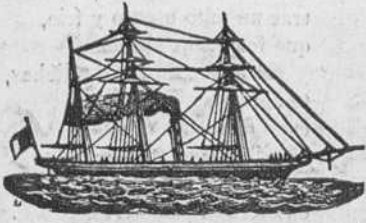
Y al asomar la cabeza, de Jove el rayo divino hundirá vuestro destino en los abismos sin fin.

.....

(Continuará.)

PEDRO ARNÓ.

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para

MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañia, Barcelona.—A. Lopez y Compañia, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañia, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE, Y UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª

MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES. 3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

BANCO DE ESPAÑA.

Situación del mismo en 28 de Febrero de 1882.

ACTIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Efectivo metálico.....	22.278.405	'33
Pastas de plata.....	5.306.251	'35
Caja, Casa de Moneda, pastas de plata.....	3.959.421	'17
Efectos á cobrar hoy.....	9.913.145	
Efectivo en las sucursales.....	57.790.268	'55
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero.....	19.609.387	'92
Idem en poder de conductores.....	2.542.500	
	121.399.379	'32

Cartera de Madrid.....	598.989.136	'37
Idem de las sucursales.....	117.360.988	'13
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....	384.638	'71
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	7.226.669	'65
Tesoro público por pago de intereses de la renta perpetua al 4 por 100.....	906.773	'09
Deuda amortizable al 4 por 100, para cumplir el Convenio de 10 de Diciembre 1881.....	30.844.725	
	877.112.310	'27

PASIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Capital.....	148.274.000	
Fondo de reserva.....	14.827.400	
Billetes emitidos en Madrid.....	224.925.025	
Idem id. en sucursales.....	121.086.125	
Depósitos en efectivo en Madrid.....	25.567.977	'46
Idem en id. en las sucursales.....	16.068.779	'06
Cuentas corrientes en Madrid.....	113.957.786	'32
Idem id. en las sucursales.....	48.308.197	'69
Créditos concedidos sobre efectos públicos.....	9.948.304	'07
Dividendos.....	2.181.802	'38
Ganancias y Realizadas.....	369.440	'46
pérdidas.) No realizadas.....	903.330	'21
Reservas de contribuciones.....	28.534.321	'36
Amortización é intereses de obligaciones Banco y Tesoro, séries interior y exterior, sobre la renta de Aduanas, bonos del Tesoro.....	2.166.416	'90
Amortización é intereses de la Deuda amortizable al 4 por 100.....	3.341.115	
Facturas de intereses de la Deuda perpetua 4 por 100	917.835	'59
Tesoro público: su cuenta por resultados de la conversión	61.624.637	'01
Valores convertibles en Deuda amortizable al 4 por 100	31.987.065	
Contrato de crédito en el extranjero de 6 de Noviembre de 1882.....	19.316.296	'46
Diversos.....	2.806.455	'30
	877.112.310	'27

Madrid 28 Febrero de 1883.—El Interventor general, Benito Fariña.—V.º B.º.—El Gobernador, Antonio Romero Ortiz.

Hierro Leras

Desde los trabajos comunicados, á la Academia de Ciencias en 1849 y á la Academia de Medicina en 1858, el **Hierro Leras** ha obtenido del cuerpo medical un éxito rápido y brillante que crece cada año, mientras que se ven caer en el olvido numerosas preparaciones ferruginosas nuevas. Este continuado triunfo estriba en que este medicamento encierra: 1º El **Hierro** uno de los elementos de nuestra sangre; 2º Los **Fosfatos** que entran en la composición de nuestros huesos; 3º Es soporífero por los enfermos que no pueden tolerar ninguna preparación ferruginosa; 4º No tiene accion alguna sobre la dentadura; 5º No provoca estreñimiento; 6º Es claro y límpido como un agua mineral natural; 7º Se asimila con más rapidez que las grajeas, pildoras y polvos. Se recomienda en el **empobrecimiento de la sangre, la anemia, el linfatismo, la debilidad, los calambres de estómago, excita el apetito, facilita el desarrollo de las jóvenes pálidas,** produce y regulariza el **trabajo mensual,** detiene las **pérdidas blancas,** y dá á la **sangre la coloracion encarnada** que ha perdido con la enfermedad. Existe bajo forma de *Solucion* y de *Jarabe*.

Deposito General en Paris, 8, Rue Vivienne, y en las principales Farmacias y Droguerías.

BANCO DE ESPAÑA.

Nota de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de los títulos que deben ser amortizados.	Numeracion de las bolas que representan los lotes.	Numeracion de los títulos que deben ser amortizados.
--	--	--	--

Série A.

481	4801 á 10	6614	66131 á 40
895	8941 " 50	7000	69991 " 70000
966	9651 " 60	7712	77111 " 20
1199	11198 " 90	8386	83851 " 60
1296	12951 " 60	8617	86161 " 70
1519	15181 " 90	8744	87431 " 40
2493	24921 " 30	9040	90481 " 90
3261	32601 " 10	9348	93471 " 80
3518	35171 " 80	9498	94971 " 80
3898	38971 " 80	10184	101831 " 40
3998	39971 " 80	11130	111291 " 300
4440	44391 " 400	11253	112521 " 30
4572	45711 " 20	11604	116031 " 40
4816	48151 " 60	11835	118341 " 50
5081	50801 " 10	12385	123841 " 50
5122	51211 " 20	12404	124031 " 40
5604	56031 " 40	12427	124261 " 70
6115	61141 " 50	13393	133921 " 30
6612	66111 " 20	13757	137561 " 70

Série B.

199	1981 " 90	5067	50661 " 70
538	5371 " 80	5079	50781 " 90
754	7531 " 40	5301	53001 " 10
1055	10541 " 50	5584	55831 " 40
1438	14371 " 80	5870	58691 " 700
2276	22751 " 60	5935	59341 " 50
2390	23891 " 900	6233	62321 " 30
2802	28011 " 20	6571	65701 " 10
3474	34731 " 40	6830	68291 " 300
3860	38591 " 600	7296	72951 " 60
4133	41321 " 30	8553	85521 " 30
4329	43281 " 90	9175	91741 " 50
4555	45541 " 50	9315	93141 " 50
4888	48871 " 80		

Série C.

157	1561 " 70	6278	62771 " 80
1094	10931 " 40	6468	64671 " 80
2171	21701 " 10	6487	64861 " 70
2569	25681 " 90	6488	64871 " 80
2742	27411 " 20	6788	67871 " 80
3596	35951 " 60	7089	70881 " 90
4352	43511 " 20	7689	76881 " 90
4646	46451 " 60	7842	78411 " 20
4730	47291 " 300	7864	78631 " 40
5520	55191 " 200	8257	82561 " 70
5963	59621 " 30	8888	88871 " 80
6312	63111 " 20	9615	96141 " 50
6192	61911 " 20	10081	100801 " 10
6245	62441 " 50		

Série D.

443	4421 " 30	1524	15231 " 40
911	9101 " 10	1664	16631 " 40
1255	12541 " 50	1794	17931 " 40
1349	13481 " 90	2652	26511 " 20

Série E.

277	2761 " 70	878	8771 " 80
283	2821 " 30	1789	17881 " 90
447	4461 " 70		

Madrid 1.º de Marzo de 1883.—V.º B.º.—Por el Gobernador, M. Ciudad.—El Secretario, J. Morales.

BANCO DE ESPAÑA.

Verificado el sorteo de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 correspondiente al trimestre que vence en 1.º de Abril próximo, se pueden presentar los amortizados para su señalamiento al cobro, bajo facturas especiales que se facilitarán en esta caja desde el día 12 del actual. En igual forma se presentarán los cupones correspondientes al citado vencimiento, no admitiéndose en depósito desde dicho día los títulos que contengan el citado cupon.

Madrid 5 de Marzo de 1883.—El secretario, Juan de Morales y Serrano.

BANCO HISPANO COLONIAL

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Alá, el sorteo de amortización de 6.000 billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba, según lo dispuesto en el art. 7.º del real decreto de 12 de Junio de 1880, han resultado favorecidas las bolas Números 155, 146, 002, 031, 911, 377, 555, 464.

En su consecuencia, quedan amortizados en el primer millar los 002, 031, 146, 155, 377, 464, 555, 911, y en el segundo millar los números 1.002, 1.031, 1.146, 1.155, 1.377, 1.464, 1.555, y 1.911, y así correlativamente en los restantes millares de los 750 de la emisión.

Lo que en cumplimiento de lo dispuesto en el referido real decreto se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse desde el día 2 de Abril próximo á percibir las 500 pesetas importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, más el cupon que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas, que se facilitarán en las oficinas del Banco en Barcelona; en Madrid en el Banco Hipotecario de España; en las provincias en casa de los corresponsales ya designados en cada plaza; en París en el Banco de París y de los Países-Bajos, y en Londres en casa de los señores Uhthoff y Compañia.

Barcelona 1.º de Marzo de 1883.—El gerente, P. de Sotolongo.

Venciendo en 1.º de Abril próximo el cupon número 11 de los *Billetes Hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba*, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, número 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España en Madrid; en casa de los corresponsales designados ya en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países-Bajos, y en Londres, en casa de los señores Uhthoff y Compañia.

Los *Billetes* que han resultado amortizados en el sorteo este día podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa por medio de doble factura, que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias, donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los Comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid y Barcelona en que existen los talonarios de comprobacion, se efectuará el pago siempre sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Abril; y trascurrido este plazo, se admitirán los cupones y *Billetes* amortizados los lúnes y mártes de cada semana, á las horas expresadas.

Barcelona 1.º de Marzo de 1883.—El director gerente, P. de Sotolongo.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª

CANOS, 1.